BIBLIOTECA CANARIA

VIII-Y-2805

LOS ARBOLES HISTORICOS Y TRADICIONALES DE CANARIAS

(SEGUNDA PARTE)

POR

LEONCIO RODRIGUEZ

Tipografía NIVARIA
TENERIFE

LOS ÁRBOLES HISTÓRICOS Y TRADICIONALES DE CANARIAS

TIPOGRAFIA "NIVARIA"
Imeldo Serís, 17
TENERIFE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

BIBLIOTECA CANARIA

LOS ÁRBOLES HISTÓRICOS Y TRADICIONALES DE CANARIAS

(CRÓNICAS DE DIVULGACIÓN)

POR

LEONCIO RODRÍGUEZ

(SEGUNDA PARTE)

SANTA CRUZ DE TENERIFE

AÑO 1946

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Realmente, tal fué el pensamiento que nos guió, y si algún acierto hubo en la modesta empresa atribúyase más al tema que al autor, que en esta ocasión desearía impersonalizarse por completo. No se vea, pues, en esta nueva serie de crónicas ningún afán de notoriedad literaria, ni tampoco de intromisión en materias reservadas a los profesionales, a los botánicos y a los investigadores de historia. Ni siquiera aspiramos a ganar adeptos, a estas alturas, para la causa del árbol, que en Canarias cuenta con tantos y tan entusiastas valedores. Queremos, sí, evocar, exaltar todo lo que la tierra isleña tuvo de sorprendente fecundidad y suprema belleza, como fueron sus bosques, sus árboles seculares, sus plantas maravillosas. De ahí que estas páginas acaso reflejen una impresión desalentadora si se compara lo que fué nuestro suelo cuando las alegres frondas embellecían sus montañas, y lo que es hoy en su triste y lamentable desnudez. Confiamos, sin embargo, en el mágico poder de la Naturaleza canaria, que en su do-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ble esfuerzo creador y reparador habrá de borrar, al fin, las huellas de tantas profanaciones. Y aquí se nos viene a los puntos de la pluma lo que decía nuestro gran ingenio, D. José de Viera y Clavijo, en carta dirigida al inolvidable patricio, fundador del Jardín Botánico de la Orotava, D. Alonso de Nava y Grimón, Marqués de Villanueva del Prado: «La sociedad no es agradable en nuestro país; pero el trato de la Naturaleza lo es tanto o más que en París o Londres».

¡Irrecusable testimonio de quien, como el insigne historiador, tanto conocía la psicología de sus paisanos como los secretos y encantos de su tierra natal!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

MITOS Y FABULAS

Si hubiera de hacerse una documentada historia del Arbol en Canarias habría que dedicar un extenso capítulo a las innumerables fábulas, mitos y leyendas que desde los primitivos tiempos extendieron por el mundo la fama de las Islas Afortunadas y de sus célebres bosques.

Marco y ambiente propicios para el mito, la fantasía de los antiguos poetas helénicos y latinos vió en las lejanas tierras atlánticas un mundo de ensueños y bienaventuranzas. Y el remoto Archipiélago, morada de dioses, lugar de promisión de las almas elegidas, era para algunas imaginaciones como una vaga nebulosa o un palacio encantado fluctuando en los confines de Occidente, en los mares inexplorados y misteriosos.

Cada poeta, sin embargo, forjaba la leyenda a su manera, aunque todos con

© Del documento, los autores. Digitalizado con medios por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

la misma visión ponderativa. Homero, Horacio, Virgilio y muchos más compiten en alabanzas a las Islas llenas de riquezas, que casi todos situaban en el último confín o límite del mundo, «adonde fenecían el cielo, la tierra y el mar», tierras de fertilidad tan fabulosa, que, al decir de Horacio, la viña florecía en ellas continuamente, la oliva siempre se llenaba de fruto y los higos adornaban constantemente los higuerales. Privilegiada región donde las mieles destilaban todo el año de las encinas, «el oso no gemía cerca de los rebaños ni la tierra alta se hinchaba con víboras». De ahí que Júpiter las reservara para la gente piadosa, de probada virtud.

Conocida es también la descripción que hace Virgilio de los Bosques Afortunados al narrar las aventuras de Eneas y la Sibila en su larga peregrinación por tierras y mares. Un cielo puro y resplandeciente vestía los campos de luz purpúrea. Los bienaventurados ejercitaban sus fuerzas luchando sobre la arena roja. Eneas se maravillaba de ver las armas ociosas, vacíos los carros de los varones guerreros, las lanzas clavadas en tierra

El Del documento, cuyo acceso Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

y los caballos sueltos por los campos. Caminando por las intrincadas selvas se afanan en buscar a Anquises, y, al llegar a un frondoso bosque de laureles que cubría la cima de una alta montaña, escuchan cánticos en honor de Apolo. Son los cánticos de las almas elegidas; de los que recibieron heridas por defender la Patria; de los vates que cantaron versos dignos de Febo; de los sacerdotes que tuvieron una vida casta; de los que perdieron la vida con las artes que inventaron, y de los que por sus méritos vivían en la memoria de los hombres. Todos llevaban las sienes ceñidas de nevadas ínfulas. Más allá, al fondo de cada cañada, ven otro apartado bosque, cubierto de gárrulas enramadas y varios pueblos que vagaban en torno de la umbría, «como las abejas sobre los prados en los calurosos días del estío».

Fué también Virgilio, en otro paisaje de la «Eneida» el que hace descender a Júpiter sobre nuestro monte Atlante—¿el Pico de Teide?—, que describe con los hombros cubiertos de nieve, sustentando el cielo, y la cabeza cubierta de pinos, rodeada de oscuras nubes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Mucho tiempo después, ya en la era cristiana, prosigue la leyenda, rivalizando la inventiva de los poetas con las ponderaciones de los filósofos, Plinio refiere que en nuestros montes se criaba cierto género de musgo del que se podía hacer vestidos como de seda. En las alturas de estos montes los árboles no carecían jamás de follaje ni de frutos, que servían de alimento una parte del año. Al igual que Horacio, habla de una Isla donde, sin necesidad de sembrarlos, brotaban espontáneamente frutales de todas clases. Se dijo también que los árboles crecían en estas Islas hasta 140 pies, por lo menos, cargados de frutos y de una multitud de pájaros. Y no faltó quien hallara semejanza entre el «Garoé» del Hierro y el Arbol de la Vida del Paraíso Terrenal. Mas ninguno superó en inventiva ni excedió en fantasía al célebre escritor satírico Luciano, que en una festiva narración que hace de las Islas, describiendo un convite que se celebraba en el campo Elysio, fuera de la ciudad, dice que había en él un hermoso prado, al que rodeaba un bosque plantado con todo género de árboles. Los vientos eran los que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

servían a la mesa, y traían todas las cosas juntas que se pedían, a excepción del vino, porque cerca del lugar del convite había unos grandes árboles con sendos y artísticos vasos que pendían de las ramas a manera de frutos. No se podía hacer mayor elogio del bienaventurado país y de sus maravillosos árboles... de cristal.

No lograron ponerse de acuerdo los autores sobre el lugar que ocuparon los Bosques Afortunados. Asimismo discreparon en cuanto al sitio donde ostentó sus doradas pompas el legendario Arbol de las Hespérides, cuya rama cimera se reservaba como trofeo de victoria a Alcides, el fornido atleta de blonda cabellera. Algunos se lo imaginaban en el Valle de Taoro, rodeado de dragos, pero subsistió siempre la duda en cuanto a la especie del árbol. Descartada la posibilidad de que fuese un manzano o un naranjo, por no existir éstos en Canarias antes de la Conquista, se creyó más bien si sería un madroño, de antigua tradición isleña, que produce frutos de áurea corteza, en profusos racimos. Y quedó también sin descifrar el enigma de si

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

las consabidas manzanas eran las doradas nubes que acompañaban al sol poniente, o los vellones de ciertas ovejas, «de tanta estimación por sus lanas, que más era su precio de oro que de otro metal», que según la fábula se llevó Hércules como botín a falta de las manzanas, cuando vino a conquistar las islas por orden de Eristeo.

Otros autores se inclinan a creer que las manzanas se llamaban de oro por la estimación que se hacía de aquellas tan renombradas del Valle de Taoro que se llevaban a lejanos reinos como Inglaterra, Flandes y las Indias; manzanas de color pálido o doradas, «albas como nieve por dentro y de cuyo gusto y fragancia no era fácil dar idea».

En cuanto al dragón que las custodiaba, creen los mitologistas que el supuesto monstruo de las cien cabezas, de las cuales una velaba mientras las otras dormían, según la fábula, era uno de los gigantescos árboles, de fornidos brazos, que crecían en el Valle, aunque otros comentaristas opinan que era una roca que vista desde el mar se confundía con la monstruosa sierpe. Por último, creía-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

se que los huertos de las manzanas de oro se hallaban en el mismo monte Atlante, donde sucumbió Hespero al tratar de explorar las estrellas.

A todas estas fábulas y leyendas va asociado el recuerdo de la Atlántida, la isla maravillosa descrita por Platón en su Critias, en cuyas llanuras brotaban numerosas fuentes, de cristalinas ninfas, que regaban el bosque de Neptuno, en el que los árboles eran de una altura y una belleza inigualables. Servíales de marco un cinturón de elevadas montañas que se prolongaban hasta el mar, cubiertas de espesos bosques, «en los que las artes hallaban toda clase de materiales para todo género de obra». ¡Tierra prodigiosa y única, de trágico destino, que en una noche de pavor y espanto desapareció en los senos del mar con sus murallas de oro y sus fabulosos tesoros!

Tras la época nebulosa de las fábulas y leyendas múltiples, la tradición poética de las islas resurge en las páginas del Dante. Y vemos llegar hasta nuestros mares las naves de Ulises y surgir ante ellas nuestro Monte Nevado, radiante de luz en los horizontes, y más tarde en la «Jerusalén Libertada», del Tasso, que si-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

guiendo la descripción de Horacio, escribe: «Ed eran queste l'isole felici...»

Habría que deducir de este recuento de tradiciones, de mitos y de fábulas, que fueron nuestras islas excesivamente favorecidas y ponderadas por los principales ingenios de la antigüedad. Y es que había derramado la Naturaleza tales dones sobre ellas, que toda hipérbole estaba justificada. Pero el principio filosófico de que el hombre obedece siempre a las sugestiones de la Naturaleza, del medio ambiente, no rezó con nosotros. Fuimos y seguimos siendo insensibles a la luz, al color y a la belleza del paisaje.

De la antigua Grecia se ha dicho que un árbol, una flor, sugería el recuerdo de mil leyendas cantadas por los poetas, y que los naranjos y cipreses, cuya sombra se extendía sobre el mar Egeo, o un bosquecillo de pinos «eran suficientes para producir el contento que despierta la belleza y la alegría de vivir».

Entre nosotros, un árbol, una flor, un bosquecillo de pinos, sólo logran producir emoción en la sensibilidad de una escasa minoría de gentes. Para los demás son un estorbo o un objeto de explotación y rapiña...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LAS PRIMITIVAS SELVAS

Las ponderaciones que se hacían de las islas atlánticas, toda aquella aureola de país maravilloso que el mito y la fábula crearon en torno de nuestras peñas, ¿estaban realmente justificadas? ¿Merecían en verdad tales alabanzas?

Para discernir lo real de lo imaginario, la verdad histórica de la fantasía poética, habría que atenerse a las noticias que dieron de las islas las primeras expediciones que arribaron a sus playas. De una de ellas, la de los súbditos del rey Hanon, a que alude el «Libro de las Maravillas», se sabe que aportaron a una isla «cubierta de bosques, fecunda en pastos y regada de agradables arroyos», estableciéndose parte de la expedición en ella, mientras la restante regresaba a su país a dar cuenta de la venturosa conquista. Tan halagüeña impresión llevaron de la isla, que el Senado cartaginés, para no privar de ciudadanos útiles a la República, hubo de disponer que ningu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

no intentase pasar a ella, so pena de la vida.

Más concretas fueron las noticias aportadas por la expedición del rey Juba, según las cuales las islas abundaban en todo género de frutas y aves, en palmeras que producían dátiles, en piñas de pino, en miel, y en juncos de que se hacía el papel. En algunas de ellas, las montañas aparecían teñidas del color rojo que les daba la orchilla, famosa planta tintórea del Archipiélago, que cubría las peñas en tanta cantidad y abundancia, que estimuló al rey Juba a crear establecimientos en las islas para la explotación del tinte de púrpura.

Mucho tiempo después, otra expedición árabe arribaba a las costas canarias, desembarcando en una isla llena de cabras (¿Fuerteventura?), que en innumerables manadas vagaban sin pastor, y sólo encontró una fuente de agua viva que corría a la sombra de una higuera salvaje.

Y se pierde luego toda noción de las islas hasta que en 1341 una expedición organizada por el rey D. Alfonso IV de Portugal, y con tripulantes genoveses y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

castellanos, al mando del célebre navegante florentino Angiolino del Tegghia, recorre nuestras aguas, y al llegar a las costas de Tenerife divisa un monte en forma de fortaleza que parecía un bajel con una antena rematada por una vela latina. No se atrevieron a bajar a tierra por creerla una isla encantada, y continuaron recorriendo sus costas, encontrándola mucho mejor cultivada en el norte que en el sur. Al fin desembarcaron veinticinco marineros armados y vieron que las casas estaban fabricadas de piedras cuadradas, labradas con gran artificio y cubiertas de hermosas maderas. Encontraron igualmente un oratorio o templo en el cual no había ninguna pintura ni adorno; tan sólo una estatua de piedra, representando una figura de hombre con una bola en la mano y desnudo, con un delantal de hojas de palma.

Al dejar esta isla, los marineros se dirigieron a otra, en la que vieron árboles muy grandes que se elevaban hasta las nubes, navegando luego hacia una tercera, que hallaron abundantemente provista de arroyos y aguas excelentes; tenía, además, muchos bosques y palomas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

que mataban a palos y con piedras, y se las comían.

Al abandonar el Archipiélago los expedicionarios lleváronse a bordo cuatro indígenas, todavía imberbes, de hermosa figura, casi desnudos; tenían una especie de delantal con un ceñidor del que pendían multitud de hebras de palma o de junco, teñidas de amarillo y encarnado, y sus cabellos, de un rubio dorado, cubríanles las espaldas.

Después de varios días de navegación regresaron a Lisboa, llevándose muchas pieles de machos cabríos, sebo, aceite de pescado, despojos de focas y madera de color rojo, semejante a la del Brasil, además de gran cantidad de corteza de árboles para teñir de encarnado.

Hizo la narración de este viaje el célebre escritor italiano Boccaccio, y el curioso manuscrito, que se había perdido, fué dado a conocer por Sebastián Ciampi, en 1827.

Con la llegada de los primeros conquistadores españoles, cien años después de la expedición portuguesa, ya son más completas las referencias sobre las características del paisaje y la fertilidad del suelo canario. A mediados del siglo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

XV desembarca en Tenerife Diego García de Herrera, y según la crónica de la expedición que escribió Fernando de Párraga, al hacer el recorrido de Santa Cruz a La Laguna, acompañado de los menceyes de la Isla, Herrera marchó más de dos leguas, tierra arriba, cortando a su paso ramas de árboles, en señal de posesión.

Cinco años más tarde llegaba también a Gran Canaria el conquistador Juan Rejón, y, según refiere el cronista Gómez Escudero, a una legua de distancia del sitio en que celebraron la primera misa hallaron un hermoso valle con gran cantidad de palmas y dragos, higueras y sauces, y agua que corría siempre a la mar, de un arroyo próximo.

Al internarse después en la isla vieron muchas montañas cubiertas de pinares, y al norte una llamada de Doramas, «que de árboles y agua era una de las buenas de la isla». Y había en esta montaña un extremo de notar, que entre los árboles de diferentes clases que la población veíanse muchas palmas de gran altor, que salían sobre los demás árboles otro tanto y más que ellos tenían de alto. En otros sitios hallaron también

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

palmas de tan extraordinaria altura, que servían de guía a los surgideros y a los pescadores.

Y como fuente primordial, y más auténtica de información, para venir en conocimiento de cómo eran las islas a la llegada de sus primeros conquistadores, ahí está la narración de los capellanes Bontier y Le Verrier, cronistas de la expedición normanda, que en el recorrido que hicieron por las islas con Gadifer de la Salle, el lugarteniente de Juan de Bethencourt, tuvieron ocasión de admirar muchas de las bellezas del país. Por cierto que, según cuentan, fué una isleña llamada Isabel la Canaria la que les servía de compañera e intérprete en estas expediciones, para comunicarse con los naturales del país. Y en tanto aprecio la tenían, que en cierta ocasión en que Isabel, víctima de las intrigas de Bertín de Berneval, fué arrojada al mar por la borda de una pequeña embarcación, acudieron los capellanes a salvarla, y lo hicieron con tanto arrojo y prontitud, que pudieron sacarla ilesa del agua.

Según refieren los citados cronistas, algunos días después de la llegada de Gadifer a la isla de Erbania (Fuerteven-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

tura), se internaron con dirección al riachuelo de las Palmas, entrando en un valle llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos. En este valle se podían contar más de ochocientas palmeras que lo cubrían con su sombra, separadas en grupos de más de cien, tan elevadas como mástiles de navíos, de más de veinte brazas de alto, y cargadas de racimos de dátiles. En Gran Canaria saliéronles al encuentro quinientos indígenas, cambiando con ellos anzuelos y otros objetos por productos del país, higos y sangre de drago. La isla estaba cubierta de espesos bosques de pinos, abetos, dragos, acebuches y otros muchos árboles de diversas especies y frutos. Sus terrenos daban dos cosechas de trigo al año sin abono alguno. En Lanzarote hallaron muchas fuentes y cisternas, abundancia de pastos y buenas tierras de labor. Recogíase gran cantidad de cebada, de la que se hacía buen pan. En la Gomera no pudieron desembarcar, por la oposición de los naturales del país, temibles por su agilidad e intrepidez, y obligados por una gran tormenta tomaron rumbo al Hierro, donde permanecieron más de veinte días. Visitaron el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

interior de la isla, lugar delicioso, poblado de grandes bosques; en ellos había más de cien mil pinos, algunos tan corpulentos, que dos hombres no podían abrazar el tronco; sus aguas eran abundantes y buenas, y tantas las codornices, que era una maravilla verlas. Y, por último, describiendo la isla de la Palma dicen que estaba poblada de grandes bosques de pinos, dragos, etc. Disfrutaba de aires muy sanos, y sus moradores tenían por lo general larga vida.

De todos estos informes, de verdadera autenticidad, se deduce que si las Canarias que hallaron los conquistadores normandos y castellanos no eran los Campos Elíseos, celebrados en los versos de Homero, merecieron serlo por los dones y maravillas con que las había enriquecido y adornado la Naturaleza.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EL ARBOL CANARIO EN LA POESIA HISPANA

En la literatura clásica española el árbol canario tuvo gloriosos apologistas. Fué uno de ellos el poeta Alonso de Ercilla, que al cruzar por nuestros mares con rumbo a las Américas (1555), lanzó al vuelo su inspiración, y evocando la fama del legendario «Garoé», el Arbol Santo del Hierro, escribió en su poema «La Araucana»:

«Mira por el Océano bajando
entre el húmido noto y el poniente
las islas de Canaria, reparando
en aquella del Hierro especialmente,
que falta de agua la natura obrando,
las aves, animales y la gente
beben la que de un árbol se destila
en una bien labrada y ancha pila».

La reputación universal del árbol herreño había sugerido ya a un célebre poeta galo, Guillermo Salustio, Señor de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Bartas, al que Goethe llamaba «Rey de los poetas franceses», el siguiente elogio:

«La raíz desfilada y muy barbuda
de este arbolillo, en el árido terreno
sedienta vive, mas su copa suda
el más dulce licor que da el sereno;
es una vid, cuya corteza ruda
en perlaş llora con néctar tan ameno,
que, aunque el herreño beba, en nin-
[gún caso
para agotarlo le ha de sobrar vaso».

También Lope de Vega, con aquella su prodigiosa inventiva para describir lugares y paisajes según se los imaginaba su fantasía de poeta, ponderando las bellezas que ofrecía la Vega de Aguere, con su lago extendido al pie de las verdes colinas, al irrumpir en ellas las huestes de Fernández de Lugo, dice:

«Míranse en su claridad
tantos árboles frondosos
que se enloquecen de hermosos
con ver sombra y novedad.

Alrededor, todo el suelo
de tantas flores se tiñe,
que parece que la ciñe
el arco del mismo cielo».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Otro poeta español, no ya de tanta alcurnia intelectual ni de tan inspirado estro, el extremeño Vasco Díaz Tanco de Bregenal, que a principios del siglo XVI visitó las islas, da en su libro «Triunfo Canario Isleño», esta curiosa referencia de la flora insular: «Ví olmos y buxos y balos sabinas—viñáticos y palmas scipreses, laureles—ví plátanos, cedros y linaloeles—ví tiles, thabaybas, también azeuinas—ví dragos perfectos muy medicinales—también leña santa para medicina».

El trashumante poeta, que hizo un recorrido por las siete islas del Archipiélago, dice de la Gran Canaria:

«De cañas de azúcar estaba poblada
de cedros, limones y mil azahares,
y en sí demostraba diversos lugares
de mil arboledas muy ramificadas».

Al visitar la Gomera el poeta se admira

«de ver las amenidades
y los boscajes con flores
de tantas diversidades».

Y añade:

«bosque más fructificoso
el orbe no lo crió».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Igualmente loaron las selvas canarias los grandes poetas isleños, Cayrasco de Figueroa y Antonio de Viana, figuras cumbres de nuestro Parnaso en los siglos XVI y XVII.

En el poema de Viana, el árbol es siempre motivo de exaltación y elogio. Así, por ejemplo, ante la grandeza y majestad de los árboles centenarios, el poeta exclama:

«Mira los altos árboles crecidos
que de viciosa yedra están tramados,
del tiempo y su bravura combatidos
y pocos en su curso quebrantados».

Evocando el idílico encuentro de Dácil y Gonzalo del Castillo, en La Laguna, dice:

«Y era el espeso bosque tan cerrado
que no se divisaba en él la gente».

El grueso del ejército de Lugo llega a la agradable Vega; penetra por la espesura de los árboles, entre los cuales había algunos cargados de mocanes, «dulce fruta a la que entonces era propicio el tiempo», y se detiene a contemplar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

«los altos robles, los crecidos pinos,
umbríferos cipreses, frescos lauros,
las varias yerbas y olorosas flores...»

El árbol era, además, instrumento de justicia, y así, cuando Bencomo se ve injuriado por uno de sus súbditos, el anciano mencey exclama iracundo:

«Quitadme de delante este atrevido
si no queréis que pierda el sufrimiento;
muera, muera el traidor descomedido;
colgádmelo de un árbol al momento».

Igualmente sirvió de arma de defensa contra las invasiones extranjeras que asolaban las islas. Lope de Vega, en su «Dragontea», describe así la épica lucha de los isleños al rechazar las huestes de Drake, en las playas de Melenara, de la Gran Canaria:

«Ya con tejidas ondas, ya con leños,
como troncos de pinos y cipreses,
prueban los brazos rústicos isleños
en los soldados míseros ingleses».

Memorables son también las estrofas que Cayrasco de Figueroa, el autor del «Templo Militante», dedicó a la selva de Doramas, en Gran Canaria:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

«Aquí florece la admirable selva
que el nombre ha de heredar del gran [Doramas,
do no entrara discreto, que no vuelva
con rico asombro, de su sombra y ramas.

Si como aquesta selva deliciosa
junto a Hierusalen, otra estuviera,
por celestial virtud maravillosa,
ninguno la encantara y defendiera».

Este mismo poeta, en su «Arco de la Fama», ya había dicho que en las antiguas Afortunadas

«Siempre desea florecer la Oliva,
destilar de las peñas miel sabrosa
y con murmurio blando el agua viva
bajar del alto monte presurosa».

Otro canario ilustre, nuestro historiador Viera, con su inmoderada afición a las Musas, que tan pocas veces le solían ser propicias, rinde igualmente tributo de admiración a los viejos árboles del bosque de Doramas, y en su poema «Los Vasconautas», escribe:

«Decorados de yedras diferentes
los descollados árboles frondosos
dan su corteza al nombre de las gentes
y su gran copa a pájaros hermosos».

El Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Por último, otro poeta isleño, del siglo XVIII, Rafael Bento, ante el cuadro de desolación que ofrecían los bosques bajo el hacha de sus verdugos, exclama dolorido:

«¿Quién de la patria el lamentable lloro
y los gemidos de la edad futura,
podrá contar? El hacha asoladora
el exterminio al término llevando
con su implacable filo,
hiende las hayas, el laurel y el tilo».

Y con un presentimiento fatal del futuro isleño, el poeta añadía:

«Ya no la lluvia que los campos riega
volverá a descender sobre la altura;
ni se verán cubiertas de verdura
la recortada loma y fértil vega».

Sí; lloren las Musas, duélanse los poetas, que en los yermos canarios—campos de soledad y tristeza—«ya no volverá a florecer la oliva».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

DESPUES DE LA CONQUISTA

Cuando el Adelantado D. Alonso Fernández de Lugo, terminada la conquista de Tenerife, pasó a España para presentar ante los Reyes Católicos a los jefes guanches que acababan de someterse a la Corona de Castilla, fué recibido con grandes muestras de satisfacción por parte de los soberanos. Y el Adelantado, con raro menosprecio de la gloria que le correspondía por el éxito de su épica empresa, hubo de congratularse ante los reyes de que los dominios de España se viesen acrecentados con la posesión de una isla fértil y deliciosa, aunque ésta, acaso, —fueron sus palabras—«no podría ser útil más de doscientos años». ¿Presentía los males que amenazaban al territorio conquistado? La historia nos demuestra que no eran equivocados sus vaticinios.

De regreso a Tenerife, y al consagrarse de lleno a su misión de organizar la naciente república, dando impulso a sus

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

fuentes de riqueza, comenzó por establecer los arbitrios y propios que habría de administrar su Concejo. Al efecto fijáronse primeramente derechos sobre las ovejeras y colmenas salvajes; las salinas de la ribera, las resinas de las almácigas y otros similares, y señaláronse para propios de la Isla todos los montes y montañas desde el Roque Bermejo, en Anaga, hasta la Punta de Daute, yendo por las cumbres de la sierra, aguas vertientes a la mar, y por la parte Sur, los montes y montañas de Agache, a sotavento, quedando los demás libres de todo requisito para que los vecinos y moradores de la Isla pudieran cortar madera y leña para edificios, ingenios y cosas necesarias. Asimismo se autorizaba al Concejo de la Isla para vender madera o leña para fuera de ella en los dichos montes, con excepción de los comprendidos en la parte del barranco arriba que sube del Sauzalejo, atravesando el camino de Taoro, derecho a la montaña de la Sierra, y de allí, hasta el Valle de la fuente de los Berros, a dar a la montaña de Abimarge.

Cómo serían los estragos causados en la riqueza forestal de la Isla por la po-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

lítica de tolerancia y liberalidad de los primitivos regidores al autorizar las desmedidas talas y el abusivo comercio de maderas, que hubo de dictarse una pragmática, dada en Zaragoza (1518) por los reyes D. Carlos y D.ª Juana, «ordenando que en el plazo de seis meses se reuniesen todas las autoridades y viesen la mejor manera de conservar y fomentar los montes, no permitiendo cortas, podas ni talas; que se redactasen ordenanzas para su buen aprovechamiento, y se nombrasen personas aptas para hacer cumplir lo dispuesto».

A despecho de tan saludables y previsoras medidas, testimonio elocuente del amoroso desvelo que demostraban los Reyes Católicos por sus apartados dominios atlánticos, los males y abusos debieron subsistir a lo largo de toda la centuria, como lo atestiguan las siguientes previsiones del Concejo de D. Carlos: Julio de 1533. Que cuando se tratase en el Cabildo de la tala de los montes no se permitiese intervenir a los regidores propietarios de ingenios.—Agosto de 1533. Ordenando al gobernador o juez de residencia visitase la parte no poblada de la Isla para inspeccionar los montes y

© Del documento, no sobre: Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

evitar su tala.—1580. Que los regidores que tuviesen ganados no tomasen parte en la elección de guardas de montes, ni aquellos cuyos parientes fuesen, asimismo, propietarios de ganados.

De estos antecedentes se colige que el proceso de destrucción de los bosques canarios—talas, sáqueos, incendios, comercio de madera, etc.—arranca de la fecha en que el Adelantado señalaba para propios del Concejo todos los montes y montañas de la Isla y autorizaba a los vecinos y moradores para que aprovechasen sus productos; política de imprevisión y lenidad que no se avenía con aquel presentimiento suyo, expresado ante los reyes de Castilla en la histórica entrevista de Almazán, «de que la Isla sólo podría ser útil doscientos años...»

Hoy, después de más de cuatro centurias de devastación continua, la zona forestal de Tenerife, calculada en unas 94 mil hectáreas, presenta una superficie de más de 53 mil de suelo casi totalmente desnudo; dato que revela el poco amor que han demostrado por el árbol y el paisaje isleño las generaciones que nos han precedido.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ASPECTOS FORESTALES

Los datos más recientes que conocemos sobre la riqueza forestal en las Islas arrojan estas cifras:

Tenerife.—Montes de utilidad pública: 40.734 hectáreas. Idem particulares: 6.647. Zona forestal no catalogada: 48 mil 183.

La Palma.—Montes de utilidad pública: 18.232 hectáreas. Zona no catalogada: 15.316.

Gomera.—Montes de utilidad pública: 5.605 hectáreas.

Hierro.—Superficie arbolada: 3.086 hectáreas. Sin arbolar y repoblable: mil 312.

Los datos referentes a las islas del grupo oriental, Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura, los desconocemos, aunque desde luego puede afirmarse que la escasa riqueza forestal en ellas—nula casi totalmente en las dos últimas—acusa cifras muy exiguas.

Los montes y terrenos forestales no ca-

El Del documento, los autores. Digitalizado con medios por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

talogados, a que se refieren las estadísticas, pertenecen en su mayoría a particulares, a excepción de los de la Orotava, cuyo Ayuntamiento, con plausible acuerdo, hizo una información posesoria del Teide y Las Cañadas.

Los montes de utilidad pública en Tenerife son los siguientes: Las Mercedes, La Mina y La Yedra, en La Laguna; Pozo de Horna, en La Matanza; La Esperanza; Las Canales, en Santa Ursula; El Sauzal, Agua García y Cerro, en Tacoronte; La Goleta y Pedro Alvarez, en Tegueste; La Victoria; Adeje; Contador y Cumbre, en Arico; Fuensanta, Ijerje y Montefrío, en Garachico; Pinar, en Granadilla; Pinar, en La Guancha; Pinar de Tágara, en Guía; Pinar de Chío; Pinar de Icod; Pinar de la Rambla; Ladera y Cumbre, en Realejo Alto; Pinar de Santiago; Las Aguas y Pasos, en Los Silos; Pinar del Tanque; Lomo Gordo y Agua Fría, en Vilaflor; Vica y Lajas, en ídem; Mamio, Leres y Monte Verde, en la Orotava; Gambuesa, en Arafo; Poyal, Valle y Chasa, en Candelaria; Agache y Escobonal, en Güímar; Aguirre, San Andrés y Vueltas de Taganana, en Santa Cruz.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

Las especies predominantes en estos montes son los brezos, hayas, follados, hijas, aceviños, laureles, tiles, sanguinos, barbusanos, viñáticos y los pinos en sus dos variedades de Teda y Alba. Y en número ya por desgracia muy exiguo, los árboles más representativos de la flora indígena, como el mocán y la sabina; el palo-blanco, de madera tan apreciada, y el madroño de Canarias, que abundaba en otro tiempo en los bosques de Las Mercedes y Agua García, así como los adernos, marmitones y los barbusanos, de las selvas de Taganana, especies todas que tienden a extinguirse por completo.

Los antiguos cronistas hablan también de la importancia que tenía la riqueza maderera en las Islas. El P. Sosa, refiriéndose a la de Gran Canaria, dice: «tiene divididas muchas montañas de pinares, lentiscales, acebuchales, palmares y otros diversos árboles. De ellos se sacaban grandísimos maderos, que eran necesarios para los ingenios y artificios con que se molían las cañas de los azúcares cuando se labraban en dicha isla, y para otras fábricas de navíos y edificios de casas, y aún hasta España embarcan

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

sus maderas, mayormente el barbusano y palo-blanco, por ser de las más fuertes que ha topado la experiencia».

Según decía en una Memoria el Inspector de Móntes, señor Díez del Corral, que hace años recorrió las Islas, los bosques de pinos, especialmente, han sufrido considerables devastaciones. En algunos pinares, como los de La Guancha y Vilaflor, los rasos alcanzan el 20 y 42 por 100 de la zona poblada. No obstante, el número de pinos en las Islas demuestra la importancia que tuvo esta riqueza. Según los datos anteriormente citados, el total de estos árboles en Tenerife asciende a unos 5.800.000 (de ellos 1.400.000 resinables); en el Hierro, 366.500; en la Palma, 2.800.000; en la Gomera no llegan a un centenar, no obstante ser aquella isla la que cuenta con la mejor masa de montes de especies frondosas y la de mayor volumen leñoso. Y, por último, Gran Canaria, que es donde más mermada se halla la riqueza arbórea—sus montes han desaparecido casi por completo—, cuenta aún con importantes pinares, restos de las primitivas selvas, en Tamedaba, Pajonales, Mogán, Tejeda, Gáldar, Tirajana y otros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

La madera que se extraía de estos bosques, incorruptible y de gran dureza, pues su densidad alcanzaba a 0'879 en la del pino blanco y a 1'134 la del pino de tea, y los productos resinosos de la misma, fueron antiguamente objeto de importante tráfico, juntamente con las no menos apreciadas de los barbusanos, los palos blancos y los viñáticos. Se la utilizaba principalmente en la construcción de barcos, techumbres de edificios, lagares, etc. y sus productos resinosos, particularmente la pez negra o brea que se empleaba en la carena de barcos y en usos medicinales, se transportaba en considerables cantidades a la Península y a Inglaterra. Y en cuanto a la miera extraída de nuestros pinos se ha comprobado que supera en riqueza de productos a la de otros países.

Todo habla en elogio del pino canario, nuestro árbol sin rival, del que se ha dicho que puede desafiar impunemente las sequías y las intemperies porque sus puntiagudas hojas atraen los vapores de la atmósfera y sus raíces penetran a través de las capas volcánicas buscando la humedad en las profundidades del suelo. Gala de nuestra tierra, que debiera

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

considerarse como árbol dilecto y sagrado por su tradición isleña, su utilidad y su belleza sin par.

La devastación de los pinares, no menos asoladora que la de los bosques lauríferos o de la primera zona, ha obedecido a los factores de siempre, que Viera señalaba en su época como más perniciosos y contra los cuales han clamado y siguen clamando inútilmente los defensores del árbol en el país: «las hachas, las rozas clandestinas, las quemas, las carboneras y la insensatez, que han conspirado a talarlos y destruirlos».

Otro factor dañino ha sido el pastoreo en las cumbres, según el informe del Sr. Díez del Corral. «Buena prueba de ello, decía, son los retamales de Icod, y sobre todo los montes de Vilaflor, que son los que con menor densidad maderable, peor están de repoblados. Tales montes son principales víctimas del ganado cabrío, y cual ellos todas las demás zonas forestales situadas entre los 1.500 y 2.400 metros de altitud».

Para frenar estos abusos y poner término a tan perjudicial estado de cosas, un celoso alcalde, entusiasta del arbolado, D. Tomás Cruz García, propuso

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

hace años al Ayuntamiento de Güímar, una de las regiones más castigadas por el pastoreo abusivo, recabar del Estado una disposición encaminada a hacer desaparecer todos los rebaños de ganado cabrío que pasten en los predios forestales, públicos o particulares, comprendiendo las cumbres de la Isla y sus estribaciones en torno a ellas, hasta una faja no inferior a 100 metros por debajo del límite actual de los montes, autorizando a los Ayuntamientos para incautarse de aquéllos, transcurrido el plazo que se determinase. Esto proponía el señor Cruz García el año 1925, mas no sabemos de ninguna medida adoptada hasta ahora para corregir los males que trataba de evitar la citada propuesta municipal, caída en el vacío y en el olvido.

En síntesis, tal es el drama del árbol y de los bosques isleños, latente desde los tiempos en que el regidor Anchieta formulaba sus protestas y admoniciones en el Consistorio de la Isla, clamando contra las desmedidas talas.

Todo ha cambiado desde entonces menos esa insensibilidad y ese despego del país por la obra maravillosa de la Naturaleza en nuestro suelo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ARBUSTOS Y PLANTAS INDIGENAS

Lo mismo que los árboles, los arbustos y plantas indígenas, de especies peculiares del país, que constituyen más de una tercera parte de las catalogadas hasta hoy, también han tenido sus tradiciones y algunas de ellas alcanzado fama universal por sus singulares características, únicas entre todos los géneros de plantas del mundo.

Primeramente se han suscitado dudas y conjeturas diversas sobre el origen de dichas especies, pareciendo predominar el criterio de los que las consideran «producto de la emigración, unido a las modificaciones ulteriores y a la multiplicación de las nuevas formas». (Teoría de Hooker y Darwin). Otros botánicos creen que la flora mediterránea, que tanto predomina en las islas, fué transportada por las aves a nuestro Archipiélago.

Explicando la presencia en él de especies de los continentes más remotos,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

se señalan, igualmente, estas dos hipótesis: emigraciones de aquéllas a través de los mares, o que las islas, como creen algunos, son restos de un vasto continente—que no era el que describe Platón en sus Diálogos de Critias y el Timeo, situado frente a las columnas de Hércules y tan grande como la Libia y el Asia juntas—, sino otro cuya costa oriental llegaba hasta Europa y Africa y la occidental hasta América.

Como quiera que sea, lo que más llama la atención de los botánicos es la gran antigüedad y endemismo de la flora canaria, que según los últimos estudios se compone de 534 especies mediterráneas; 468 endémicas o del país, y 350 de otras procedencias, que se encuentran indiferentemente en Canarias y en Europa.

Entre los arbustos famosos del país y las plantas de mayor renombre y tradición, deben mencionarse en primer término la leña-noel o «palo de rosa», llamada así por el suave y delicado aroma de la esencia o aceite que se extraía de sus troncos y raíces, de los que hacían los holandeses un gran consumo para su industria de perfumería. De la misma

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

especie de este arbusto, el «guaidil» o «guaidín», de flores blancas en hermosos ramilletes, que juntamente con la «maljurada» o «corazoncillo», de flores amarillas, y el «corriguelón», de campanillas rosadas, constituyen el más bello adorno y la nota de más vibrante colorido en el paisaje.

Otra planta de gran tradición isleña es el taginaste o arrebol, de alto y esbelto tallo, en forma de obelisco o pirámide florida, del más sorprendente efecto. Adopta formas distintas, y sus flores, formando campanillas o ramilletes de espigas, son azules, rosadas o blancas, sobre grandes rosetas.

Una tradición indígena, recogida por el poeta extremeño Vasco Díaz Tanco, atribuía al taginaste la extraña virtud de preservar a las recién paridas de las acometidas de los machos cabríos, «machios de menstrua figura». La fama de esta bella planta canaria la divulgan aún antiguos romances, como éste que se canta en la Palma:

Blanca flor de taginaste,
encarnada clavellina,
qué bonita relación
cantó el galán a la niña.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

También originarias del país, las llamadas «siemprevivas de la mar», de hermosas flores violadas, servían de adorno, según la tradición, a las núbiles doncellas guanches. Abundaban en los bosques de Anaga, contándose más de diez especies diferentes. Una de ellas, de gran tamaño, crece espontánea en los acantilados del Norte de la Isla, especialmente en los del Puerto de la Cruz. También existen notables ejemplares en el sitio llamado «Bajo las Viñas», orillas del mar, del término de Buenavista.

Otra planta típica, y en extremo prolífica, es el balo. Decora generalmente los barrancos, los riscos y los terrenos incultos de las costas, confundido entre las euforbias, con las cuales guarda bastante similitud por su sobriedad y el tono verde pálido de su follaje, de aspecto triste. Algunos ejemplares alcanzan proporciones de verdaderos árboles. Tal ocurre con uno que existía en el lugar conocido por «Lomo del Balo», término de Guía de Isora. Era una verdadera supervivencia de los tiempos primitivos. Su rugoso tronco medía más de cincuenta centímetros de diámetro y a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

su sombra celebrábanse durante el estío grandes reuniones familiares.

Y entre otras plantas privativas del país, que más han llamado la atención de los botánicos (aparte las 57 especies diferentes de «siemprevivas canarias» que el doctor Praeger, distinguido científico inglés, estudió durante su recorrido por las islas el año 1924), la leña-santa, palo-santo u orijama (Planta de Dios), de la región marítima, tan abundante en el Sur de la Isla y de madera tan recia que los pastores hacían de ella agujas para sus tejidos rústicos; las jaras y juagarzos, de florecillas blancas y rosadas, que crecen en las regiones altas, por encima de los bosques de laureles; las algaritopas o «bocas de dragón», de penetrante aroma a alcanfor y múltiples tallos floridos; los tusílagos o «flores de mayo», de profusas flores en ramilletes, colores plateado o púrpura; oriseles o retamas de tinte, la célebre «yerba de amarillo» de las Canarias; bicácaros o canarinas, de flores de color rojizo, hojas en forma de alabarda y frutos anaranjados, de pulpa blanca y jugosa que competía con los de la mocanera la predilección del pueblo indíge-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

na; follados, ortigón del monte y gildanas, de flores de color de azufre, y fibras tan recias que amellan las hachas más duras; dedaleras o «crestas de gallo», de flores color ladrillo (nuestra digital canaria); lentiscos, vinagreras, cornicales, codesos y escobones, nevadillas, correhuelas y tantas otras que harían interminable este índice, hecho, como se ve, «a salto de mata».

Por último, no debemos olvidar estas otras plantas, netamente isleñas, tradicionales y hasta históricas por el importante papel que jugaron en la industria y riqueza del país—la orchilla, la barrilla, el tazaigo y la yerba-pastel, entre otras—, de las que se extraían los preciados tintes que tanta fama dieron antiguamente a las islas, ni esas otras que matizaban y perfumaban nuestras campiñas, de que habla Viana en su poema:

«el poleo vicioso, el blando heno,
el fresco trébol, toronjil, azándar,
el hinojo entallado y el mastranto».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EUFORBIAS CANARIAS

La historia de nuestras euforbias se remonta a tiempos anteriores a la era cristiana. Las primeras referencias de esta originalísima planta canaria, de tanto arraigo en el Archipiélago, se deben, según Plinio, a los informes dados por los emisarios del rey Juba de Mauritania, patrocinador de una importante embajada científica que traía la misión de conocer las circunstancias geográficas y producción de cada isla.

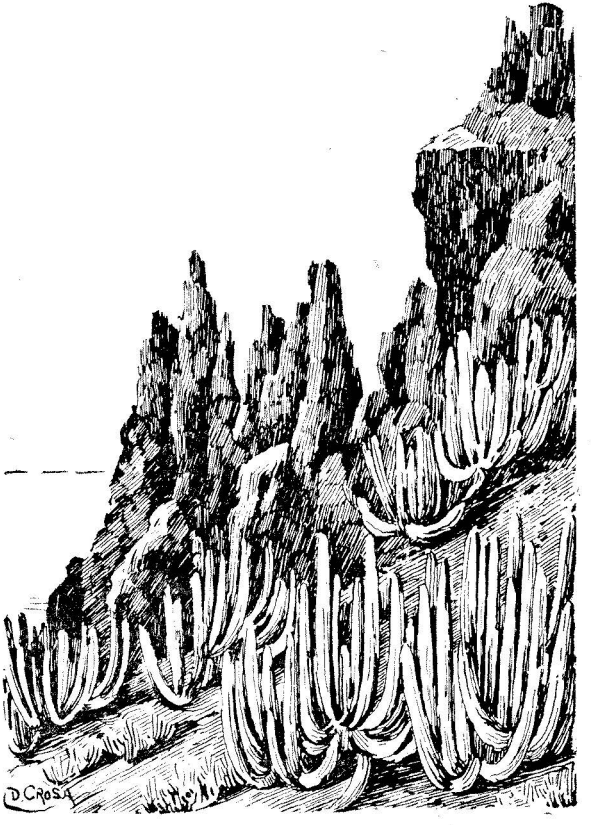
Al cabo de muchos días de navegación por las costas del Archipiélago, los comisionados retornaron a su país, llevando al rey varios presentes y algunas muestras de la flora insular. Entre éstas, según la versión del célebre naturalista, figuraban unas plantas que parecían férulas o cañajejas, recogidas en la isla de Ombrión (Hierro), de múltiples brazos cuadrangulares, armados de espinas en las aristas, con pequeños botones encarnados. Su jugo era una leche

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

espesa, acre y tan copiosa, que manaba en abundancia de las ramas a la más leve incisión. Examinado el arbusto por un galeno del rey, llamado Euforbo, que logró descubrir ciertas propiedades medicinales en la extraña planta, al poco tiempo era conocida ésta con el nombre de «Euforbia», que le dió el rey Juba en honor a su médico. De este modo, y gracias a tan casual como favorable circunstancia, nuestro agreste «cardón», ornato de los pedregales isleños, se vió encumbrado y enaltecido desde los tiempos de los antiguos reyes de Mauritania.

Ningún árbol canario—ni el drago con su majestuoso porte, ni el pino con su gallardo talle, ni el madroño con su copa florida—tiene un sello tan característico, tan representativo de nuestras peñas, como las euforbias canarias. Sobrias como ninguna otra planta, lo mismo se las ve sobre las áridas montañas que en las simas de los profundos barrancos. Prefieren la soledad, los lugares desiertos, o van muchas veces a buscar el halago de las brisas salobres en los lechos de arena, a las orillas del mar...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Era también la planta que en más estima tenía el pueblo guanche por los usos que de ella hacía en sus rudimentarios medios de vida, unas veces utilizando su madera para hacer lumbre, frotándola con un palo de espino, otras empleando su jugo en medicamentos o vertiéndolo en los charcos de los arrecifes para aturdir a los peces.

Tales eran los árboles que los cronistas de Bethencourt decían haber hallado en Lanzarote, de troncos cuadrados con varias faces, «que daban leche medicinal a manera de bálsamo, de maravillosa virtud».

Tanta era su abundancia, que cubrían totalmente grandes montañas, como la de «Los Cardones», en Fuerteventura, de nombradía histórica por hallarse en ella la sepultura del gigante Mahán, que, según la leyenda, medía más de veinte pies de largo.

También en las demás islas poblaban todas sus costas, alcanzando algunos ejemplares dimensiones extraordinarias. Todavía se puede admirar uno que llamó grandemente la atención de Humboldt en su visita a Tenerife en el año 1799. Está situado en el pueblo de Bue-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

navista y ocupa una extensión superficial de 148 metros cuadrados.

En algunos sitios de la isla, especialmente en la región Sur, ocupan extensos valles. Uno de ellos, el de «Las Cardoneras», en Adeje, es famoso por la profusión de euforbias sobre un lecho de arena de color ocre, en cuya vasta extensión alternan las tabaibas y tabaibillas, de follaje verde claro y flores blancas y encarnadas, las «barrillas» de color púrpura, los «salados» con sus grandes frutos cilíndricos de color verde bronceado y los tazaigos de largos tallos sarmentosos. Conjunción de las más extrañas formas vegetales y de las florescencias más caprichosas, que parecen haber encontrado su mejor ambiente en el citado Valle. ¡Cuántas veces, entre los viejos cardones, cruzaría sus senderos la lanza del pastor guanche tras los rebaños trashumantes!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

MORALES Y MORERAS

Estos árboles recuerdan el auge y esplendor de una industria canaria, ya desaparecida, que llegó a alcanzar verdadera fama dentro y fuera del marco insular: la industria de la seda, de cuyas manufacturas se conservan aún vestigios que atestiguan las excelencias de su calidad, al par que el arte y perfeccion con que estaban ejecutadas. Los socorridos nombres de «El Moral» y «El Moralito», que tanto abundan en nuestros campos, titulando también algunas aldeas, demuestran la popularidad de dichos árboles entre las clases rurales. Contribuía asimismo a darles importancia su conexión con la primitiva industria sedera, a la que proporcionaban una de sus primeras materias: el alimento para la cría y desarrollo del gusano de seda.

En los tiempos de D. José de Viera y Clavijo, ya se hacía resaltar la utilidad de estos árboles, «no tan multiplicados

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

como lo estarían si sus habitantes despertasen de su letargo y mirasen las cosechas de la seda como uno de los ramos más ricos de su industria».

Los beneficios que reportaban en tal sentido, aparte del valor de su madera y de la utilización de sus hojas, no sólo como alimento del gusano de seda, sino como pasto del ganado lanar, movieron a la Real Sociedad de Amigos del País a recomendar la plantación de morales en la Isla. Y se trató en principio de acotar para ello los terrenos de la Dehesa, del Puerto de la Cruz, proyecto que no llegó a realizarse a pesar de las gestiones de la benemérita Sociedad. Y la industria de la seda, que contaba con más de un centenar de grandes telares, aparte otros más pequeños en los Realejos, Icod, Garachico y Los Silos, comenzó a decaer, y poco a poco fué disminuyendo el lucrativo comercio de hilaturas del país que se hacía con América y algunos mercados europeos. Factores determinantes de la aguda crisis fueron, entre otros, la falta de materias primas, la introducción de tejidos extraños, la epidemia de la «pederina» que hacía estragos en el gusano de seda,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

y también esa idiosincrasia de muchos industriales isleños de desacreditar sus propios productos, tal como ya había ocurrido con otras fuentes de riqueza en el país.

La ruina de la industria causó serios quebrantos económicos en las islas. Tenerife y la Palma, especialmente esta última, donde existían más de 3.000 telares, fueron las más afectadas; centenares de obreros emigraron de ellas, y en algunas ciudades, como La Laguna, el descenso de población llegó a adquirir proporciones alarmantes.

Algunos años después dictáronse nuevas providencias para estimular el cultivo de morales y moreras en Tenerife, pero nada práctico se obtuvo. Fracasados estos intentos, solamente la isla de la Palma, y en ella la industriosa ciudad de El Paso, se afana aún en conservar la tradición de las antiguas manufacturas de hilados que tanto nombre dieron a las sederías isleñas. Júzguese de la importancia que alcanzó esta industria canaria y de la bondad de sus productos por lo que dice un cronista de fines del siglo XVI. «Hay años que se cargan más de 30 navíos para Indias

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

con vinos, y cuando el año es abundoso de pan también llevan harinas y tafetanes de todos colores, rasos y terciopelos negros, que es mucha la seda que en esta Isla se coge».

Si en Canarias se iniciase algún día una política seria y eficaz de fomento del árbol, sobre todo de aquellos que fueron tradicionales del país, patrimonio y gala de la tierra, habría que insistir en el empeño que demostraron los antiguos primates de la Isla por acrecer el número de morales y moreras en nuestros campos, como base de una industria típica y hogareña, de memorable recuerdo, que todavía añoran los canarios devotos de la tradición.

El Del documento, cuyo autores Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

PLATANOS O «PLANTANOS»

Están acordes todos los historiadores en que la introducción del plátano en Canarias data de los comienzos del siglo XVI. Como es sabido, y se ha dicho ya muchas veces, la primera referencia de esta planta la dió el cronista y capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, que en su «Historia Natural de las Indias» dedicó un curioso capítulo «a los árboles traydos a Santo Domingo desde nuestra España y Europa». Entre ellos figuraban los plátanos canarios, que dice vió por primera vez en la huerta del convento de San Francisco, en Las Palmas, donde adquirió cuatro mil plantas para cultivarlas en América. Unos años antes, en 1516, ya el plátano de las islas había sido introducido y divulgado en las Antillas por otro viajero ilustre, el P. Tomás Barlanga, obispo de Castilla del Oro. Fué, pues, el Nuevo Mundo deudor a las Canarias del delicioso fruto como ya lo había sido de otro regalo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

de la Naturaleza, la caña-dulce, llevada también de nuestras Islas, y con ella el arte y los secretos de fabricar el azúcar.

Al principio los isleños dieron a las bananas el nombre de «plantanos», que según la versada opinión del que fué nuestro gran etimologista, D. Luis Maffiotte, debiera haber prevalecido sobre el de plátanos, pues así no llevarían igual denominación dos vegetales tan diferentes como el «platanus», de los latinos, y el «Musa paradisiaca», de Linneo. Y el señor Maffiotte argüía que nuestros campesinos, sin darse cuenta de ello, eran más conscuentes con la lógica, y seguían llamando «plantano» al sabroso fruto, a pesar de la compasiva sonrisa que la tal palabra suele arrancar al resto de sus paisanos.

Parece fuera de toda duda que el plátano fué importado en nuestro Archipiélago de la Guinea del Norte, poco después de terminada la conquista de la Gran Canaria (año 1483); mas no ha podido precisarse quién o quiénes fueron los afortunados introductores de la citada planta, que andando el tiempo había de ser factor primordial de la riqueza isleña.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Como se sabe, el espíritu aventurero de la raza halló campo adecuado para sus correrías en los extensos arenales de Africa. Los más conspicuos guerreros, con el Adelantado de Tenerife a la cabeza, iniciaron sus incursiones en el vecino continente con aquellas frecuentes «entradas» o «cabalgadas», de las que tornaban a veces con abundante botín de esclavos, camellos y vacas; otras con sus huestes diezmadas por la morisma. A estas correrías, que se prolongaron durante más de una centuria, sucedió más tarde la labor pacífica, abnegada, y a veces también heroica, de los mareantes y pescadores canarios, que compartían las duras faenas de la pesca con pequeños intercambios de objetos y mercancías con los moros.

Algunos, con mayor afán de lucro, llegaron hasta la Guinea del Norte, y en aquel lejano territorio, de inexploradas riquezas, encontraron mayores alicientes para sus fines comerciales. Sucediéronse estos viajes; los nuestros vendían ropa, artes de pesca, etc., a los indígenas, y éstos, a su vez, pagábanles con productos nativos, huevos de avestruz y frutas y raíces de bananos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

He aquí, según la versión histórica, cómo vino el plátano a Canarias y cuál fué su procedencia.

Su arribada a las Islas coincidió con la de otras plantas y otros árboles también forasteros, exóticos hasta entonces en el país, como las parras, naranjos y cañas de azúcar, que por provisión real fueron mandados á traer de la vecina isla de la Madera al hacerse el primer repartimiento de tierras en Gran Canaria, en los tiempos del gobernador Pedro de Vera.

El testimonio del cronista Fernández de Oviedo no deja lugar a dudas de que el plátano se hallaba ya afincado en Canarias al comenzar el siglo XVI, según al principio decíamos, y buena prueba de ello es que pudo llevarse unos millares de plantas a su paso para Santo Domingo.

El P. José de Sosa, en su «Topografía de Gran Canaria», nos habla también de los «plantanales» que dice había en las huertas del convento de San Francisco: «La una—dice—regalada de agrios, «plantanales» y otras frutas; y la otra de hortalizas, en donde asiste de ordinario un hortelano secular, que pa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ra el regalo y recreación de la Comunidad y religiosos tiene comúnmente poblados sus surcos de bastantes y riquísimas yerbas». Este convento se hallaba en la parte más alegre y más alta de la ciudad, «por cuya causa de sus miradores y ventanas se registraban las puertas y el mar, gozando del divertimiento de ver entrar y salir los navíos».

Con estos antecedentes bien se puede incluir entre las plantas de tradición y rango histórico en Canarias la famosa «Musa paradisíaca», de Linneo, factor maravilloso de la riqueza isleña.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

VESTIGIOS DE LA FLORA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

MADROÑOS

Si hemos de aceptar la opinión de algunos autores, nuestro madroño o madroñero, que los botánicos distinguen con el nombre de «Arbutus canariensis», fué el árbol de las pomas de oro, ornato del famoso Jardín de las Hespérides, tan ensalzado por mitologistas y poetas de la antigüedad.

De esta opinión han participado algunos botánicos célebres, fundándose en que todas las características del madroño canario coinciden con las que se atribuyen al árbol de la leyenda, que desde luego no fué un naranjo ni un manzano, según hemos dicho, por no existir éstos en Canarias antes de la conquista de las Islas.

De tronco esbelto, hojas perennes y lustrosas, corteza rojiza y frutos de color anaranjado en copiosos racimos, véseles generalmente en los sitios húmedos, al socaire de los grandes laureles,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

o mezclados con los brezos, sus congéneres de la familia de las «ericas».

En los tiempos de la Conquista, es fama que bordeaban la vega de La Laguna y sus racimos pendían como flores de oro sobre el remanso de las aguas cubiertas de líquenes. Las maduras bayas, de verrugosa corteza y agridulce sabor, disputábanselas los soldados de Lugo como grato manjar que disipábales las fatigas de sus jornadas guerreras.

En otros lugares de la isla, especialmente en los altos de La Guancha y monte de Los Silos y Anaga formaban espléndidas arboledas, que aún en medio de la desolación y crudeza del invierno ofrecían la nota alegre de sus flores y sus frutos.

En las demás islas, con excepción de Lanzarote y Fuerteventura, abundaban en los bosques, de los cuales ya han desaparecido casi del todo. Sólo se conserva su nombre como recuerdo en algunas aldeas, como la del Madroñal, en Gran Canaria. ¡Madroñales sin madroños! Más que un recuerdo, un escarnio.

Hemos de hacer la honrosa excepción del pueblo de Güímar, que aún tiene a gala mostrar al viajero sus bellos ma-

© Del documento, los autores. Digitalizado con medios por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

droños del barranco de Badajoz, uno de los sitios donde la Naturaleza parece mostrarse en toda su virginidad, en medio de un marco de imponente aspecto «Es lo más grandioso—decía el ilustre güimarense D. Ireneo González—que después del Teide podemos admirar en Tenerife. Desde el fondo del barranco cubierto de maljuradas que semejan una alfombra de oro con sus flores amarillas, apenas se alcanza a ver una tercera parte de la altura de los riscos cortados perpendicularmente, ocultas casi siempre sus cumbres entre las nubes, y pobladas en su parte superior de gigantescas mocaneras. En estas alturas se divisan algunos recuerdos guanches, como la «Cueva de los Cañizos», en la que se ven cruzados unos palos que algún temerario que ha llegado a penetrar allí asegura ser de sabina, y «La lancita», a una altura accesible sólo para aves, sin que pueda conjeturarse cómo fué puesta allí».

Entre los enormes paredones cortados a pico, destacan, al fondo, frente a la «Cueva de los Cañizos», varios dragos y cedros corpulentos que parecen pugnar, en tenaz empeño, por subir hasta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

las altas sierras escondidas entre las brumas, sobre el llamado «Pico Grande».

En este abrupto escenario, la vegetación indígena se muestra en todo su esplendor, alternando las sabinas y las higueras silvestres, las hayas y los tilos, las mocaneras y los madroños. Y cubriendo el cauce y las orillas de los barrancos, los guaidiles, dedaleras y vicácaros tejen una red florida sobre las rocas rezumantes de humedad.

He ahí los lugares donde el curioso viajero, amante de la flora del país, puede admirar aún la fragancia de los madroños, con sus festones de oro bajo los fríos del invierno, evocando la bella leyenda del Arbol de las Hespérides.

El Del documento, cuyo autores: Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

SABINAS

Los muchos lugares isleños que llevan el nombre de este árbol—Valle del Sabinal, en Anaga; Sabina Alta y Sabinita, en el Sur; El Sabinal, en el Hierro y Gran Canaria; La Sabina, en la Palma y la Gomera—demuestran su antigüedad y arraigo en nuestro suelo.

Como el cedro y el pino, de la misma familia de las coníferas, su madera fué muy apreciada de los pobladores indígenas, que la utilizaban, incluso, como arma de combate para rechazar a los invasores. Los guanches, en Tenerife, defendíanse con dardos y montantes de sabina que partían a un hombre y un caballo, y en Gran Canaria, Maninidra, temible guerrero, hacía maravillas con una espada larga de sabina, con la que, al decir de los cronistas, «derribaba hombres, quebraba piernas y desjarretaba caballos, mejor que con espada de bien templado acero».

En una expedición científica al Valle

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

de Güímar, realizada en 1764, y en la que figuraba el gran botanista francés, M. Gros, fué encontrada al fondo de una profunda caverna una necrópolis indígena con numerosos andamios, construídos con palos y tablas de sabina.

Madera incorruptible, de fino duramen, color rosáceo pálido, con vetas de color marfil, es disputada por los ebanistas y llama la atención por sus caprichosos dibujos, de tan exacta semejanza con partes del cuerpo humano—torsos, biceps, curvas y turgencias femeninas—que parecen reproducidos de láminas de Anatomía. Otras veces nos muestra detalles y adornos del reino vegetal—corolas y pistilos, capullos y flores diversas—, de vivos matices.

Las sabinas han corrido la misma suerte que otras especies canarias—los barbusanos, los mocanes, el palo-blanco, de madera también muy apreciada—, y son ya escasos los ejemplares que existen en Tenerife. Uno de los más antiguos se halla en el barranco del Agua, en Güímar, al borde de un profundo abismo. Otro, de grandes dimensiones y que se cree cuenta dos o tres centurias de edad, se yergue aún en la zona vol-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

cánica de Las Cañadas, en el sitio conocido por Montaña Rajada. Su tronco tiene una circunferencia de dos metros y medio.

Quedan aún vestigios de estos árboles en el Valle del Sabinal, en Anaga; algunos en la Gomera, y como núcleo más importante, el Sabinal de la Punta de la Dehesa, en el Hierro, a 650 metros sobre el nivel del mar. Ocupa una larga extensión en medio de jaras y otros arbustos silvestres, y vistos desde lejos, entre el cortinaje de las brumas, sus gruesos troncos, doblados por los vientos, ofrecen el aspecto de chimeneas exhalando columnas de humo. Muchos de estos ejemplares del Sabinal herreño cuentan más de un millar de años y de sus maderas se construían las grandes vigas de los viejos lagares que aún se conservan en la isla, así como los telares, husos y otros utensilios rústicos.

Arbol de la madera dura e incorruptible, de rosado color y caprichosos dibujos, tuvo por competidor el acebuche, también de recia fibra. Ya lo dice un antiguo aforismo campesino: «Acebuche: no hay palo que te luche. Tan sólo la sabina te echa la pata «po» encima».

El Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LA RETAMA DEL TEIDE

Secas y descarnadas durante los fríos y las nieves del invierno; floridas, blancas, como copos de almendro, representan el último aliento del reino vegetal en las altas regiones de la isla.

Dispersas en las faldas del Teide, o en grupos, formando espesos matorrales, en los llanos de Las Cañadas, salen al encuentro del viajero desde una altitud de 1.800 metros, y siguen jalonando sin interrupción el camino hasta rebasar los 3.000 metros en las laderas y escarpes del volcán. A esta altura, como extenuadas por la larga y penosa ascensión, sólo las pequeñas violetas del Teide, cobijadas a su sombra, osan proseguir hacia la cúspide del volcán buscando el calor húmedo de las fumarolas. Su nombre específico, «spartium supranubium», demuestra la naturaleza montaraz de esta planta, esquiva a todo roce con las demás formaciones vegetales, y como la «amarga retama» que cantó Leopardi en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

su retiro del Vesubio, «contenta dei deserti».

A pesar de su aislamiento y su huraña, azotadas casi siempre por grandes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

ventiscas, los pájaros y las abejas las siguen hasta los más solitarios refugios, buscando cobijo entre sus ramas. El «pinzón del Teide» oculta en ellas su llamativo ropaje azul para sustraerse al acoso de los cazadores, y las abejas—puede decirse que todas las abejas de la Isla—se dan cita en los meses de primavera para extraer la miel en los retamares de la «Estancia de la Cera». Centenares de colmenas se reúnen anualmente en aquel lugar, y allí fabrican el delicioso producto, del que se ha dicho que sólo es comparable a la famosa miel del Himeto, en Grecia. Esta industria fué una de las más antiguas de las Islas, hasta el punto de que los colmenares salvajes figuraban entre las mejores rentas de los Concejos. En Gran Canaria—escribe el P. José de Sosa—los primitivos habitantes tenían abundancia de miel de abejas silvestres, que en los riscos más eminentes y peligrosos melificaban, y en los árboles más antiguos se criaban. Competía con esta miel la que los indígenas extraían de la parte más tierna de las palmas, que se calculaba en más de dos azumbres por cada árbol. De manera que los an-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

tiguos habitantes no sólo la tenían en abundancia para su propio uso, sino que la negociaban con los extranjeros que aquí llegaban.

Mas ninguna superó en calidad a la miel de la retama blanca, que las abejas de Tenerife fabrican cada año en la «Estancia de la Cera», entre las escorias del Volcán.

También goza de fama entre los botánicos la retama de cumbre que, al decir de un viejo adagio, «flure, pero no grana», y es famosa, por su tamaño, la de la Palma, que ofrece gran semejanza con las de Castilla por su hoja y flor, aunque las supera en dimensiones.

La retama blanca del Teide y la retama amarilla de cumbre llamaron siempre la atención de los botánicos que visitaron las Islas, por ser especies que no se conocen en ninguna otra región. Algunos trataron de aclimatarlas en los Jardines Botánicos más importantes de Europa, cultivándolas en invernaderos.

Y mientras en países extraños se muestra una especial admiración por este bello arbusto de la tierra, en el nuestro se le persigue y destruye con tanta saña, que ya apenas si van quedando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

vestigios de aquellos espléndidos retamares que eran el encanto del viajero.

¡Retamas del Teide! Blancas, impolutas, lo mismo cuando se cubren de copos de nieve que cuando se llenan de florecillas silvestres de sutil aroma, todo el año parecen vestidas de galas nupciales... Diríase que son las novias del Volcán, que en las noches tranquilas y serenas, bajo el cielo estrellado de Las Cañadas, aguardan la hora de sus desposorios...

Ningún árbol ni arbusto canario las supera en belleza y poesía. Ni ninguno tampoco se vió tan asediado de peligros y de odios.

¡Retamas del Teide! ¡Con qué triste acento suena hoy en nuestros oídos la infantil oración!:

Retama, retama,
La Virgen te llama...
Que hagas la cama
Al niño Jesús,
Que viene cansado
De cargar la Cruz.
Retama, retama,
La Virgen te llama...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EL ACEBUCHE DE LA ALTURA

Hasta hace pocos años todavía se divisaba en la cúspide de la montaña de la Altura, que se alza en las inmediaciones del antiguo castillo de Paso-Alto, extramuros de la capital, un pequeño árbol, desnudo de toda pompa, medio seco y desmantelado, que se debatía en el alto cerro con todas las inclemencias. En su lucha tenaz y heroica con los enfurecidos elementos, ni los más recios vendavales lograron abatirlo ni aún haciendo astillas, algunas veces, en su escuálido ramaje.

Tratábase de un acebuche u olivo silvestre («olea europea»), especie indígena que crece por lo general en los collados y barrancos de la región marítima, especialmente en los llamados del Infierno y Tamadaya, de las bandas del Sur.

De corteza rugosa y fuerte, tiene fama por la dureza de su madera, tan resistente que de ella se construían ejes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

para carretas. De ahí el dicho vulgar: «acebuche, no hay palo que te luche».

Solamente un árbol de esta especial característica podía medrar en lugar tan combatido por los vientos como el cerro de la Altura, en las inmediaciones de Paso-Alto.

En el mismo contrafuerte de montañas, cortado por las hendiduras de los barrancos y los valles, que se extiende a lo largo de la cordillera de Anaga, otro olivo silvestre, situado también en un alto cerro, el Roque de los Organos, sobre el pueblo de San Andrés, competía en longevidad con el de la Altura, al que igualaba en tamaño y en aspecto. Ambos parecían realizar la misma misión de centinelas o vigías, en vela permanente desde sus reductos de basalto. Y los dos testigos de muchos dramas del mar en la lobreguez de las noches invernales.

El acebuche de la Altura era, además, viviente recuerdo, según la tradición, de las épicas jornadas del mes de julio de 1797. Fué, como se sabe, el agreste escenario, con sus múltiples recodos, escarpes y desfiladeros erizados de pitas, formidable bastión de la defensa tiner-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

feña, escollo en que se estrellaron todos los esfuerzos del invasor para apoderarse de la inmediata fortaleza y avanzar a la vez sobre la Plaza. Posesionados de las cercanas colinas las tropas del capitán Troubridge, sólo la Altura, con su estratégica situación, podía impedir el avance del enemigo, superior en número y fuertemente apoyado por el fuego de las naves de Nelson. Rechazado y vencido al fin el invasor, y firmadas ya las capitulaciones, todavía en el alto cerro, alrededor del viejo olivo silvestre, tronaban los cañones portados a hombros por los milicianos que acaudillaba el cabo Florencio González, inmortalizado por la historia, y seguía rasgando las sombras de la noche el fuego de fusilería de los soldados del Marqués de la Fuente de Las Palmas, jefe de la defensa de la montaña, que al final de la contienda resbalaba herido, bañado en sangre, por la escarpada ladera.

De todos estos episodios había sido testigo aquel arbolillo enteco, de brazos descarnados, pero resistentes como el acero, que durante más de una centuria se mantuvo firme desafiando las tempestades. Arbol-vigía, que parecía pues-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

to de intento en la alta cima para atalayar los horizontes, en vela permanente sobre el blanco caserío de la ciudad dormida a sus pies.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ARBOLES TRADICIONALES

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

LAS PALMAS DE HARIA

Más que de proezas guerreras, la historia de Lanzarote está matizada de episodios galantes. Inicia la tradición romántica la reina Fayna, enamorándose del caballero vizcaíno Martín Ruiz de Avendaño; amores que tuvieron un epílogo feliz con el nacimiento de aquella infanta, «blanca y rubia», después llamada la princesa Ico. Más tarde, otra indígena de sangre real, la infanta Teguise, deslumbra con su belleza al conquistador Maciot de Bethencourt, que la hace su esposa, y cada vez más rendido a sus encantos da el nombre de la joven lanzaroteña a uno de los pueblos por él fundados. Y andando los años, ya en las postrimerías del siglo XVI, el Marqués de Lanzarote, D. Agustín de Herrera, señor absoluto de la Isla, cobró tanta fama por sus lances amorosos, como por sus proezas en Berbería, en la Isla de la Madera y en sus luchas contra los invasores del país. Temible bur-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

lador, sus atrevidos galanteos pusieron muchas veces su nombre en entredicho, y hasta se vió envuelto en severas críticas con motivo del misterioso fin de un personaje de alta alcurnia, esposo de una de las damas cortejadas por el Marqués.

Pareja con esta historia galante de sus régulos y señores, fué esa otra de desdichas, de azotes e irrupciones de corsarios, que padeció la Isla durante varias centurias. Saqueada frecuentemente, llevados muchas veces en rehenes sus habitantes, cuando el conquistador Bethencourt arribó a ella, su poblacion apenas excedía de trescientas personas que con gran trabajo sometió. El país se hallaba despoblado de bosques, creciendo únicamente en algunos terrenos pequeños arbustos, hayas y brezos, sólo útiles para el fuego.

En este marco de desolación y aridez, el Valle de Haría era como un oasis en medio del sombrío aspecto que ofrecía el suelo lanzaroteño con sus negras y desiertas llanuras. El verdor de su campiña y la nota alegre que le daban sus palmeras, convertían el pequeño Valle en un remanso de quietud y poesía, que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

contrastaba con la hosquedad del paisaje.

Bordeando el blanco caserío, las palmas de Haría, de elevados penachos y grácil silueta, fueron varias veces, durante las irrupciones berberiscas, pasto de incendios y saqueos. Rehechas con el transcurso del tiempo, el palmar, hasta el año 1618, seguía siendo el más bello ornamento de la Isla. Pero un nuevo azote, el más terrible y más cruento que sufrieron sus pobladores, convirtió en ruinas toda la campiña, y Haría vió reducido a pavesas su antiguo palmar. El suceso lo registra la historia como el más espeluznante que se recuerda en los anales lanzaroteños. Más de cinco mil turcos y moros de pelea, desembarcados de las naves de Arráez y Solimán, los dos temibles piratas, subieron hasta el Valle de Haría, y, después de cautivar a más de mil cristianos que se hallaban refugiados en la Cueva de los Verdes—el famoso túnel, de más de dos leguas de largo, que servía de oculto refugio contra las invasiones— dejaron asolada la tierra, pues a todas partes acudían aquellos bárbaros a poner fuego. Ardieron las casas todas, como ya

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

habían ardido las de Teguise, villa capital; ardieron la iglesia y sus archivos, e incluso el viejo palmar fué pasto de las llamas en aquella jornada de exterminio y espanto.

Hasta muchos años después, las palmas de Haría mostraban sobre la desolada campiña los muñones de sus troncos carbonizados por los incendios.

Muchos cayeron barridos por los vendavales; algunos, acaso, volvieron a reverdecer; pero el antiguo palmar, gala y orgullo del Valle, desapareció casi del todo.

Quedaron únicamente estas pocas palmeras, tristes y solitarias, de la villa de Haría. Exiguo número en verdad, mas el suficiente para recordar aquel antiguo palmeral que hace tres siglos arrasaron las hordas de Arráez y Solimán, los temibles piratas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

«LAS TRES PALMAS», DE LUJAN PEREZ

«Las tres palmas» llamábase, y sigue llamándose aún, el lugar donde nació, en Guía de Gran Canaria, el gran escultor José Luján Pérez, gloria del Archipiélago.

A poco más de una legua de la villa, «el pueblo mejor y de más lustre después de la capital», tres esbeltas palmeras alineadas al pie de una pequeña colina, dieron nombre al pago donde vivían los padres de Luján, acomodados labradores, de limpia y honrada ejecutoria. Su patrimonio consistía en una hacienda o cortijo con casa para los amos, pajar, gañanía, caballería y agua propia, más la de una mareta que el artista había fabricado con su propio dinero, ganado en su trabajo personal.

En este cortijo transcurrieron los primeros años de la infancia de Luján. Su biógrafo, el profesor Santiago Tejera,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

refiere que desde niño ya se reveló en él un artista de vocación y aptitudes excepcionales. Aún no había cumplido diez años, y ya modelaba juguetes en barro y figuras en madera con un cuchillo del país. A esta edad había tallado una imagen de San Bartolomé en un tronco de escobón. En estas aficiones artísticas competía con su hermano Carlos, que a la vez se dedicaba a esculpir dibujos en los aperos de labranza, y con su hermana María José, habilísima bordadora.

De aquel ambiente rústico y de aquella familia de aficionados al arte, surgió esta gran figura de Luján Pérez, nuestro Salcillo canario, que, sin ser un profesional, fué «un artista de corazón, de geniales adivinaciones, un castizo, un gran imaginero a la española», según la autorizada opinión del señor Tormo. Qué hubiera hecho Luján—pregunta el ilustre académico—educado en el siglo XVII en Valladolid o en Sevilla, tras de Gregorio Fernández o Martínez Montañés, o en Granada, tras de Alonso Cano, no se puede imaginar hoy.

Era el primer canario, ya en los finales del siglo XVIII, que cultivaba el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

arte de la escultura en las Islas. Hasta entonces sólo había habido un modesto «estatuario», Lorenzo de Campos, en Santa Cruz de la Palma, y un hábil aficionado, Rodríguez de la Oliva, «El Moño», en La Laguna. Y de obras escultóricas, antes y después de la Conquista, diríase que sólo existía un precedente: aquella tosca imagen de palo de que habla «El Cura de los Palacios», P. Andrés Bernáldez, encontrada en una casa de oración en Gran Canaria, que representaba una figura de mujer enteramente desnuda, «e delante de ella una cabra de madera entallada con su figura de hembra, que quería concebir, y tras de ella un cabrón entallado de otra madera y puesto como queriendo subir a engendrar sobre la cabra».

Había de venir al mundo el labriego-artista, de Guía de Gran Canaria, aquel aplicado mozalbete que en el cortijo de «Las tres palmas» se entretenía en modelar figuras en madera con un cuchillo del país, para que las Islas se ennoblecieran con el nuevo arte de Luján y sus principales templos y hasta sus más humildes santuarios con esas bellas tallas que la devoción ha conver-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

tido en imágenes tradicionales, veneradas de todos.

En maderas canarias fueron esculpidas muchas de ellas, y para que todo tuviese un sello de la tierra en las creaciones del gran escultor, sus modelos eran generalmente mozas campesinas.

Y se dice que el artista, cuando esculpía sus imágenes, les contaba cosas tristes, para dar expresión dolorida a sus semblantes. De ahí ese sello sentimental, inconfundible, de las imágenes de Luján, que tienen toda el alma y emotividad de la mujer canaria, su inspiradora.

En las postrimerías de su vida, consagrada por entero al arte, Luján seguía frecuentando «Las tres palmas» en sus temporadas de descanso. Le flaqueaban ya las fuerzas, pero su entusiasmo y su fervor artísticos eran los mismos de sus años mozos, cuando se dedicaba a hacer juguetes de barro y tallas en madera de escobón a la sombra de las palmeras del cortijo. Ya no le acompañaban en sus aficiones artísticas sus hermanos Carlos y María Josefa. Ahora era su pequeña hija, Francisca María del Rosario, su aprendiza de dibujo, con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

tinuadora de la tradición artística de la familia.

Presintiendo su próximo fin, el artista dispuso lo siguiente en una cláusula testamentaria: «Que a impulsos del amor y afecto que profesaba a su pueblo, era su voluntad que se colocara un reloj en una de las torres de la iglesia, a fin de que sus vecinos disfrutaran ese beneficio y pudiesen arreglar la distribución de sus aguas, de tanto interés para la agricultura». Y con este fin hacía un donativo de mil pesos.

Antes, con su peculio también, había costeado las obras del cementerio, donde, al poco tiempo, reposaban sus restos.

Tres recuerdos, pues, quedaron en su pueblo natal del más famoso de los escultores isleños, el gran imaginero Luján Pérez.

El reloj de la torre, la pequeña necrópolis y, arriba, en el cortijo, aquellas tres palmas que fueron testigos de los afanes y ensueños del niño artista, creador de las admirables «Dolorosas» canarias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LOS CIPRESES DE «LA PAZ»

En las florestas canarias, de vegetación tan prolífica, los cipreses constituyeron siempre una exigua minoría. En grupo aparte, contrastando con el verdor alegre y el ramaje florido de las selvas indígenas, ofrecen generalmente su perspectiva sombría junto a las tapias de los calvarios y cementerios rurales. Y hasta de estos refugios se les ha ido eliminando, poco a poco, como si fuese ingrata su presencia en medio de la luminosidad y policromía del paisaje isleño.

¿Por qué esta enemiga a un árbol de tanto abolengo histórico y poético, y de fama tan legendaria? Oriundo de la Persia, símbolo del fuego en los pueblos orientales; adorno de los templos paganos y de las necrópolis latinas; árbol de la madera balsámica, en cuyas tablas grabó sus leyes el pueblo helénico, fué siempre dilecto de los filósofos y de la musa de los grandes poetas. Las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

mejores estrofas de lord Byron, en su retiro de la isla de San Lázaro, se las inspiraron, como es sabido, los cuatro cipreses del monasterio en que se curaba de sus melancolías contemplando las torres de Venecia. Y en nuestros tiempos, un ilustre poeta español, el P. Pérez de Urbel, definió el profundo sentido del «más allá», simbolizado por el viejo ciprés de Santo Domingo de Silos, en uno de los más inspirados cantos a este árbol melancólico y sombrío, representativo del alma ensimismada en sus meditaciones sobre el infinito.

«Silencioso ciprés, cuya negra silueta
como un dedo gigante nos señala la me-
[ta».

Todos los testimonios históricos acusan la existencia de este árbol en Canarias desde los tiempos más remotos.

Lope de Vega los menciona también en estos versos de «La Dragontea», alusivos a la derrota de Drake en Gran Canaria:

«Ya con tejidas hondas, ya con leños
como troncos de pino o de cipreses»...

En la isla de la Palma fué famoso el ciprés de «La Dehesa» que crecía junto

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

a una vieja palma, tan estrechamente unidos que formaban casi un solo árbol. ostentando a la vez, según un poeta,

«la palma el pabellón de su follaje;
la aguja funeral de su ramaje
el sombrío ciprés».

A despecho de los perseguidores del árbol, en Tenerife nos quedan los cipreses de la quinta de «La Paz», en el Valle de la Orotava. Alineados a lo largo de un extenso paseo, bordeado de setos de arrayanes, son como una pincelada fuerte contrastando con el verdor suave de las plataneras y el azul cobalto del mar que se extiende ante los enormes acantilados y los peñones de la costa, coronados de espumas. Monstruos dormidos al arrullo de las aguas.

En el espléndido paisaje todo son galas floridas. Los contrastes se suceden desde la lejana cordillera velada por la bruma hasta la inmensa planicie del Valle. Huertas cercadas de geranios y rosales silvestres; siluetas, en la lejanía, de corpulentos dragos y esbeltas palmas; una pequeña ermita escondida entre la arboleda de la quinta, y, abajo, entre festones de espumas, la vieja ca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

leta, «Llave de la Isla», que parece añorar el rumor de las cien naves aposentadas en sus aguas, en los días próspe-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ros del comercio de vinos con las Indias.

Esta quinta de «La Paz» que adornan los viejos cipreses, fué antiguamente albergue de importantes expediciones científicas extranjeras, acogidas a la noble hospitalidad y amable protección del ilustre prócer tinerfeño, don Bernardo Cólogan Fallón, en el que se hermanaba la afición a las ciencias y a las letras con las más altas virtudes cívicas.

Dotado de una vasta cultura adquirida en sus largos estudios en Inglaterra y Francia, consagróse al servicio de su país, primero como alcalde real, después como personero de la Isla, y en momentos de peligro para Tenerife, como en la jornada del 25 de julio de 1797, acudiendo a socorrer heridos en las calles de Santa Cruz y a alentar a los defensores de la plaza en los sitios de mayor riesgo.

Este gran patricio, secundado por su esposa, doña María Rosario Bobadilla, y más tarde por su hijo don Tomás Fidel, convirtió su hogar en laboratorio científico y centro de estudios geológicos, botánicos y de astronomía. Y a la quinta de «La Paz», atraídos por el prestigio y esplendidez de sus morado-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

res, acudían cuantas eminencias y personalidades científicas visitaban la Isla. Ledrú, el autor de «Voyage aux isles de Tenerife, Trinité, etc.»; Humboldt y su colaborador M. Bomplans, en 1799; el geólogo Baudin y otros naturalistas, en 1800; Bory de St. Vincent, en 1803, y la gran comisión científica presidida por el Embajador Resenoff, y de la que formaba parte el naturalista Dr. Telesius, en su viaje al Extremo Oriente. Aparte de estas personalidades científicas, fueron huéspedes del ilustre prócer otras de gran relieve nacional, como el Marqués del Duero, don Manuel de la Concha, que estuvo confinado en Tenerife el año 1854.

El barón de Humboldt, que, como se ha dicho, fué uno de los moradores de la quinta, decía que el nombre de «La Paz» que los señores de Cólogan habían dado a su casa de campo, reflejaba el sentimiento que inspira este sitio campestre. La casa de «La Paz» tenía, además, para Humboldt un carácter particular. M. Bordá, cuya muerte lloraba la ciencia, la había habitado en su última expedición a las Canarias, y en una colina inmediata hizo los cálculos para de-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

terminar, mediante triangulaciones, la altura del Teide, sirviéndole de señal el antiguo drago de la Orotava.

Y el autor del «Viaje a las regiones equinocciales» resume así sus impresiones: «No puedo comparar esta vista, que limita en el horizonte la vasta extensión del Océano, sino a la de los golfos de Génova y Nápoles, pero la de la Orotava la excede en mucho por el tamaño de las masas y por la riqueza de la vegetación».

Lugares propicios para la evocación y el ensueño, estos jardines de «La Paz», gala del Valle de la Orotava, fueron, además, según la leyenda, teatro de dramáticas aventuras. Y si hemos de creer una vieja conseja, cuando el viento azota las copas de los cipreses, un eco doliente, de alma en pena, recuerda a los caminantes el trágico fin de aquel desventurado capitán que, persiguiendo a una doncella guanche, famosa por su hermosura, se despeñó con su caballo por los acantilados de Martiánez...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LA PALMA DE LA CONQUISTA

Hasta el año 1918 erguía su esbelto talle sobre la Villa de la Orotava. Era una de aquellas palmas centenarias, de inconfundible silueta y «gran altor», de las que es fama que servían de guía a los surgideros y de norte a los pescadores y mareantes en sus arribadas a las playas isleñas. Palmas gigantes, de redondas y reducidas copas, evocadoras y majestuosas, altivas y señoriales, como aquellas que describían los antiguos cronistas, «tan desmedidas en lo alto, que parecía que se avecinaban a las estrellas». Su altura excedía de veintinueve metros, y era uno de los ejemplares notables que se mostraban a la curiosidad y admiración de los extranjeros en el antiguo Jardín de Franchy, después propiedad del Marqués del Sauzal. Este jardín albergaba en su espacioso recinto el drago más antiguo de la Isla, calificado de verdadero mónstruo vegetal. Y lo era en realidad por sus extraordinarias

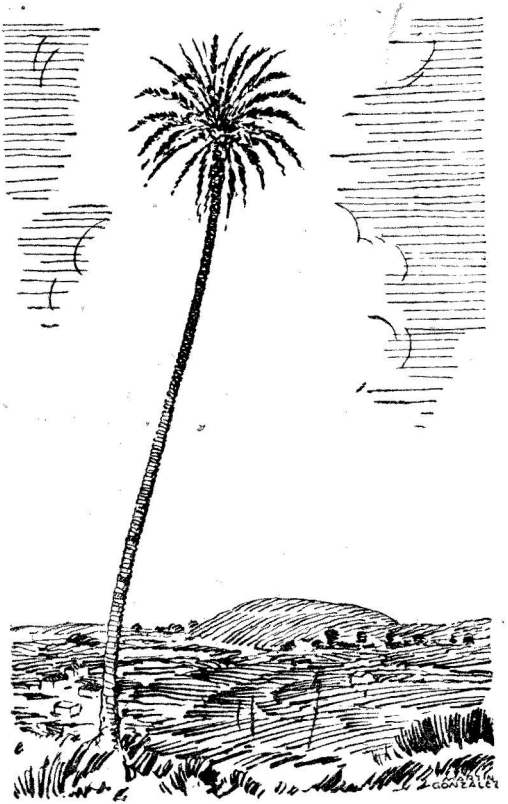
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

dimensiones: 20 metros de altura y 24 de circunferencia en su base; «el más hermoso que había en las Islas y quizá en el globo», según opinión del naturalista André Ledrú.

Desgraciadamente, el drago de los brazos hercúleos que brindaba hospitalidad y agasajo a las embajadas científicas que visitaban el país, y la palma centenaria, de descollada altura, que se destacaba sobre los torreones de la Villa, atalayando los horizontes, corrieron el mismo adverso destino, sucumbiendo a las furias de los elementos. Primero fué el drago, al que una tempestad destrozó su copa en 1819, y otro huracán lo cercenó por completo en 1867, y más tarde, en los primeros días de enero de 1918, la palma gentil que servía de norte a los mareantes y era como un alegre oriflana ondeando en el cielo del Valle.

De la sensible pérdida daba cuenta el alcalde de la Orotava en una lacónica comunicación dirigida al Gobernador civil de la provincia, que decía lo siguiente: «En las primeras horas de la noche del 3 de enero se desencadenó en esta Villa un violento temporal de agua y viento, que causó gravísimos daños.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019



El fuerte huracán arrancó numerosos árboles, arrasó los platanales de varias fincas y destruyó la cosecha de patatas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

En muchas casas rompió los aleros de los tejados, puertas, ventanas y cristales.

También rompió la famosa palmera que existía desde los tiempos de la Conquista en la quinta del señor Marqués del Sauzal».

Ni una palabra más. Ni una gacetilla en los periódicos recordando al árbol caído. ¡Todo un poema de cuatro siglos que desaparecía de súbito, dejando un rastro de soledad y tristeza en el paisaje!

Y no volvió a atalayar los horizontes ni a lucir su verde penacho la palma centenaria, que después de asistir a las últimas jornadas de la Conquista y a las solemnes paces del 25 de Julio en el vecino Real de los Cristianos, escuchó la dolorida lamentación del rey Bencomo: «¡Perdona, patria mía, si ya no puedo valerte!» Y terminado el fragor de la lucha, en sosiego los ánimos, el pregón de victoria del vencedor entre el ruido y la algarabía de los tambores marciales: «Tenerife por los Reyes de Castilla y de León».

Una poetisa isleña, doña Victoria Ventoso de Cullen, exaltó el recuerdo de

la histórica palma, en dolientes estrofas. He aquí algunas:

«¡Palma gentil!, vengo a alzar
a tu sombra reverente
mi monótono cantar;
mas tu ramaje doliente
sólo me brinda a llorar.

¡Majestuosa solitaria!,
cual nunca mi voz flaquea
en su empresa temeraria:
mientras la brisa te orea
yo murmuro una plegaria.

... ...

A ti sola, antigua palma,
ilesa te guarda el cielo;
la brisa te besa en calma;
murmura el agua en tu suelo;
y ella y el sol te dan alma».

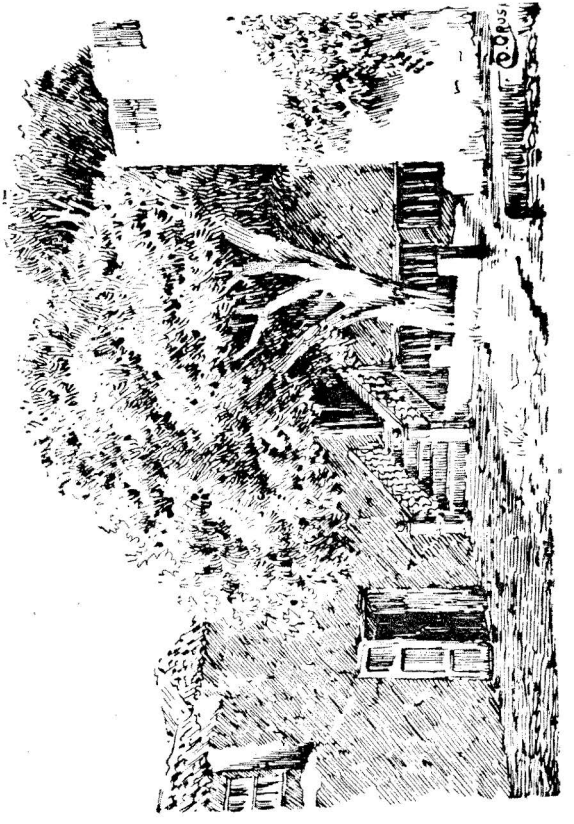
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LOS LAURELES DEL CASTILLO DE SAN CRISTOBAL

Después de haber asistido, durante más de media centuria, a las postrimerías del histórico castillo, cayeron los dos laureles con los últimos sillares de la derruída fortaleza. Alguien, condolido de su suerte o pensando que estos árboles podían tener significado histórico, movió el celo de la autoridad local en su favor, salvando de la piqueta y la destrucción los inermes troncos que yacían arrumbados sobre montones de escorias. Trasladados al Parque Municipal, hoy, al cabo de unos años, muestran la lozanía y el verdor de sus mejores tiempos, cuando proyectaban su sombra sobre el patio del desaparecido reducto. (Estos árboles, «laureles de la India», fueron traídos a Tenerife el año 1860, por el capitán de la Marina mercante, don Domingo Serís y Granier).

¡Castillo de San Cristóbal!... Cuatro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019



siglos de historia tinerfeña, vividos entre sus gruesos paredones, de tan dura y sólida argamasa, que pudieron resis-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

tir, indemnes, los embates del tiempo y las acometidas enemigas. En el transcurso de esas cuatro centurias, cuántas figuras dignas de recordación y alabanza. Nombres beneméritos, de patricios y castellanos ilustres, como los Alvarez de Fonseca, Valcárcel y Lugo, Guerra de Ayala, Gregorio de Samartín, Monteverde y tantos otros, vinculados al glorioso historial del Castillo, sin excluir a aquella valerosa doña Hipólita Cibo Sopranis, que arengaba a los artilleros en los momentos de peligro, bajo el fuego de los cañones de la escuadra de Drake. Y cuántos dramas y episodios acaecidos en el amurallado recinto, desde la frustrada evasión de Jorge Glas, el célebre aventurero escocés, hasta aquellos truculentos sucesos del 26 de junio de 1720 y su trágico epílogo de las ejecuciones ante la multitud congregada en la Plaza Real.

¡Castillo de San Cristóbal! ¿Quién no ha oído hablar del boato y suntuosidad de sus fiestas y recepciones? De una de ellas, a la que asistió en su calidad de regidor, escribió Núñez de la Peña un regocijante capítulo de su Historia. Cómo serían de gravosas las reuniones del

El Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

castillo, que un Juez Visitador de la Isla hubo de dictar una orden disponiendo que cuando llegasen autoridades, obispos, regentes, oidores u otros cualesquiera personajes no bajase diputación del Cabildo en forma de Ciudad a cumplimentarles, como hasta allí; pena de cincuenta ducados a cada regidor. Y desde entonces fueron aminorados los gastos que hacía el Cabildo durante tres días en banquetes y recepciones, suprimiéndose, además, «el regalo de doce fuentes de dulces al obispo».

Todo este largo proceso histórico, con sus páginas heroicas, sus gestas cívicas, terminó en nuestros días con la demolición de la vieja ciudadela. Al fin los sólidos cimientos y la dura argamasa de sus muros cedieron al golpe de la piqueta.

Con los últimos sillares, confundidos entre sus ruinas, cayeron los laureles que hoy adornan el Parque Municipal.

Olvidados e inadvertidos de la generalidad de las gentes, sin relieve histórico todavía, lo tendrán en el futuro como vestigios de toda una época, que desapareció con la derruída fortaleza.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LOS DOS BREZOS

Elemento primordial en las florestas canarias, los brezos, como es sabido, alcanzan a veces proporciones de árboles corpulentos en algunos de nuestros montes. En el del Agua García, particularmente, se conservan aún notables ejemplares, que llaman la atención por el grosor de sus troncos y su altura de más de cincuenta pies. Y aunque raquíticos y desmedrados en las zonas altas, donde el terreno y el clima les son menos propicios, forman, sin embargo, áreas forestales tan extensas que se calculan treinta veces mayores en extensión que las que antiguamente ocupaban. Sobre las rocas escarpadas del Golfo, en el Hierro, es la especie dominante, mezclados con los viñáticos y mocanes, y en todas partes embellecen las selvas con su tupido ramaje y flores en panojas, blancas, rosadas y amarillas, que tanto atraen a las abejas con su suave aroma.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Como los dragos gemelos de las Breñas, en la Palma, también los brezos tenían su leyenda. Según la versión de un antiguo poeta palmero, Rodríguez López, «Los dos brezos» se hallaban en la Cumbre Nueva, a las márgenes del camino, el uno frente al otro. De esta cumbre bajaban durante los aluviones las grandes torrenteras que se precipitaban sobre los valles, sembrando la desolación y la ruina. Todavía se recuerda el desgraciado fin que, según la historia, tuvieron los príncipes de Tedote, arrebatados por la corriente en el barranco de Agasencie, salvándose únicamente uno de ellos, por haberle arrastrado las aguas que le llevaron hasta la copa de un árbol, a la que quedó asido.

«Los dos brezos», según la leyenda, perpetuaban el recuerdo de dos pastores que en dicho lugar se acometieron con terrible saña, y, al caer heridos de muerte, se reconciliaron en su agonía, tendiéndose las manos en ademán fraterno, de arrepentimiento y de perdón.

Desde aquel día, los dos brezos, como impelidos por fuerzas extrañas, comenzaron a inclinarse el uno hacia el otro, y al poco tiempo sus ramas se unieron

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

y entrelazaron formando un arco de follaje sobre el camino.

Hasta muchos años después, los que transitaban la cumbre se detenían al pasar por aquellos parajes para rezar una oración por los muertos; pero un voraz incendio, ocurrido en la noche del 15 de agosto de 1863, que destruyó grandes extensiones de monte, redujo también a pavesas los árboles de la Cumbre Nueva.

Las llamas no respetaron ni aquella historia de dolor y piadoso recuerdo que representaban los dos brezos de la leyenda.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EL ALMACIGO DE CHAJAJO

Los almácigos, que abundaban en las costas de las Islas, fueron árboles muy codiciados por su madera, sólida y aromática, y por su goma o resina, objeto de antiguo y lucrativo comercio.

No rehuían los terrenos áridos, y sus dimensiones eran casi siempre corpulentas, excediendo algunos de veinte metros de altura y más de diez de circunferencia del tronco. En Fuerteventura bordeaban el Río de las Palmas, y en la Gomera crecían en gran número, dando mucha copia de goma.

Entre estos árboles, ninguno de tanta fama tradicional como el Almácigo de Chajajo, en el pueblo de Guía de Isora. Sombrío, solitario, encorvado por los vientos, extiende sus ramas sobre una pequeña huerta de blancas tapias, en un altozano de un viejo camino de herradura.

Es fama en el lugar que a la sombra del almácigo reuníanse los vecinos pa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ra presenciar las corridas de vacas que se celebraban en la plaza de la Ermita el día de la festividad de la Patrona, la Virgen de la Luz. También la noche de la fiesta congregábanse detrás del árbol para resguardarse de los disparos de un castillo de fuegos de artificio, que en las anuales funciones pirotécnicas constituían la máxima sorpresa, el «número culminante». Las gentes le recuerdan todavía con emoción. ¡El castillo de «Cho Gaspar», el que lanzaba los morteros durante los fuegos de la Virgen de la Luz! ¡Qué de sobresaltos y regocijos al mismo tiempo!

Mas, ¡ay!, no fué sólo testigo de jolgorios y diversiones populares el antiguo almácigo de Chajajo, que también lo fué de los días amargos de pobreza y privaciones sin cuento, que sufrió el vecindario en épocas de calamidades públicas, de hambres y sequías. Años de éxodos y amarguras sin fin, en que sólo quedaban en el pueblo los ancianos, las mujeres y los niños, porque a los hombres útiles llevábaselos la emigración. En un curioso padrón del año 79 decía el alcalde del pueblo: «Adviértese que este lugar no tiene calles arrua-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

das que señalar ni el asunto lo permite, y también se advierte que todos los ve-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

cinos tienen algunos árboles con que se sustentan un par de meses, a excepción de diez o doce que no tienen para tanto». El agua había que traerla en tallas y vernegales desde un lejano manantial de la cumbre. Escaseaban las drogas para los enfermos. Un «tomo»—bebida hecha con yerbas—servía de antídoto para todas las enfermedades, y con sangre de drago, altabaca y otros productos confeccionaban la untura llamada «de las siete cosas»; remedio infalible contra las descalabraduras de los huesos.

A tantas privaciones uníase el dolor de haber perdido el mayor tesoro del pueblo: ¡la Virgen de la Luz! Había salido en romería por la cumbre, en una de las fiestas lustrales que se la hacían, con asistencia de personeros y diputados, y la Virgen no volvió. Quedáronse con ella en Garachico. ¡Lleváronsela, como antes se habían llevado a otro pueblo la Parroquia que un Obispo ofreció para la Virgen! Y Guía de Isora, desposeída de todo su patrimonio, hasta de su Imagen tutelar, quedó reducida a un pago y un feudo de la Villa de Santiago, su rival de siempre, más poderosa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

por la influencia de sus antiguos dueños.

Hasta que vinieron años mejores; de alivio y de trabajo. Primero la cría del gusano de seda; después la cochinilla. Comenzaron a poblarse de moreras las huertas y a verdear los nopales en la árida llanura. Ya los brazos tenían en qué ocuparse. Ya los «indianos» de América tornaban al hogar vacío a rehacer su vida, junto a los suyos.

Enjalbegáronse las casas y colocáronse tiestos de flores en las azoteas. ¡Hasta hubo parrales para que se resguardasen del sol las mozas que embellecían las sedas con sus bordados! El pueblo parecía otro. Hubo de nuevo fiestas en la Ermita; otra imagen sustituyó a la primitiva Virgen de la Luz, retenida en Garachico, y bajo el Almácigo de Chajajo volvieron a congregarse los vecinos para presenciar las corridas de vacas y resguardarse de los morteros del castillo de «Cho Gaspar».

De aquellos años de tribulaciones y penas y de estos otros de sosiego y alegrías, fué testigo el viejo árbol de Guía de Isora.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ARBOLES Y CONVENTOS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

EL TAMARINDO DEL CONVENTO DE CANDELARIA

No tuvo historial propiamente dicho; pero sí debe ser motivo de recordación. Era un árbol existente desde remotos tiempos en el patio del antiguo Convento de Candelaria, a cuya sombra acogíanse los romeros, huyendo del caldeado arenal, en la tradicional festividad del 15 de agosto. Pertenecía a la flora tropical, de fácil y rápida aclimatación en nuestro suelo, que abundaba en ejemplares notables, de gran renombre. Ya hemos hablado en una crónica del antiguo «baobab» del Callejón del Judío, destruído en el año 1886 por efecto de una torpe y desdichada resolución municipal. Famoso fué también un cocotero que sobresalía por su extraordinaria altura en el sitio conocido por «El Blanco», en las afueras de esta capital. Y hasta hace unos años era muy visitado por los extranjeros el Jardín llamado de

Foronda, donde se habían dado cita numerosas especies de la flora tropical: araucarias de Chile; poma-rosas del Brasil; chirimoyas, aguacates y guayabos de las Antillas; magnolias de América septentrional; pitangas del Brasil; anones de Santo Domingo; grosellas de la Habana, y otros árboles tropicales, entre los que descollaban por su porte y fortaleza, parecidos al roble, los tamarindos procedentes de los países secos de Africa y de la India, que en Canarias hallaron su clima más adecuado.

En la época en que Viera y Clavijo escribió su Diccionario de Historia Natural de las Islas, este árbol era todavía escaso en nuestro país, pues sólo hizo mención de él por uno u otro individuo que existía en las Islas, como en el antiguo claustro del Convento de Candelaria, en Tenerife; en el traspatio de la casa de don Agustín Falcón, en Las Palmas, y en la hacienda del Conde de la Vega Grande de Guadalupe, en Gran Canaria.

La cita de Viera nos sugiere esta pregunta: ¿Qué fué del tamarindo del Convento de Candelaria? ¿Cuándo desapareció? A juzgar por la fecha del Diccio-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

nario, año de 1799, el árbol en cuestión había sobrevivido al voraz incendio de la noche del 15 de febrero de 1789, que destruyó el histórico santuario, reduciéndolo a pavesas.

Alcanzó, pues, el citado árbol la época de mayor esplendor del antiguo Convento, cuyo claustro, según Rodríguez Moure, era de bella arquitectura, con pilares de piedra blanca, «cuasi mármol», treinta celdas y magníficos alojamientos para obispos y generales, gran surtido de ornamentos y vasos sagrados, numerosa biblioteca y soberbios cuadros de la escuela italiana traídos de Roma.

Todo este valioso tesoro artístico fué pasto de las llamas en la noche del 15 de febrero de 1789, de infausta memoria. Sólo se salvó, por lo visto, del devorador incendio el tamarindo del patio del Convento, ex-voto, quizá, de algún indiano agradecido a los favores de la Virgen, que tanta devoción inspiraba a los emigrantes canarios.

Sería curioso saber cuándo y cómo desapareció, al fin, el tamarindo del Convento de Candelaria, uno de los pocos que existían en las Islas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EL CIPRES DE LOS DOMINICOS

Sin duda por poderosas influencias de clima o de lugar, fué siempre el Valle de la Orotava albergue de los más descollantes árboles de la Isla. Su célebre Drago del Jardín de Franchy, el más monumental del Archipiélago; su Castañó de las Siete Pernadas, en Aguamansa, y su Palma de la Conquista, que un huracán abatió el año 1918, pasarán a la historia como ejemplares dignos de la fama y renombre que aún tienen. A propósito de estos árboles próceres y gigantescos, de «increíble altura», que parecían haberse dado cita en el renombrado Valle, decía, en 1676, el historiador Núñez de la Peña: «No ha muchos años que un Juan Gaspar cortó un pino en la montaña, sobre el Realejo, que dicen hizo cinco mil reales, poco más o menos, de la madera que de él sacó, y advierto que no vale cara la madera en esta isla. También he sabido que la celda del Convento de San Lorenzo, en la Orota-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

va, que es larga, se cubrió con la madera de un solo pino, y se hizo un grande tanque de chaplones». Y terminaba diciendo: «Sea loada la omnipotencia del Señor criador de las cosas visibles e invisibles».

Otro árbol orotavense, que llamaba la atención por su descomunal altura, fué el ciprés del Convento de los Dominicos, de cuya fundación era patrono un ilustre prócer de aquella Villa, el marqués de Torrehermosa, que tenía sus casas fronteras al Convento.

Este ciprés, el más alto que había en la Orotava, y acaso en toda la Isla, debió ser plantado a finales del siglo XVII, que fué la fecha en que los dominicos tomaron posesión del Convento, establecido en la primitiva ermita de San Benito Abad, y del que dice la historia que fué «uno de los principales de la provincia por su bello templo con capillas, su alegre claustro, su agradable situación, su amena huerta, sus viñas, sus aguas, sus estudios con cátedras de gramática, filosofía y teología, y sus hijos esclarecidos en letras, celebridad y reputación».

Del árbol no tenemos más noticia sino que que era de porte gigantesco, ex-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

cediendo de más de veinte varas de altura.

No sabemos que se le haya hecho apología alguna, como a los otros árboles célebres del Valle, que contaron con entusiastas panegiristas.

Los tuvo el viejo Drago del Jardín de Franchy, ensalzado por un poeta de la tierra, Alfonso Dugour, en líricas estrofas:

«Junto a tu tronco carcomido y roto
llega atrevida mi profana planta...»

Solamente el ciprés del Convento no halló un poeta que lo exaltara. Y, sin embargo, ¡qué estampa tan sugerente la de este árbol, alzando su fina silueta sobre los sombríos claustros, mientras la docta comunidad de gramáticos, filósofos y teologistas se entregaba a sus cotidianas oraciones! Rozarían sus verdes ramas el húmedo tejaroz del Convento, y, ascendiendo hacia el espacio azul, desgarraría con su aguda cima el cendal de brumas, para contemplar, desde lo alto, toda la inmensa extensión del Valle sin par, antigua morada del rey Bencomo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LA HIGUERA DE SOR MARIA

Cuando Sor María de Jesús, conocida en el mundo por María de León Bello, ingresó en el Convento de Santa Catalina, de la ciudad de La Laguna, no hacía aún muchos años de aquella dramática aventura de Sor Ursula de San Pedro, la bella enclaustrada, descolgándose por una tapia al tiempo en que el caballero sevillano, don Jerónimo de Rojas Grimón, la aguardaba en los alrededores del Monasterio, aventura que el osado personaje había de pagar después con su vida, inmolada por la Justicia en la inmediata Plaza Real.

Era María de León una agraciada lugareña del pueblo del Sauzal: garrida, de tez morena y mirada lánguida, de ojos cansados de soñar. Desde su infancia se había revelado en ella una gran vocación mística, rayana en santidad. El P. Andrés de Fuentes, su confesor—sabio dominico, de mucha ciencia y grandes virtudes—refiere que desde

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

temprana edad ya temía a Dios y su juicio; le atemorizaban las tormentas, y creyendo que éstas eran signos de la cólera divina, con sus pequeñas manecitas se tapaba los oídos. Todo delataba en ella un alma pura, «nacida con pintas de amada y escogida de Dios».

De condición andariega, con frecuencia emprendía largas peregrinaciones por los pueblos, acompañada de un pequeño hermano. Y también íbase algunas veces a San Diego del Monte, atraída por la fama de santidad de Fray Juan de Jesús, el rústico lego, que después había de ser su mejor mentor y consejero.

Un satánico plan, tramado por dos perversas mujeres, hubo de poner a prueba la honestidad de la agraciada moza, pretendiendo hacerla caer en las redes de un vil soborno. Con malas artes atrajéronla hacia el lugar donde el alevoso hecho había de consumarse, pero María de León, advertida a tiempo del engaño, logró deshacerse de las víboras y ponerse a salvo de la infame conjura.

Ya no vaciló más, y para sustraerse a nuevas acechanzas y mayores peligros,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

al poco tiempo renunciaba a la vida del mundo, ingresando en el Convento. Cuentan sus biógrafos que María de León, que llevaba por todo equipo un hatillo con instrumentos de penitencia, y tocaba su cabeza con una cofia «que le caía de perlas», lejos de sorprenderse e inmutarse al penetrar en los severos claustros, exclamó, dirigiéndose a la Priora:

—¡Todo lo que estoy mirando lo he soñado!

Desde los primeros días de su estancia en el Monasterio, Sor María se consagró al cuidado de la huerta y su jardín. Su condición rústica familiarizábala con las plantas y los árboles que atendía con amoroso desvelo de hortelana. Y eran ellos, además, los que mejor podían atestiguar sus cruentos sacrificios en las noches de velación y penitencia, bajo los cierzos del invierno. Hasta que alboreaba el amanecer y tornaba a sus faenas de hortelana, a cuidar sus árboles, a mimar sus flores...

Cuenta la tradición que uno de aquellos días llegó a la portería del Convento el lego de San Diego portando un brazado de ramas y flores silvestres para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

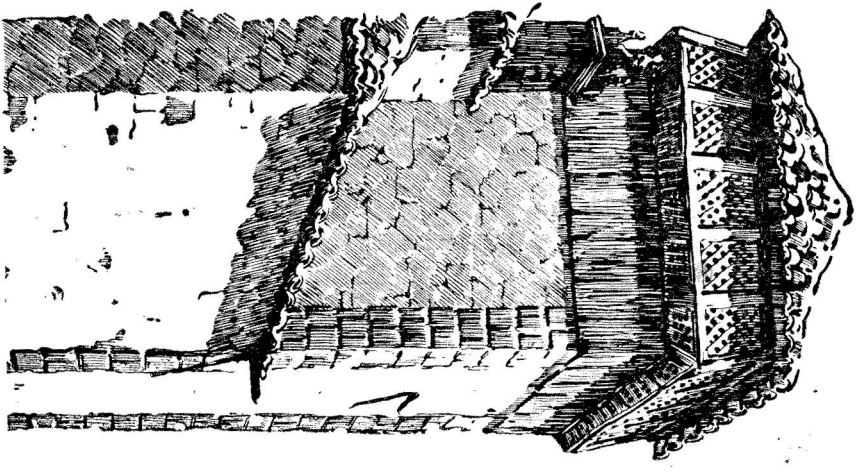
adorno de los altares cuando profesara su discípula. Sor María recibió alborozada la sencilla ofrenda, y del brazado separó un pequeño gajo de higuera, confundido entre los brezos y retamas del haz, y lo plantó en la huerta, al abrigo de una de las tapias.

El arbolito, bajo la protección de tan solícita jardinera, creció rápido y lozano, y a los pocos años era ya de fama proverbial, en la Comunidad y fuera de ella, la higuera de Sor María. Y se cuenta que a toda novicia que ingresaba en el Convento, llevábasela al jardín para mostrarle el árbol plantado por las piadosas manos de la Sierva.

—¡He aquí la higuera de Sor María!

Y en el silencio de la huerta, bajo las copas de los naranjos floridos de azahares, se oía el murmullo de una oración...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ARBOLES FAMOSOS DEL HIERRO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

EL PINO DE IJANIQUE

Desde los tiempos de los antiguos «bimbaches», fué siempre la nota pastoril la característica de las costumbres y tradiciones herreñas. Sus ritos, sus danzas, sus cantos, y hasta sus efusiones sentimentales. Todo tuvo sabor de égloga en la pequeña isla.

Un peñasco en las alturas de Bentaica, era el santuario de su ídolo masculino, y otro peñasco el de su divinidad femenina, Moreiba, a la que acudían en sus tribulaciones con rústicas ofrendas. Y cuando el cielo inclemente no acorría sus necesidades, un cerdo sagrado, «Aramfaibo», expiaba sus culpas en la lobreguez de una cueva hasta que las lluvias fecundasen sus campos. Todos los años, las «apañadas» congregaban a sus pastores y al son de flautas y tamboriles cantaban endechas o «corridas». Sayas de tonos vivos, listadillos azules y blancos y guantes de piel de cordero vestían las mujeres y los hombres telas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

fabricadas en rústicos telares. Con yerbas aromáticas y hojas de «gamonas» alfombraban las viviendas, y con frutos de sus higueras suplían la escasez de alimentos en los años aciagos, de plagas y de seca.

Un solo árbol, el «Garoé»—«río, fuente e invierno a la vez»—, proveía de agua al vecindario de la Isla. Arbol providente, famoso en el mundo, loado por la Ciencia, exaltado en viejos romances; árbol de cuyos gajos hiciéronse reliquias y amuletos para que amainasen los vientos y cesasen los temporales.

Más tarde, desaparecido el árbol-fuente, otros árboles proporcionábanles el preciado líquido empozado en sus «guácimos», concavidades que se hacían en las ranuras más gruesas para recoger el agua producida por la condensación del vapor acuoso de la atmósfera. Uno de estos árboles era el Pino de Ijánique, que todavía se yergue al centro de la Isla, entre Bentejisa y la Cruz de los Reyes. A lo largo de la cumbre, viniendo de la Dehesa, los viandantes suelen hacer alto en tres puntos: la fuente de Binto, el alto del Mal Paso y la fuente

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

de la Llanía. En el segundo de estos sitios está el Pino de Ijánique, muy nombrado por su «guácimo», construído des-

de remotos tiempos en una de las grandes pernadas que parte de su tronco formando extènsa copa. Para llegar hasta el recipiente, los pastores trepan por las ramas del pino, y, una vez saciada su sed, suelen llenar de agua el sombrero para dar de beber a los que se han quedado al pie del árbol. En los grandes estiajes esta escena es muy frecuente en la cumbre de la Dehesa, bajo la sombra del corpulento pino.

De este modo, y por tan primitivo como original sistema, los herreños continúan perpetuando la tradición de los árboles-fuentes, que inspiraron los conocidos versos de Jerónimo Salusto:

«En perlas llora, con néctar tan ameno,
que, aunque el herreño beba, en ningún [caso
para agotarlo le ha de sobrar vaso».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EL MOCAN DE LA SOMBRA

Este árbol tradicional, que desde remotos tiempos es conocido por «El Mocán de la Sombra», pregona una simpática modalidad del pueblo herreño: su culto a los muertos y sus antiguas prácticas funerarias, reveladoras de patriarcales virtudes y profundos sentimientos religiosos.

En el camino de Jinama, poco antes de llegar al Miradero, alza su tupido follaje el viejo mocán, de rugoso tronco, cuyas raíces asoman a través de una capa de toba roja, llena de grietas y socavones producidos por las aguas de las torrenteras. Dos escalinatas de piedra, una a cada lado del tronco, dan acceso al gigantesco árbol, que proyecta su sombra sobre un extenso círculo, refugio y descanso de caminantes en las soleadas jornadas estivales.

El paisaje que se domina desde este lugar ofrece perspectivas grandiosas. El Valle del Golfo, que en opinión de los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

geólogos debió ser producido por un gran volcán basáltico contemporáneo del circo de Las Cañadas, aparece generalmente envuelto en cendales de brumas, que contribuyen a rodearle de un ambiente de recato y de misterio, como si rehuyese todo contacto con el mundo exterior. Al contemplársele desde los altos de Jinama, sólo suele mostrar a la curiosidad del viajero su blanca toca de nubes, en la que el sol pone tonalidades y reflejos de nácares; pero sus bellezas permanecen ocultas. Se le adivina al fondo del brumoso paisaje, se perciben sus ruidos, se oye hasta el rumor de las esquilas, pero el Valle no se ve. Se ha escondido bajo sus plateados cendales. Sólo el viento suele descorrer el misterioso velo para mostrar la dilatada campiña con su exuberante vegetación y sus alegres caseríos diseminados sobre el maravilloso tapiz que se pierde a las orillas del mar, entre arrecifes y conos volcánicos formados por la gigantesca fragua.

El risco del Golfo, «todo vestido de arboleda, como el de Taganana, porque si no nadie podría pasar por él por lo asombroso de su altura», abundaba en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

pájaros de todas calidades, «merlos», «capirotes» y «canarios», y era tal su orgullo y divertida música en primavera, què cuasi no se entendían los vecinos inmediatos a las faldas del monte».

De los caseríos del Valle venían los fúnebres cortejos, en recorridos de varias leguas hasta el cementerio de la Villa. Las paradas en el camino eran siempre las mismas, en sitios elegidos por la tradición. Los que venían de Sabinosa, cruzando la costa de los Jaralejos, en torno de las higueras llamadas de los Muertos, en las que la fruta se reservaba para los acompañantes de los entierros. Había también otros descansos, como las «gororas» llamadas «de los difuntos», círculos formados de piedras secas, en los que se refugiaban los cortejos para guarecerse de las tormentas.

Era interesante, nos refiere un antiguo herreño, contemplar el paso de estas comitivas. Marchaban al frente los familiares, prorrumpiendo en gritos y sollozos, o recitando endechas dedicadas al muerto. Si algún viandante se tropezaba con el entierro, postrábase de rodillas, exclamando: «¡Padre Nuestro!». Respondía el cortejo con otro «Padre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Nuestro», seguido de la oración, y terminaba la ceremonia con un «¡Dios te haya perdonado!» del caminante, mientras proseguía su marcha la comitiva.

Por inveterada costumbre, estas manifestaciones de duelo hacían siempre alto bajo el «Mocán de la Sombra». Los brazos del árbol parecían tenderse amorosamente para recibir el cadáver, brindándole el frescor y hospitalidad de su sombra y la música de los pájaros refugiados en su copa entre el espeso ramaje. Presidía la improvisada capilla mortuoria un cuadro de la Virgen, incrustado en una de las grietas del viejo tronco del mocán.

Tal era la tradicional costumbre herreña, y de ahí el respeto y veneración que todos sentían por el centenario árbol, que tantas veces brindó asilo y sombra bienhechora a los muertos que llevaban a enterrar...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

OTROS PINOS Y DRAGOS NOTABLES

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

EL PINO DE AGANDO

En la accidentada constitución geológica de la Gomera—la isla «en forma de trébol» de que hablaban los antiguos—, constituyen nota destacada del paisaje, entre tantos caprichos de la Naturaleza, los picos o roques que se alzan a lo largo de la cumbre central, coronando las fragosas sierras.

Sobresalen entre estos roques el de la Ojilla, en medio del monte de San Sebastián, con una altura de más de quinientos metros, poblado de sabinas, madroños, mocanes y barbusanos, y rodeado de grandes cuevas de arenas blancas, donde anidan centenares de palomas silvestres. Y el más nombrado de todos, el roque de Agando, en los altos de Benchijigua, la antigua «Corte del Conde», a cuatro leguas de la villa, célebre por sus vinos, palmares y castaños.

En su cima, casi siempre escondida entre brumas, se yergue una palma, y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

en una de las vertientes, en sitio inaccesible, un pino canario que clava sus raíces en profunda grieta. ¿Cómo ha podido arraigar y subsistir este pino en el árido peñasco? El caso resulta tanto más extraño si se tiene en cuenta que el roque forma una compacta masa de basalto, sin tierra ni vegetación ninguna. Unicamente las aves—y esta es la creencia más generalizada—han podido transportar las semillas del pino al elevado peñasco.

De esta opinión participaba el antiguo historiador P. Abreu y Galindo, quien, además, hacía la afirmación de que en la Gomera no había sino un solo pino, situado en una peña que tiene de altura más de 200 brazas y que llaman Agando. Y el P. Abreu añadía lo siguiente a modo de deducción: «Considerando cómo nació entre las grietas del peñasco este pino, no habiéndolos en la isla, paréceme no ser otra la causa sino que, como estas islas están propinguas y suelen ser los piñones pasto de los cuervos, algún cuervo los había comido, y desgarándose con los vientos furiosos que suele haber en las islas, pasara de alguna de ellas con los piñones

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

en los buches y la fuese a vomitar en el peñasco, lo que causa admiración a quien lo mira en aquel lugar».

Realmente, quienes conocen bien el suelo gomero nos dicen que es muy extraño que, teniendo la Gomera las mejores frondas de las islas, careciese de pinos. En ningún documento antiguo se habla de ellos, ni consta que se usaran otras maderas que las de barbusano para construcción de iglesias y ermitas. Y hasta el siglo XVIII no comenzó a introducirse allí el pino, que se llevaba de Tenerife, especialmente de los bosques de Adeje.

Todos estos antecedentes parecen confirmar la versión del P. Abreu de que en la Gomera sólo existía en sus tiempos un solo pino, el del Roque de Agando, en los altos del Valle de Benchijigua, la antigua «Corte de los Condes».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

EL PINO DE MAJAGORA

Fué siempre el pino un árbol de fama y tradición en Canarias. Ya hemos hablado, a lo largo de estas crónicas, de los que más renombre tuvieron por su longevidad o abolengo histórico; pero sería interesante, con datos más precisos, un índice completo de todos ellos, agrupados o distribuídos en sus distintas categorías y linajes: pinos santos, pinos monumentales o centenarios, y pinos tradicionales o de leyenda.

Habría que descartar, entre los primeros, el que mayor celebridad alcanzó en pasados tiempos, el de la Virgen de Teror, torre y campanario de la primitiva ermita, con su poética leyenda de la paloma blanca, envuelta en dorado nimbo,

«que se posó sobre el pino
sin saber cómo ni cuándo».

Y ese otro del monte de Aridama, en la Palma, que aún es objeto de venera-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ción campesina, como lo fueron en otras centurias aquellos colosos de nuestra flora, asombro de propios y extraños, los pinos de la Caravela, del Dornajito, las Meriendas y el Portillo, que jalonaban el camino de la Orotava a Las Cañadas. Y, por último, los que han llegado hasta nuestros días con su abrumadora carga de siglos: los pinos «gordos» de Vilaflor, tan conocidos, y los de Tágara, Buen-Paso, la Victoria, Arafo, Ijánique, Agando, etc.

No debe faltar en aquel índice ni en estos recuerdos otro ejemplar de gran nombradía, desaparecido hace pocos años en el Sur de la Isla: el pino de Majagora. Se hallaba en las cercanías de Guía, sobre un morro situado en las proximidades del camino de Chío. De considerable altura, su tronco medía más de tres metros de grueso, y su copa formaba un enorme círculo que brindaba sombra y refugio a los caminantes. En los alrededores se ven aún algunos vástagos, nacidos de las semillas del pino, que pugnan por cobrar vida y lozanía en el escabroso lugar, y un acebuche u olivo silvestre, sombrío y solitario, uno de esos árboles que tanto se avienen con

© Del documento, los autores. Digitalizado con medios por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

las inclemencias del clima y lo inhóspito del suelo en las arideces del Sur.

Al desaparecer el pino de Majagora, el paisaje perdió toda su expresión, to-

da su alma, y quedó flotando en el ambiente una sensación de soledad y tristeza. Todos echaban de menos aquella

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

silueta, inconfundible y familiar, del antiguo árbol, refugio de caminantes, arpa gigantesca en que entonaban sus canciones y se decían sus cuitas los vientos de todos los cuadrantes.

A la popularidad del pino había contribuído una circunstancia singular: el haber sido desde tiempos remotos, desde siglos quizá, morada predilecta de las nutridas bandas de cuervos que pululaban sobre los campos de Guía de Isora. Como es sabido, estas aves, que hacen sus nidales en las grietas de las peñas y entre las ramas de los pinos—de ahí el nombre de cuervos «pinaleros»—, fueron y siguen siendo azote de las campiñas isleñas. Para su exterminio dictábanse antiguamente ordenanzas especiales que obligaban a los vecinos a entregar todos los años a la Justicia determinado número de cabezas de cuervos. «Aves de mala reputación, atrevidas, malvadas, astutas y ladronas», llamábalas nuestro historiador Viera y Clavijo. Pero reconocíales, en cambio, un simpático apego a todo lo suyo, citando el hecho de que cuando veían caer muerto algún camarada volaban todos en torno del cazador dando fuertes graz-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

nidos, y como dispuestos a la venganza, y si les iban a quitar los nidos tomaban piedras entre sus garras, las levantaban en el aire y dejábanlas caer desde lo alto.

La abundancia de cuervos en Guía de Isora hizo que el vecindario se familiarizara con ellos, fomentando sus inclinaciones e instintos domésticos. Todavía se recuerda uno que llegó a adquirir verdadera popularidad, especialmente entre la población infantil. Llamábase «Azabache», y volaba todos los días sobre el pueblo sonando un cascabel que los chicos, para solazarse, le colgaban al cuello.

Como hemos dicho, los cuervos tenían su albergue en el pino de Majagora. De día vagaban por huertas y sembrados, rapiñando cuanto podían, sin excluir la sazonada fruta de las higueras; desenterraban también las patatas de los surcos, y cometían sus latrocinios casi siempre en parejas y en ciertas condiciones de impunidad, pues mientras uno realizaba la fechoría, otro vigilaba, volando a bastante altura, y si descubría alguna persona, con sus graznidos anunciaba el peligro al compañero.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Estas escenas se repetían a diario, y todas las tardes oíase exclamar a los campesinos en sus predios: «¡Ja, cuervo! ¡Al pino de Majagora, que ya es hora!»

Otras veces gritábanles en esta forma: «¡Cuervo ladrón! ¡Perico, por el pico! ¡Santiago, pór el rabo!...»

Y los voraces avechuchos, acosados por los vecinos, remontaban el vuelo y se iban en busca de su refugio. Todos ellos con rumbo al pino que les aguardaba allá arriba, en la montaña, envuelto en las sombras crepusculares.

Era ya casi anochecido, y aún se oía a lo lejos, con lúgubre y acompasado acento, el graznido de los cuervos «pinaleros»...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EL PINO DEL CALVARIO

Uno de los pinos más antiguos de Tenerife—el del Calvario, en el pueblo de Arafo—bien merece el título de árbol tradicional e histórico.

Estos pinos aislados y gigantescos que muestran en sus viejos troncos la huella de los siglos son, a no dudarlo, vestigios de los primitivos pinares que se extendían en algunas regiones hasta las orillas del mar.

De este pino de Arafo, junto al cual se alza una pequeña capilla con un Cristo que goza de antigua devoción en el lugar, no tenemos más referencia, aparte de su tradición, que la que nos da el señor Poggi en un escrito publicado en el año 1868. «Nada otra cosa tiene el pueblo de Arafo—decía—que el cementerio y un pino secular que se halla delante, mudo testigo de las edades pasadas, centinela avanzado de los bosques que poblaron las Islas. Con veneración contemplamos aquel anciano de

El Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

la selva, cuyos brazos han castigado los huracanes, que ha visto el fuego salir en torrentes de hirviente lava de las entrañas de la tierra».

El articulista aludía a la erupción del volcán de Güímar en 1705, uno de cuyos brazos de lava, de más de quince kilómetros de longitud, pasó cerca del pino del Calvario. Fué aquella una de las mayores conmociones sísmicas que ha experimentado la Isla. Días de terrible prueba, de espantosas sacudidas de la tierra, a las que siguieron las erupciones en el Valle de Güímar, y, por último, en la noche del 2 de febrero de 1705, la de los «Dos Roques», en Arafo, por cuyo barranco corrió un gran torrente de lava. Otro brazo extendióse por las laderas, en una larga extensión, pasando por las cercanías del Pino del Calvario, que resultó indemne, providencialmente, a la ola de fuego desencadenada a su alrededor. En la vertiente opuesta del monte donde surgieron los volcanes, no fué menor la consternación de las gentes. En el Valle de la Orotava los vecinos dormían en campo raso, guareciéndose en chozas cubiertas de ramas, y en uno de estos improvisados alber-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

gues sucumbió, según es sabido, el Obispo D. Bernardo de Vicuña Suaso, a quien la impresión recibdia le ocasionó la muerte.

De aquellos días luctuosos, de pánico y angustia, quedó como tradición y recuerdo el Pino del Calvario de Arafo, que todavía se alza majestuoso, junto a las negras escorias del volcán, más fuerte que los huracanes desencadenados sobre él. Arbol de profundos e inconmovibles cimientos, ni pudieron socavarlo los terremotos ni destruirlo las corrientes de lava que después de lamer sus plantas siguieron, torrentera abajo, camino del mar...

¡Y atrás quedó, y enhiesto está por suerte todavía, el Pino del Calvario!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EL PINO «PIÑONERO» DEL BOTANICO

No podía faltar en estas páginas el nombre del Jardín Botánico, ni al hablar de éste omitirse el recuerdo de su ilustre fundador, D. Alonso de Nava Grimón, Marqués de Villanueva del Prado. Y no puede olvidarse tampoco a otro esclarecido tinerfeño, D. Antonio Porlier, Marqués de Bajamar, al que igualmente se debe reconocimiento por su celo patriótico y amor a las plantas.

Fué este último, en su calidad de secretario de Estado del Rey, D. Carlos III, quien sugirió al monarca la idea de establecer en Tenerife un Jardín de Aclimatación de plantas. La comunicación en que se lo participaba al Marqués de Villanueva del Prado es un documento que merece recordarse: «Deseoso el Rey de proporcionar cuantos medios sean dables para que prosperen en sus dominios de Europa las plantas exqui-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

sitas, cuyas semillas ha hecho venir así de Asia como de América, y de las cuales algunas se han logrado en los Reales jardines de Madrid y Aranjuez, aunque a costa de muchos cuidados y reparos para resguardarlas de la crueldad y aspereza de los inviernos que destruyen su naturaleza; y considerando que el clima y temperamento de esas Islas Canarias es más análogo a los países nativos de dichas plantas, me ha encargado S. M. disponga que en esta isla de Tenerife se establezcan uno o varios tíos en terrenos los más adecuados a esas producciones y que en ellos se siembren las semillas que me ha entregado a este fin el Príncipe Nuestro Señor, y se las dirijo a V. S., de orden de S. M. y Alteza, en este correo marítimo, en un cajoncito rotulado a V. S. y bien acondicionado».

Esta orden aparecía firmada en San Ildefonso, a 17 de agosto de 1788. Tiempos de sencillos trámites aquellos en que los propios Ministros y Altezas reales se ocupaban en acondicionar «cajoncitos con semillas de plantas» para enviarlos a una lejana provincia, con el encargo, además, de que se emplease el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

mayor celo y aplicación sobre este «recomendable asunto».

De cómo respondió el distinguido prócer a la confianza que en él depositaba el Rey, fué buena prueba su posterior nombramiento para el cargo de Director y Superintendente del Jardín, fiando a su cuidado las obras del nuevo establecimiento, y concediéndole facultad para solicitar de Asia, Africa y América las semillas que tuviese por conveniente. A los pocos años, el Jardín era ya un Museo de plantas de todos los continentes y de las más opuestas latitudes del mundo. Puso también especial empeño el Marqués en que la flora canaria estuviese representada en el Jardín, reuniendo algunos ejemplares de dragos, pinos y cedros canarios, «siemprevivas del mar», etc., pero no logró aclimatar ni la violeta del Teide, ni el codeso, ni la retama blanca de Las Cañadas, ni tampoco, entre los árboles, los barbusanos, las mocaneras y otros de procedencia indígena que tienden a extinguirse en nuestros bosques.

En cambio, todas las plantas forasteras, particularmente las tropicales y las europeas, se adaptaron desde los pri-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

meros tiempos a nuestro clima, y algunas especies arbóreas adquirieron sorprendente vigor y extraordinario crecimiento. Tal fué el caso del pino «piñonero», que por su desarrollo y lozanía y sus bellas formas simétricas, llamaba la atención de todos los visitantes del Jardín. Uno de éstos, de gran autoridad científica, el Sr. Masferrer y Arquimban, lo describe en estos términos: «Antes de enumerar las principales plantas arbóreas que rodean la plazuela circular del Jardín, queremos decir cuatro palabras sobre un hermosísimo y corpulento ejemplar de «Pinus pinea» o «Pino piñonero», que durante muchos años admiraron cuantos visitaron el Jardín, y que fué destruído por un terrible huracán en la noche del 20 al 21 de abril de 1880. Todavía se halla señalado en el Jardín el punto que ocupaba aquel precioso árbol, cuya altura era de unos 12 metros, su tronco de 75 centímetros de espesor y de 1'50 hasta las primeras ramas, que abundantemente provistas de frondosos ramos secundarios se extendían de un modo simétrico en todas direcciones, de manera que formaban una bonita y espesa copa circular que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

medía 42 metros de circunferencia. A la fresca sombra de aquel árbol, siempre verde y lozano, podía descansar el que visitaba el jardín, sentado en rústicos bancos y aspirando el grato aroma de las odoríferas plantas que rodeaban aquella glorieta». Y el señor Masferrer proponía que, ya que por falta de recursos no se pudo levantar el pino, después de que el viento lo había derribado, se cuidara de sustituirlo por otro joven ejemplar de la misma especie, para conservar el recuerdo de tan hermoso vegetal.

Esta penuria de recursos fué siempre un escollo para la prosperidad del importante establecimiento, que habiendo iniciado su vida bajo auspicios tan favorables, como eran la protección decidida de un rey magnánimo y la tutela generosa de un ministro ligado al país por vínculos nativos, languideció luego en el abandono y el olvido en que le dejaron los altos centros oficiales, lo que movió al Marqués a renunciar la dirección del Jardín. «Yo hubiera resignado hasta el fin mi propuesta—dijo, al cesar en su cometido—, por el solo objeto de utilidad pública y la trascendencia de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

semejante empresa, pero este establecimiento, cuya estéril conservación me cuesta todavía más de mil pesos anuales, yace en el mayor atraso y abandono, sirviéndome más de ludribrio que de mérito». ¡Amarga confesión de derrota de un patriota desilusionado que tornaba a su retiro tras haber servido a su tierra en cometido tan noble!

Ligado a la historia del Jardín, testigo de sus días prósperos y de sus tiempos adversos, bien merece un recuerdo aquel soberbio ejemplar de pino «piñonero», derribado por el huracán del año 80, que tanta admiración causaba a los visitantes del Botánico.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

EL DRAGO DE GENETO

Tiene este barrio de San Miguel de Geneto una fisonomía singular. Callado al exterior—el silencio fué y es todavía su característica predominante—, lleva en sus adentros un alma alegre y divertida. Famosas fueron sus zambras, que congregaban en las ventas y mesones del camino a lo más granado de la grey estudiantil de la ciudad; su fiesta de San Miguelito y sus mozas cantadoras. ¿Quién no recuerda a aquella agraciada «Dolorillas», de popular renombre y trágico fin? Nació para cantar, y cantando disipó su vida, segada en flor como una amapola silvestre.

Un estribillo popular, que se cantaba en nuestras fiestas campesinas, confirma esta tradición alegre del barrio:

Suéneme los mocos, madre,
que voy a Geneto al baile.
Vuélvamelos a sonar
que voy de nuevo a bailar.

© Del documento, los autores. Digitalizado mediante por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Desde los tiempos de la Conquista tenía fama este lugar de Geneto o Heneto —que tal era, según parece, su verdadero nombre guanche—, por los muchos higuerales y «auchones» que en él había. Datos existentes en el antiguo archivo de la Isla dicen que se hallaba situado «abaxo de un Tagoro de guanches» y que sus tierras se dividían en dos zonas separadas por el barranco del Mocán, quedando en cada año una de ellas baldía para pastos de ganados.

Hoy, el ornato del paisaje—viejas higueras de troncos carcomidos y curvados por los vientos y espesas marañas de zarzales y chumberas cubriendo las cercas—forma parangón con el ornato urbano, lleno de desconchaduras, rampas y paredones en ruinas. En los contornos todo es también aridez, sequedad y tristeza de yermos. De aquellas verdes colinas de la Vega que ensalzaron los poetas, sólo quedan montañas sombrías, desnudas de vegetación; cuando más, algunas pelusas de árboles sobre los calveros de las cumbres. Desde lejos contemplamos la ciudad recostada al fondo de la llanura, casi aledaña a las faldas de la «Mesamota»:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

blanca, silenciosa, dormida en su sueño de siglos, con sus altas torres pregoneras de fe y los ventanales de sus templos iluminados por el rojo resplandor del sol poniente. Paisaje de luz a falta de este otro paisaje de arboleda que en vano busca nuestra mirada. Sólo allá, por San Diego del Monte, asoman las copas de los álamos, cantados por Diego Estévanez, el poeta de las sentimentales elegías y los románticos ensueños. Pero, ¿y aquellos «pinos de la montaña», evocados por Zerolo en memorable soneto? ¿Qué se hicieron? ¿Dónde están? Y una honda melancolía, mezcla de soledad y de pena, nos invade al recordar los versos del llorado vate:

«Y que arrullen mi sueño en La Laguna,
los pinos que coronan la montaña
y el mar de Atlante que meció mi cuna».

¡Ah, iluso cantor de la tierra! ¡Tus pinos de la montaña ya no existen!

○

El tradicional pago lagunero alcanzó en otros tiempos, allá por el final del siglo XVIII, gran auge con motivo de la residencia en él de significados persona-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

jes. Figuraba entre ellos el general Gutiérrez, que ostentaba el mando de la Isla en la histórica jornada del 25 de Julio, que culminó en la derrota de Nelson. De esto nos da noticias en sus Memorias el académico Zuaznávar, gran amigo, según Millares, del fabulista Iriarte y del historiador Viera y Clavijo. «El general Gutiérrez—escribe Zuaznávar—bajó del pago de Geneto a la Plaza y Puerto de Santa Cruz, obsequiándonos con una comida bastante lucida. Casi a la fuerza, a los seis u ocho días, fuimos Vigil y yo a cenar y dormir en Geneto, en casa del general Gutiérrez, y desde allí, al día siguiente, al Valle de la Orotava, en el cual yo me fuí a alojar en casa del Marqués de Villanueva del Prado».

Hasta la pasada centuria, fué residencia también de otras salientes personalidades como el obispo Infante y el sabio naturalista M. Berthelot, que solía decir a sus íntimos: «Para vivir, París... o Geneto». Más tarde, el «oidium» que destruyó los viñedos provocó la ruina y decadencia de la comarca. Desde entonces era proverbial la frase: «Tierras en Geneto y casas en La Laguna, más vale

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

no tener ninguna». Hoy la situación ha cambiado por completo. En toda la zona se han hecho grandes plantaciones de viña, se ha mejorado el cultivo y perfeccionado la elaboración de vinos, que comienzan a abrirse paso en los mercados. Magníficas bodegas, como las de los señores Shipley y Núñez (D. Víctor) compiten por la variedad y calidad de sus caldos con las mejores de la Isla. La de este último, especialmente, adquiere cada día mayor nombradía, y ya va siendo un motivo de agasajo y propaganda turística la visita a la reputada bodega del Baldío. En ella tienen ocasión nuestros huéspedes de paladear las distintas marcas, desde el «Lachryma Christi» hasta el aromático Malvasía, de universal renombre. Y oyendo al amable viticultor, modelo de liberalidad y campechanía, recibirán una interesante lección de historia canaria, que abarca más de tres centurias de luchas comerciales. Y sabrán, por lo menos, que la primera parra en las Islas la plantó un modesto súbdito de S. M. Británica, John Hill; que Blake, al bloquear nuestros puertos, lo hizo con el principal objeto de llevarse mil botas de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

vino que en ellos se hallaban, y que hubo una Compañía de Vinos, monopolizadora y absorbente, contra la cual libraron sendas batallas varios próceres tinerfeños. Todo esto, unido a las frecuentes asonadas, deportaciones, «derrames de vinos», etc., hará que se acreciente el interés del turista a medida que se suceden los capítulos y episodios de la accidentada contienda. Y el turista y sus «cicerones», con encendidos elogios para el ameno narrador, abandonarán la recoleta bodega con el corazón alegre y las manos perfumadas de añejo Malvasía.

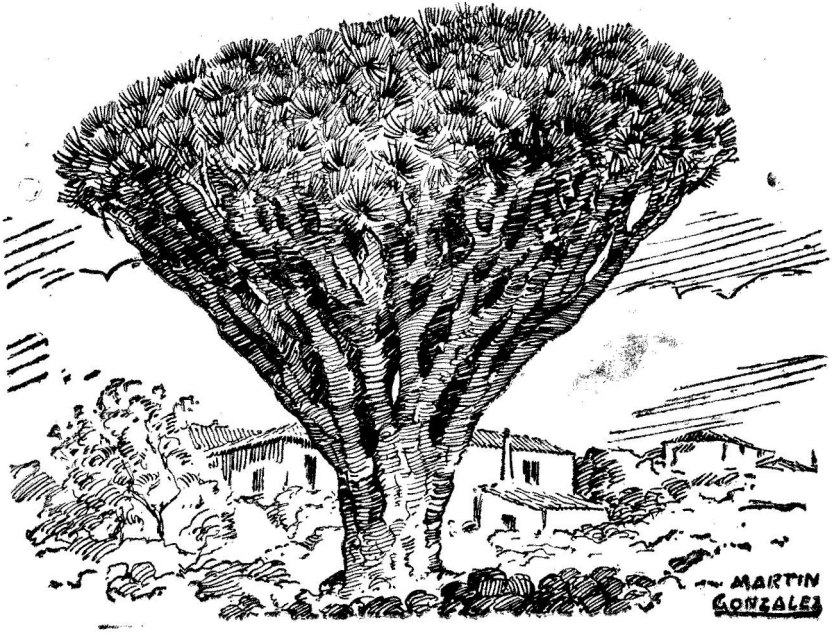
Razón tenía nuestro ilustre gramático D. Juan de Iriarte, cuando decía:

«¡O fortunadas islas! ¡O Canarias!
fértiles como en vinos en ingenios...»

○

Y hablemos ya del drago de Geneto. Situado en una antigua finca, a poca distancia del camino, para llegar hasta el árbol se entra por una de estas viejas portadas, de gruesos muros, con tres almenas, una hornacina y una cruz en lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

alto, tan socorridas de los acuarelistas isleños. Dentro, un patio en pronunciado declive, y al lado una casa cubierta de árboles y enredaderas, sumida en hondo silencio. Todo, en el interior del recinto, da una impresión amable y acogedora: el perro de rizadas lanas, ladrador e inofensivo, que os recibe con cariñosas zalemas; la viejecita octogenaria, vivaracha y alegre, que os sale al encuentro, y las dueñas de la finca, plácidas y sonrientes, que se desviven con el visitante en hospitalarias atenciones.

Casa de hidalgos, de puertas y graneros siempre abiertos para los necesitados, como lo fueron en pasados tiempor tantas otras del campo isleño.

Y hénos aquí, al fin, ante el drago de Geneto. Le sirve de marco, al fondo, el anfiteatro de montañas que desde Las Mercedes se extiende por la cordillera de Anaga hasta el mar. Sobre el amplio graderío, erizado de roques y picachos, se cierne esa luz violácea, de suave tonalidad, que tan maravillosamente ha captado en sus lienzos nuestro gran pintor Martín González.

El drago, de bella silueta y robusto tronco (más de seis metros de circunfe-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

rencia) no parece ir a la zaga en vejez a su congénere de La Laguna.

En opinión del botánico alemán, Dr. Lindinger, que hizo curiosos estudios sobre la morfología interior y el desarrollo de los dragos, rebatiendo los cálculos de Humboldt, que atribuía al desaparecido drago de la Orotava 10.000 años, 4.800 al de Icod y 2.400 a los de La Laguna y Geneto, el primero no tendría más de 840, el de Icod 400, y 200 los dos restantes. Cuenta, como se ve, con categoría suficiente éste de Geneto para que figure en la trilogía de los dragos centenarios y monumentales de Tenerife, y se le incluya como tal en las Guías de Turismo, que han hecho caso omiso de él.

En cambio, sabemos de un sacerdote de Gran Canaria, D. Pedro Marcelino Quintana, que, desde hace años, invariablemente, coincidiendo con las fiestas de Septiembre, se traslada a Tenerife para hacer dos visitas: una, la primera, al Cristo de La Laguna; la otra, al drago de Geneto.

El año último le hemos visto llegar a la puerta de la finca, y batir palmas llamando a sus dueñas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

—Isabelita—oímos que decía—, vengo a visitar a Don Drago...

Y cruzando el sombrío patio, se ha internado en la huerta en busca del árbol amigo. Le ha contemplado detenidamente, y, después de medir su tronco con una cinta métrica, ha hecho unas anotaciones en su cartera, y se ha despedido hasta el año que viene.

¡Admirable ejemplo de afición y amor a la flora canaria, que contrasta con la indiferencia de los propios tinerfeños!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

SELVAS TINERFEÑAS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

ANAGA

Dos reputados geólogos extranjeros, K. Fritsch y W. Reiss, que hicieron detenidos estudios sobre la formación volcánica del Archipiélago, afirmaban que Anaga, por una parte, y Teno, por otra, eran las dos regiones más antiguas de Tenerife, y las alturas de estas dos puntas avanzadas de la Isla, montañas independientes en su origen. Es decir, que se trataba de dos islas, a las que podía añadirse una tercera, cuya extensión era imposible de calcular, puesto que sólo se han conservado las cimas más altas de divisorias aisladas. Y los citados geólogos, teniendo en cuenta el aspecto tan heterogéneo de las montañas y los restos eruptivos extraños a las formaciones lávicas que se hallan entre las masas de escorias volcánicas de la región de Anaga, deducían que la construcción de la Isla se efectuó de un modo bastante irregular, pareciendo que a períodos de gran actividad volcánica sucedieron otros de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

calma relativa. Debido a estos levantamientos intermitentes, y por la acción del oleaje, han podido tener origen los altos acantilados y mesetas submarinas que comunican a Tenerife un aspecto tan singular.

Recorriendo, en efecto, la abrupta cordillera de Anaga, contemplando sus altas cimas y sus hondos barrancos, los imponentes cantiles y los angostos valles asomándose al mar desde ingentes alturas, se explica el fundamento de la teoría científica, pues todo en esta región se manifiesta en formas, caracteres y proporciones distintos a las demás de la Isla. Tierra fragosa, llena de vericuetos, de sorpresas y peligros, en todas partes atestigua haber sido teatro de las más espantosas convulsiones geológicas, y lo mismo se muestra inhóspita y bravía en sus montañas que acogedora y risueña en sus valles.

A esta característica del suelo de Anaga, de tan varia topografía, responden la originalidad y exuberancia de su flora.

A Jules Leclercq, el ilustre escritor belga, le recordaban las selvas de Anaga los frondosos bosques de los Andes;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

Bory de Saint-Vincent realizó en ellas importantes herborizaciones, y Christ, el célebre botánico, descubrió especies exclusivas de esta región, como el «Chrisantemun», que hoy lleva su nombre.

La extensa zona forestal, que desde Aguas Negras se prolonga por las Vueltas de Taganana, la Quebrada y el Cresal hasta los montes de Anaga, forma en muchos sitios una tupida bóveda de follaje, en la que se entremezclan y confunden los laureles y viñáticos, hijas y follados, hayas y tilos, palos-blancos y barbusanos, mocanes y adernos. Y cubriendo las orillas y el fondo de los barrancos, siemprevivas, helechos y ñameras, en un verdadero desbordamiento de lozanía y de fecundidad vegetal.

Por todas partes, además, percíbense vestigios de la antigua flora indígena, que en estos bosques debió alcanzar su máximo apogeo. Testimonio de ello son los árboles del Sabinal, en los elevados riscos de su nombre, y los dragos que, también desde inmensas alturas, se alongan al mar en un declive del imponente Roque de las Animas, el de las tenebrosas leyendas campesinas.

Por fortuna para esta región, el ais-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

lamiento en que ha vivido ha preservado de profanaciones las bellezas de sus paisajes. No así sus selvas, en las que hace tiempo entró a saco la codicia.

Si volviera a ellas Guacimara, la hermosa doncella «de cabellos rubios, claros, rutilantes», hija del Mencey de Anaga, echaría de menos las tupidas frondas que tantas veces la vieran pasar disfrazada de pastora, camino de la cumbre...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

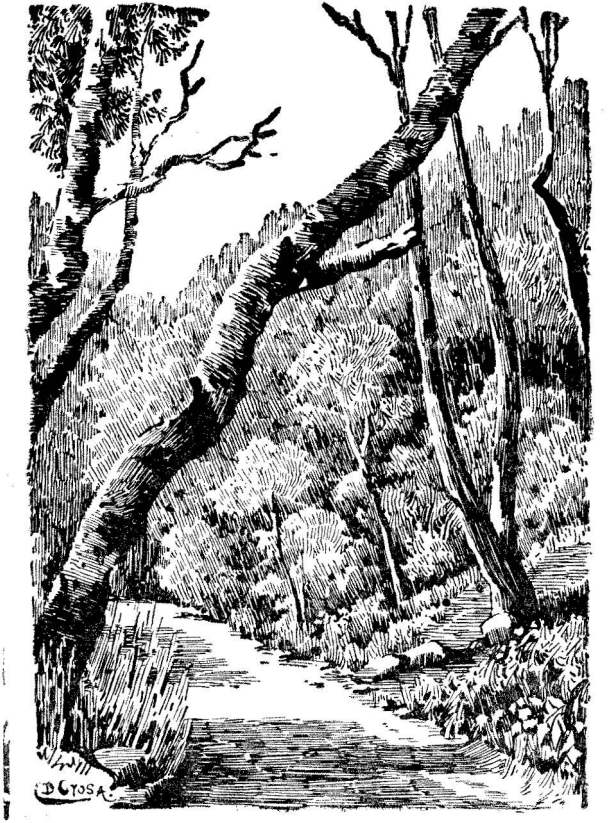
LAS MERCEDES (1)

¡Bosque de las Mercedes, en la antigua sierra del Obispo! ¡Ermita de la Virgen, a la falda del monte, «por donde van las aguas a las fuentes que hay en la ciudad»!

Bosque centenario, de frescas umbrías, de frondosos laureles, que a los extraños sorprende y maravilla, todo en él son tradiciones y recuerdos; ecos y aromas de la tierra. Tradiciones de la raza, dormida entre sus peñas, al refugio de los árboles seculares. Y recuerdos gratos de la infancia; marco de alegrías y escenas hogareñas, que reviven en lo más hondo de nuestro espíritu. La sonrisa de la madre anciana, presidiendo la prole festejera; las manos hacendosas tendiendo los albos manteles sobre la húmeda hojarasca, y aquellos primeros balbuceos amorosos junto a la novia encendida en rubores. Y, a la caída de la tar-

(1) De «Estampas Tinerfeñas».

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019



de, el retorno triunfal: la carreta enramada de brezos y jibalberas, los «ajijides» y los estribillos, los collares de es-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ILPOC. Biblioteca Universitaria, 2019

quilas de las yuntas alborozando la campiña, mientras arriba, en los altos de la sierra, el bosque solitario se envolvía en cendales de brumas.

¡Monte de las Mercedes!... Emoción, sonoridad, destellos y matices de alma canaria; todo, hasta nuestros cantos, parece cobrar en él vibraciones y acentos inconfundibles. Cadencias de arrullos maternales. Sabor de nostalgias o de pesares hondos, como ese desconsolado lamento de la copla, vertido en languideces de folías, que tantas veces repitieron los ecos de sus montañas:

Se planta una rama seca
y vuelve a reverdecer;
pero se pierde una madre,
y esa no vuelve a nacer,
aunque se riegue con sangre...

En ningún lugar más apropiado, tan lleno de resonancias y evocaciones, pudo surgir, pues, el gran poema musical de nuestros «Cantos», que inmortalizó entre nosotros el nombre de Teobaldo Power. ¡Poema en que puso su sensibilidad el artista, y la tierra toda la gama de sus sentimientos!

De ahí la devoción de Power por este

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

bosque de las Mercedes, marco de sus «Cantos Canarios». Ausente en Madrid, atenazado por los dolores físicos, y ya en sus delirios de enfermo, el pensamiento y el alma del artista volaban constantemente hacia el bosque. Y su mano febril escribía estas líneas a un amigo: «Nada de esto—se refería a sus grandes éxitos de compositor—es bastante a hacerme olvidar la tierra querida. Ese cielo alegre, ese aire puro y esas escarpadas peñas no los consiguen borrar estos triunfos ni los inmerecidos aplausos con que el mundo recibe mis pobres producciones».

Y añadía, rebelándose contra el Destino fatal y las torturas corporales que le retenían en el lecho de una modesta posada madrileña: «aún no pierdo las esperanzas de pasar los últimos meses del invierno en las Mercedes».

¡Vana ilusión de sus pensamientos, ya en los umbrales de la Muerte!

¡Power! ¡Teobaldo Power! Juventud truncada. Gloria deshecha. Su espíritu parece vagar aún entre las humildes cabañas, captando motivos para su poema: arrullos de cunas, canciones de madres, tonadillas de mozas. ¡Desven-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

turado artista, que tantas veces sosegó sus fiebres de gloria a la sombra de los laureles de la selva!

Bien merecía que se perpetuara su recuerdo bajo los árboles seculares que velaron los sueños del autor de nuestros «Cantos».

○

Alminar de la Vega, mirador abierto a los cuatro vientos, todos los contornos del bosque recuerdan asimismo episodios memorables de la raza. Y la imaginación los va reconstituyendo en la quietud y serenidad de las tardes laguneras, mientras se tiñen de destellos rojos los horizontes y toda la campiña se envuelve en una suave tonalidad de crepúsculo. La vasta llanura, tal como la describen los viejos cronistas: rodeada al septentrión de un semicírculo de colinas, todas revestidas de agradables bosques, y al centro un lago de media milla, adonde acudían muchas aves y pastaban los mejores ganados. El puerto de Añago—hoy riente bahía de Santa Cruz de Tenerife—, donde plegaron sus velas las naves conquistadoras. La crestería de las montañas de Anaga, de Ro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

que Negro y los Dos Hermanos, revestidas de balos y cardones, única túnica vegetal capaz de velar las desnudeces y cicatrices de los monstruos de piedra que se alzan a lo largo de la cordillera. Marco de proezas guanches; refugio de héroes y heroínas que parecen vagar aún como espectros por las agrestes soledades: Afur, Beneharo, Ruimán, Guacimara..., la princesa disfrazada de pastora, apacentando ganados en los dominios de Zebensaya...

○

Dentro, a lo largo de los senderos del bosque, cada recodo nos va señalando también un rincón, un remanso, un nombre conocido. «La Mina», el «Llano de los Loros», la «Cruz del Carmen»... Cada cual con sus características y su ambiente distinto. Unos, como brechas abiertas para sorprender los secretos del bosque, la virginidad de la selva. Otros, como remansos de paz y silencio, con sus grutas revestidas de helechos (¡la Madre del Agua»!), o sus manantiales ubérrimos, fluyendo entre sombríos túneles o altas cascadas... ¡El «Llano de los Viejos»! Gruta o palacio tal vez de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

aquellas «harimaguadas» de los bosques, ninfas indígenas, coronadas de flores silvestres. Y por último, la «Cruz del Carmen», en un claro de la cumbre, bajo la alegre luz cenital, tan pronto bañada de sol como cubierta por la niebla. Cruce obligado de traficantes, de los que van por las Montañas o vienen de Taganana, rendidos de las «sesenta vueltas» del camino.

○

De las galas del bosque, de la variedad y riqueza de su flora, hicieron grandes elogios cuantos naturalistas y escritores de fama le visitaron. Bory de St. Vincent, el ilustre autor de «Ensayos de las Islas Afortunadas», que estuvo en Tenerife en 1808, decía años después en París: «La selva de La Laguna está siempre presente en mis recuerdos. Tal fué la impresión que me causaron sus producciones y sus sombras». Y el célebre botanista mostraba en su herbario las plantas más originales que en él había recogido. M. Berthelot, otro gran enamorado del bosque, lo describe después en todo el esplendor de su flora, con especies tan originales como la «genista

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

canariensis» («Retama de Canarias»), peculiar en esta selva. Las masas de verdura se extendían sobre los bordes del Valle y cubrían todas las alturas.

Más tarde, manos destructoras fueron mermando el rico patrimonio forestal, y los ejemplares más notables, las especies más curiosas, desaparecieron en gran parte, como tantas otras galas de la flora canaria.

... ...

¡Bosque de las Mercedes, de frescas umbrías, de frondosos laureles!... Todo en él son tradiciones y recuerdos; ecos y aromas de la tierra.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LA ESPERANZA

El humilde pueblecito, recostado a la sombra del pinar, recuerda dos episodios de la Conquista. El primero, la trágica retirada del ejército invasor tras la derrota de Acentejo, en cuyos barrancos sucumbió la flor y nata de las huestes de Lugo, más de novecientos hombres caídos en la descomunal refriega. De los diezmados combatientes, un grupo se refugió en una roca rodeada de mar, en las costas de la Matanza, y otro huyó por la cumbre en noche inclemente, de furiosa tormenta. Hambrientos, extenuados, cubiertos de lodo y sangre, más que una hueste derrotada parecía un montón de espectros deslizándose entre las sombras de la noche. Pugnaban por encontrar una ruta para ponerse a salvo de sus implacables perseguidores.

En aquella noche de angustia y espanto los fugitivos divisaron en la lejana ribera las velas de los navíos castellanos anclados en el puerto de Añaza.

© Del documento, los autores. Digitalizado con medios por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Y un clamor de júbilo brotó de sus labios: «¡Esperanza! ¡Esperanza!...» Tradición que un poeta isleño, Tabàres

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

Bartlett, recogió en inspiradas estrofas:

«Los que vencidos subieron
del monte a la cima ingente
y por la opuesta pendiente
de la cumbre descendieron,
tras de la grave jornada,
tras de la infausta derrota,
vieron desde allí la flota
columpiándose en la rada».

En otra ocasión volvieron a pasar los soldados de Lugo por el bosque de La Esperanza. Pero esta vez sin temor a ningún enemigo, pues todo era silencio y soledad a lo largo del camino, en los aledaños de la cumbre. Fué en los días calamitosos en que una enfermedad pestilencial se cebaba en los hogares indígenas, despoblando la isla, permitiendo a los invasores recorrerla sin mayor resistencia. Ya no había más que temer, refiere el P. Espinosa, «porque no había casi gente, ni la hallaban con quien pelear, por morirse todos de la pestilencial enfermedad. Así los hallaban de ciento en ciento muertos y comidos de perros. Estos perros eran unos zatos o gozques pequeños, que llamaban «canchas», que los naturales criaban, y co-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

mo por la enfermedad se descuidaban de darles de comer, hallando carnizas de cuerpos muertos, tanto se encarnizaron en ellos, que acometían a los vivos y los acabãban, y así tenían por remedio de su desventura los naturales que dormir sobre los árboles cuando caminaban, por miedo de los perros. Con todo aquesto estuvieron tres años en sujetar la Isla, ganarla y apaciguarla, y tardaran muchos más, si la peste no fuera, por ser la gente de ella tan belicosa, temosa y escaldada».

Teatro de estas jornadas históricas, fué, en los comienzos de la Conquista, el humilde pueblecito, recostado a la sombra del pinar. Sus cabañas diseminadas entre codesos y retamas, sus tierras rojizas y sus rebaños acampados en las laderas, le dan un sello agreste, de acentuado colorido.

La vasta extensión del monte—antiguamente llamado del Adelantado o Roquillo—alberga en la actualidad más de 300.000 pinos, aparte gran número de hayas, brezos, escobones y aceviños. A medida que se avanza por las pinas veredas, desde los umbrales del bosque hasta las dilatadas planicies de la cum-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

bre, se van sucediendo rincones y panoramas de sorprendente belleza: Las Raíces, Llano de Abote, Lomo de la Asilla, Ovejeros, Los Leños, Vedijo, Hoya Becerro, Montaña Chica, Las Presas, Hoyón, Bailadero, Cabeza de Toro...

Atraen también la curiosidad del viajero otros lugares de nombre tradicional como la antigua «Cueva de María Morales», en la que se almacenaba la miera de los pinos, que en gánigos de barro se vendía para pintura de las embarcaciones, y el «Corral de las Vacas», en Las Lagunetas, donde se congregaban anualmente, el día de la Cruz, los pastores de todos los pueblos comarcanos—el Rosario, la Matanza, la Victoria y Candelaria—para marcar las crías de los rebaños y esquilar las ovejas; faena que terminaba con alegres jolgorios, ayantos y libaciones, en el sitio conocido por «El Bailadero».

En pocos lugares de la Isla tuvo la tradición una raigambre tan honda como en este bosque de La Esperanza, antiguamente del Adelantado o del Roquillo, que sirvió de refugio y de faro a las huestes de Lugo en la trágica noche de la derrota de Acentejo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

AGUA GARCIA

Una fuente escondida entre helechos, a orillas de un profundo barranco, fué el hada madrina de esta selva. La riegan las aguas que discurren por el cauce del arroyo, socavando las raíces de los viejos árboles cubiertos de yedras y jibalberas.

El bello rincón sugirió a nuestro poeta Guillermo Perera uno de sus más celebrados romances, «La fuente de la selva». A semejanza del idílico encuentro de Dácil con el guerrero hispano Gonzalo del Castillo, otra doncella guanche, Cirma, al acercarse un día a la fuente, vió, con sorpresa,

«otra boca que surgía
a unirse a los labios de él».

El recién llegado, cuya imagen aparecía reflejada en el agua de la fuente, era Acaymo, el joven mencey de Tacoronte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Y la sorprendida moza, con ingenua coquetería,

«en el hueco de la mano
quiso que Acaymo bebiera,
y él tuvo sed, mas del vaso
que del agua pura y fresca».

En verdad no podía elegir el poeta un marco más adecuado para su romance, evocador de las pastoriles leyendas de la raza.

Lugar de delicias le llamaba un ilustre escritor, y Dumont d'Urville, en la relación de su segundo viaje alrededor del mundo, escribe: «Al llegar cerca de un pequeño acueducto, a medio camino de la Matanza a La Laguna, nos desviamos hacia la derecha, y, a doscientos pasos de distancia lo más, nos encontramos a la entrada de una bella y magnífica selva, atravesada por un límpido riachuelo que corre al través de sendas que se diría haber sido trazadas para hacer de este hermoso sitio un paseo delicioso. Soberbios laureles, ilex y viburnos revisten estos montes formando su base, mientras que enormes brezos, de cuarenta a cincuenta pies de altura, pueblan la orilla. Por el tono ge-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

neral, el aspecto y la forma de los vegetales, y, sobre todo, de los helechos, estos montes recuerdan perfectamente los de las islas del Océano Pacífico».

Amigo lector: si deseas conocer este delicioso rincón de Tenerife, desvía tu camino de la carretera del Norte y asciende por la empinada calzada que conduce al Agua García. Allí, en una pequeña selva, entre brezos gigantes, naranjos silvestres, laureles y castaños, rodeados de un marco de arbustos floridos, de retamas y canarinas, sentirás la emoción de verte de pronto en una de aquellas Arcadias guanches donde las doncellas se coronaban con flores del bosque.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

EL MONTE DE LAS AGUAS

El camino ondula entre las hondonadas del bosque, abriéndose brecha entre la tupida masa vegetal, de simetría tan perfecta, que parece como si un mágico jardinero hubiese cortado a un mismo rasero sus árboles, disimulando las quebraduras del terreno y cubriéndolo todo con un lienzo de suave tono verde. Sólo en algunos trozos, unas manchas rojas, de geranios en flor, rompen la monotonía del paisaje. Y nos dan la impresión de que unas pequeñas llamas han prendido en los bordes del sendero.

Más adelante, desde lo alto de la Hoya de las Raíces, vemos el trajín de los leñadores en torno a los encendidos hornos, coronados de penachos de humo, que se distiende después como negra bruma por los contornos de la hoya; único rumor de vida, y el de las caracolas de los guardias en las lejanas colinas, que hemos percibido en medio de este silencio profundo de la selva.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Por el Lomo de los Tomillos que hace tiempo vamos bordeando, emprendemos nuestro descenso hacia las Moradas. El nombre no responde ciertamente a la pavorosa soledad de estos lugares, donde sólo encontramos una rústica vivienda de pastores, colgada como un nido de águilas en las escabrosidades de la montaña.

El paisaje es de una desolación imponente. Desfiladeros y barrancos compiten en dar los más trágicos relieves a cuanto abarcan nuestros ojos. Un ambiente de soledad y tristeza nos rodea, y únicamente los graznidos de los cuervos en los cerros, o las esquilas de los rebaños en las laderas, turban a ratos el silencio que se cierne sobre nosotros.

Tales son de abruptos estos lugares, que cuando fallece alguno de sus moradores, contaban los guías, ha de ser bajado en recios varales por cuatro fornidos mozos, que tienen que arrastrarse como alimañas sobre las rocas para no caer a los barrancos con los fúnebres despojos.

Mas, a medida que nos acercamos a Los Silos, el paisaje va suavizándose de líneas y de matices. Y asoma, al fin, su

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

llanura fértil y alegre, nimbada de un sol radiante que se vierte en cascadas de luz sobre el verdor de las plataneras.

Arriba, detrás de los acantilados de las Moradas, se oculta el Monte de las Aguas. Agreste, solitario, con sus extensas umbrías silenciosas. Sin más rumor de vida que el trajín de los carboneros al fondo de las hoyas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

BOSQUES HISTÓRICOS

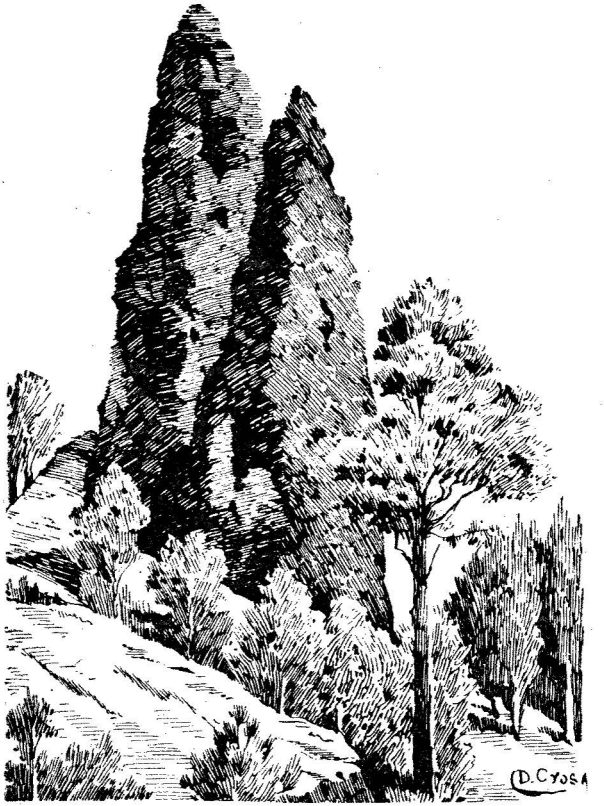
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

LA CALDERA, EN LA PALMA

Si hemos de creer al P. Abreu y Galindo, versada autoridad en historia isleña, había en la isla de la Palma todas las plantas y las mismas especies de aves que en las otras, y era tan copiosa de árboles y yerbas, hasta encima de las cumbres, que se paseaba el camino con mucho trabajo. En los veranos, el olor y fragancia de las flores alcanzaba de noche a tres leguas de la mar. Y había en dicha isla, antes que se conquistara y muchos años después, gran cantidad de maná que se cogía en ella y se llevaba a vender a España, el cual dejó de caer y cogerse después que la arboleda de la cumbre se perdió.

Una de las regiones de suelo más fragoso y Naturaleza más feraz, era el antiguo cantón de Aceró, que en lenguaje indígena quiere decir «tierra fuerte», después designado con el nombre de la Caldera. En el gigantesco círculo de casi dos leguas de extensión, se alza un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019



peñasco de gran altura, el «Roque de Idafe», donde los antiguos súbditos de Tanausú rendían culto al dios Abora.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

Refiere la leyenda que, temerosos los indígenas de que el peñasco se desplomase sobre ellos, se afanaban en congraciarse con el «monstruo» ofreciéndole los despojos de cuantos animales sacrificaban. Y en torno de Idafe veíase a diario infinidad de restos que servían de pasto a los cuervos, atraídos por el abundante festín.

En los alrededores de este inmenso círculo, en sus estribaciones, quebradas y desfiladeros se desarrollaron los episodios más salientes de la Conquista, que culminaron en la derrota del caudillo palmero, en la trágica jornada del Paso de Adamancasis.

Tierra, como se ve, de indómitos guerreros y bravos caudillos, y también de grandes heroínas como aquella hermosa palmesana, Guayanfanta, de gigantesco cuerpo y extremada blancura, que viéndose cercada por los cristianos «envistió con uno y tomándolo debajo del brazo se iba a un risco para arrojarse de allí abajo con él, cuando acudió otro cristiano y cortóle las piernas, que de otra suerte no dejara de derriscarse».

El vigor de la Naturaleza en esta isla privilegiada se manifiesta en su flora

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

con extraordinario relieve. Cuantos botánicos han visitado la Caldera se han hecho lenguas de la grandiosidad y exuberancia de la salvaje vegetación que cubre el extenso cráter y se desborda por sus alrededores en grandes masas de arbolado. La flora de la Caldera, decía M. Berthelot, lleva en sí un sello particular; sus bellezas principales consisten en lo gigantesco de las formas, en la extravagante distribución de sus producciones y más todavía en los contrastes que resultan del desorden de esta reunión de árboles y plantas diversas.

Y es que, según la teoría científica, en estos lugares profundos, rodeados de montañas escarpadas como la Caldera, la distribución de las plantas no está sometida a las mismas leyes que en otros lugares. El estado del aire, sus principios, la temperatura de estos recintos abrigados viene a romper las relaciones entre los climas y las alturas para prestarse a la reunión de todas las zonas.

¡Caldera de Taburiente, la del trágico desfiladero de Adamancasis!, aún parece oirse en su recinto la exclamación dolorida del bravo caudillo de Aceró: ¡Vacaguaré!... ¡Quiero morir!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

«EL CEDRO», EN LA GOMERA

Zigzagueando por los altos del Valle de Hermigua, cuyas huertas quedan atrás entre abanicos de palmeras y cercos de viñedos y cañaverales, el viejo camino de herradura cruza el barranco del Cedro para ganar la altura de los Aceviños, y vuelve a la margen izquierda para penetrar en el bosque y continuar entre la espesa arboleda hasta el límite del monte, en Cabeza de Toro. Hénos aquí, después de dejar atrás, en la «Pasada de los Yugos», una pequeña ermita consagrada a Nuestra Señora de Lourdes, bordeando el barranco de Aguajilba hasta remontarnos a la cumbre. Seguimos, nos dicen, la ruta de los pastores que en las noches del estío, al son de rústicos tamboriles, entonan viejos romances:

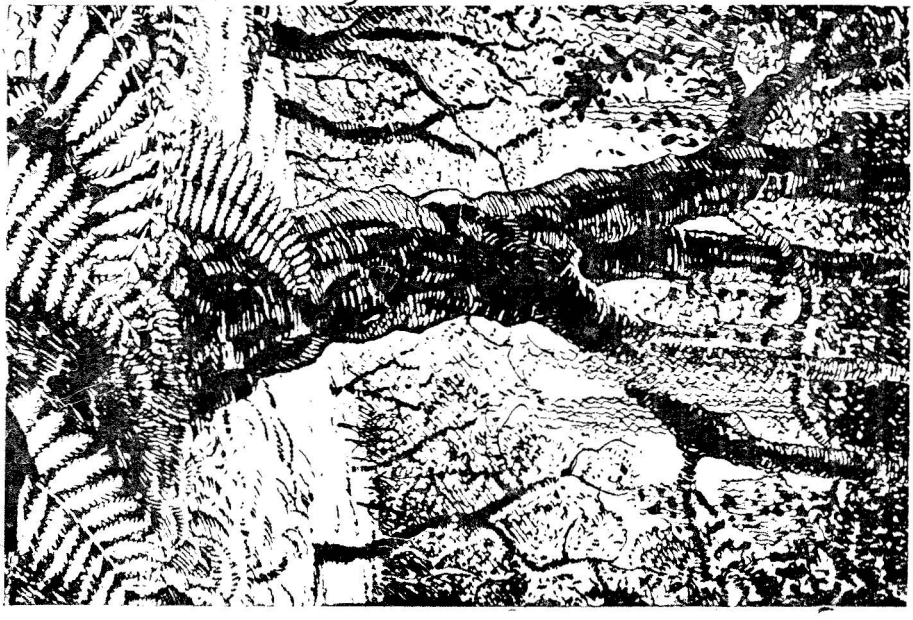
«Llora, que se va mañana
del jardín la mejorana».
... ...
«¡Si se acordará Rosaura
del guante que lleva el agua... !»

© Del documento, con acceso: Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Todo, en este bosque del Cedro, respira un ambiente plácido, de selva virgen. La copiosa arboleda, compuesta en su mayor parte de laureles («loros»), aceviños, pinos, hayas y palos-blancos, se caracteriza por las formas voluminosas y gigantescas de algunas especies. Descuella entre estos árboles un laurel centenario, «el rey de los loros», que proyecta su sombra sobre el lugar conocido por «El Arrastradero», uno de los más frecuentados del bosque. Un anciano guarda, de luengas y plateadas barbas, que sirve de guía a los turistas, os dará curiosos detalles del soberbio ejemplar. Excede su altura de treinta metros y de diez y medio el diámetro de su tronco, en el que aparecen grabados muchos nombres. También muestra en su corteza las profundas incisiones que se le han hecho para extraerle yesca. Sus enormes raíces, descarnadas por las aguas, presentan desgarraduras que hacen temer un fin próximo de este rey de la selva, tan rudamente combatido.

Ejemplares también muy notables son los castaños del llamado «Llano de don Domingo». Algunos de ellos pasan de veinticinco metros de altura, y cada per-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

nada produce una clase distinta de castañas.

Recorriendo el hermoso bosque, contemplando su intrincada maleza y fértil vegetación, constantemente regada por las aguas que brotan de sus fuentes y de los surtidores de sus rocas, descendiendo en rumorosa cascada por las vertientes y el lecho del monte, se explica que fuese este el lugar elegido por el conquistador Sancho de Herrera, hermano de Hernán Peraza, para introducir en la Gomera aquellas recuas de ciervos, traídas de la Berbería en sus frecuentes incursiones, y que andando el tiempo llegaron a constituir un verdadero azote para la Isla: tal fué su desarrollo prolífico.

Es fama que las aguas de la fuente del «Pajarito» eran las preferidas de los ciervos, por lo que hubo de afluir a los montes inmediatos una gran parte de los astados invasores. Primeramente fueron éstos objeto de protección y respeto, como lo demuestra una ordenanza del año 1638 disponiendo que ninguna persona entrase en los linderos del bosque a coger ciervos.

Más tarde, en 1668, era ya tal la abun-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

dancia de ciervos en los bosques gomeros, se habían multiplicado en tales proporciones, que el octavo conde, D. Juan Bautista de Herrera, se creyó obligado a publicar esta curiosa licencia: «Por cuanto ha llegado a mí noticia que en mi isla de la Gomera ha crecido el número de venados que tengo en los montes, y atendiendo a la conveniencia de mis vasallos por el amor que les tengo y ser de su mayor utilidad, por la presente concedo licencia para que puedan, cualesquiera persona y quien quisiese entrar en los montes a cazarlos y matarlos, y asimismo puedan los dichos vecinos matar los dichos venados que hallasen dentro de su sementera o en otras cualesquiera de sus haciendas, y esta licencia concedo por el tiempo de mi voluntad, y no más».

A esta guerra de exterminio contra los prolíficos ciervos, hubo de poner coto, una centuria después, el administrador del Condado, prohibiendo toda clase de cacerías en los montes y ordenando que sólo se concediese licencia para matar un ciervo «si su sangre había de utilizarse por consulta de médico, para contribuir al alivio de algún accidente o

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

curar a algún enfermo de aflixiones del corazón».

Tal es, según documentos de la época, la historia de los ciervos que el conquistador Sancho de Herrera introdujo en los montes de la Gomera. Tanto se aclimataron en ellos, que algunos, los más grandes, se dice que alcanzaban alturas de jumentos. Júzguese por estos datos de la virtud de aquellas prodigiosas aguas de la fuente del «Pajarito», en el bosque del Cedro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

LOS CANTORES DE LA SELVA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

«¡AH, PAJARILLOS CANARIOS!...»

La enemiga al árbol ha hecho sentir también sus estragos en la fauna isleña, de características igualmente singulares, que atrajo la curiosidad y el estudio de eminentes científicos extranjeros. Al mismo tiempo que caían, segados por el hacha, aquellos gigantes de la selva que eran su orgullo y su gala, enmudecieron los cantores del bosque, y dejó de oirse en nuestras umbrías aquella música sonora de la «muchedumbre de vocingleros pajarillos» de que hablaba el poeta. Y las Islas perdieron uno de los motivos de su fama, una de aquellas «dos cosas» que, al decir de Francisco de Gomara, «andaban por el mundo ennobleciendo el nombre de nuestra tierra: los pájaros canarios, tan estimados por su canto, y el «canario», baile gentil y artificioso».

Los antiguos cronistas ponderan la abundancia y diversidad de aves que poblaban las Islas, donde formaban le-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

giones las palomas soritas o salvajes que se criaban en los riscos, las tórtolas y golondrinas que venían y pasaban a Africa, y los pequeños pájaros canarios, mirlos y capirotes que alegraban los bosques con sus músicas.

Pocos años después de la Conquista, en 1526, Tomás Nicols, en su descripción de la Isla, dice que en la región norte encontró enormes extensiones de laureles, que ocupaban diez o doce millas de terreno, «lo que era deleitoso para el viajero, porque además del perpetuo y agradable verdor, una infinidad de pajarillos gorjeaban dulcemente». El P. Espinosa escribía por su parte: «Hay muchas aves de todas suertes, y entre otras, de los pájaros que en España llamamos «canarios», que son chicos y verdes, y otros menores, verdes y cabizprietos, cuyos cantos son recios y de gran melodía». Y el viajero inglés Edmond Scory, que estuvo en Tenerife en 1630, decía, a su vez, que en el lago de La Laguna gozaban del más agradable pasatiempo que se podía imaginar, porque en un mismo instante se veía un gran número de halcones lanzarse sobre los pájaros, que huían en bandadas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

A la destrucción de las selvas y exterminio del árbol ha seguido la desaparición de una gran parte de las aves cantoras del país, de bellos plumajes y armoniosos trinos, que se albergaban en sus frondas. De ello lamentábase el naturalista francés, M. Arthur Grasset, autor del «Journal d'un voyageur», que en 1854 visitó las Islas, y del cual es este triste vaticinio: «Con la destrucción de los árboles concluirán en Canarias con los pájaros y manantiales».

De las ciento cincuenta especies distintas a que se hace ascender la fauna canaria, ya muchas de ellas se hallan casi extintas o se las ve muy raramente, como el «Pinzón de Tenerife», de bello plumaje, tornasolado de negro y azul, que moraba en los bosques de laureles y en las florestas de La Laguna, y el «Pinzón del Teide», o pájaro de la cumbre, de color azul con franjas blancas en las alas, que vivía en las altas regiones volcánicas y se alimentaba de las semillas de la retama.

Y van siendo también cada vez más escasos los capirotes, de pardo sayal y negra caperuza, que tanto nos deleitan con sus trinos sonoros y fuertes, y hasta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

los inquietos, bulliciosos y diminutos cantores de la selva, los canarios silvestres o de la tierra, de fama universal, fundadores, puede decirse, de toda una estirpe volátil, extendida por el mundo entero: los canarios domésticos.

Bien merecían, pues, la exaltación que de ellos hizo el Fénix de los Ingenios:

«¡Ah, pajarillos canarios
cuyos sabrosos piquillos
andan picando ramillos
por esos árboles varios!»

Diversas han sido las conjeturas sobre la forma en que se verificó la evolución hacia la cautividad del canario silvestre. El escritor americano Alexander Wetmore dice que desde fines del siglo XV fué llevado de las Islas a Europa por marinos que hacían el tráfico con el Archipiélago. El proceso de domesticación fué tan rápido, que el área donde se producían en gran cantidad se extendió a principios del siglo XVI, desde Italia septentrional hasta el centro de Europa, predominando en ellos los tonos amarillo y verde de la primitiva especie.

«Más de trescientos años, dice el ornitologista Bolle, hace que el canario do-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

mesticado abandonó su patria, pasando a ser cosmopolita. Dos hermanos gemelos han seguido carreras diferentes: el uno, favorecido por la fortuna, adquiriendo nombradía y atrayendo sobre sí las miradas del mundo; el otro, estimado y conocido de pocos, viviendo en el lugar de su nacimiento, aunque feliz a pesar de ello».

Actualmente, el pájaro de la tierra, de verde ropaje y humilde aspecto, que poblaba nuestras selvas, tiende a desaparecer casi por completo mientras se multiplican y propagan otras especies de origen exótico, que más que un ornato constituyen por su voracidad dañina un azote para los campos.

¡Pajarillos canarios!... ¡Diminutos trovadores de los bosques isleños! Sus melodiosas músicas apenas si se perciben ya en nuestras frondas. Enmudecieron ante la desolación y tristeza de las selvas que fueron gala y alegría de las Islas Afortunadas.

Nunca, pues, pudo decirse con más profundo dolor, «que en los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño»...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LO QUE DICE EL BOSQUE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Cerramos estas páginas con un trabajo digno de ser conocido y divulgado por el hondo sentido espiritual y patriótico que encierra. Lo escribió, hace ya cerca de cuarenta años, un preclaro isleño, escritor de la vieja cepa canaria, de imperecedera memoria en las letras regionales, alma de artista, corazón abierto a todas las generosidades, cuyo nombre llevamos constantemente en el pensamiento y en los labios: ¡Benito Pérez Armas!

Figura señera de toda una época, la de trazos y perfiles más vigorosos y, sin duda alguna, por propensión nativa de su temperamento, la de raíces más ahincadas en las entrañas de la tierra, muchos de la presente generación le desconocen por incomprensible desvío a todo lo que es y sigue siendo esencialmente nuestro, médula y encarnadura del alma canaria. Verbo elocuente, palabra encendida de emoción--¿quién no recuerda sus vibrantes arengas?: "pueblo ribereño de las casitas blancas"--, pluma dócil a sus ímpetus y arrestos temperamentales, nadie supo como él comunicar a las multitudes su propia inquietud y su propio ardor espiritual. Y, además, ¡con qué elegancia sabía desdeñar intrigas y odios lugareños y tender la mano hidalga y fraterna al adversario! Detestaba igualmente la egolatría, tan arraigada entre nosotros. "A mí, decía, que no voy para inmortal, la conquista de la admiración de mis conciudadanos no me quita el sueño, y, en cambio, me preocupa merecer su estimación y afecto".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Quien así pensaba y sentía necesariamente era, entre nosotros, una figura única y extraordinaria.

A una sensibilidad como la suya, tan apasionada de la tierra, de sus tradiciones y sus bellezas, no podía ser indiferente ni ajeno el drama de nuestros bosques ni la agonía y ruina de nuestros árboles, y he aquí cómo se expresaba en este artículo, "Lo que dice el Bosque", dedicado a su paisano, y también brillante escritor isleño, "Angel Guerra":

○

En las piedras de un "Tagoror", que domina las llanuras de la mar y las tierras costaneras, los peregrinos se sentaron. Hubo un largo y angustioso silencio... Los árboles, sin que el viento los sacudiera, parecían estremecidos como si la vida interior de las ideas crispara los troncos y agitara los follajes...

El anciano incorporó su cuerpo y con voz de conjuro exclamó:

—¡Hablad, hablad, amigos del bosque! ¡Queremos vuestro juicio; en nombre de mi raza lo demando!

... ...

—¿Quién sois? ¿Qué demandáis?—dijo el barbusano.

—Yo—respondió el viejo—soy lo que vive del espíritu guanche. Este—refiriéndose al joven—, el alma que surge, los nuevos anhelos de las nuevas gentes... Lo que se va y lo que viene...

El joven, resplandeciente de hermosura, habló entonces así:

—Nada concluye. La muerte es el sueño de que nos recobramos a un nuevo existir... Un descanso, la hora de la gesta, para que surja triunfadora la Vida, reina de las reinas; diosa de las diosas... El espíritu isleño dormía; pero ya despierta, ya vuelve a la luz: ¡Nuncio soy de resurgimientos y os saludo! ¡Habitantes del bosque: hablad; dadnos el secreto de la fuerza y la perseverancia!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

El barbusano añadió:

—Raíz es Voluntad; tronco, constancia, uniformidad, decrecimiento; ramas, amor y libertad; fruto, conciencia de sí mismo, seguridad de la especie, perpetuación de las edades... He ahí lo que el árbol puede decir al hombre.

—Más, algo más—repuso el pino. Debéis saber que quien no guarda las leyes de su especialización, de sus características, se extingue maldito de Dios... Vasta es nuestra familia; pero todos nos distinguimos por zonas y países... Diferenciarse, ser avaro cada uno de lo suyo, es ley de existencia, tributo de amor rendido a las tierras nativas, a los aires que respiramos, al sol que nos calienta... ¿A qué hablar de odios? ¿No véis nuestro ejemplo...? Pinos somos todos, constituímos una gran república; pero cada uno tiene sus modalidades y sus amores...

—Sí—añadió el haya—. Predicad esa idea y no vayáis contra Natura si queréis subsistir... Todos unos en lo consubstancial; todos diversos en lo específico... Así es la Tierra, madre común, madre única y madre divina, según las latitudes...

El joven había caído como en éxtasis; el anciano clavaba sus ojos en las piedras del "Tagoror", mudo e impasible.

—Yo también os daré mi consejo—dijo el laurel—. Cada frente gloriosa tendrá sus ramas La Victoria es la misma; distintos quienes la riñen... Cada cual teja su guirnalda... ¡Amáos y trabajad!

—Todos sufrimos los golpes del hacha—añadió el viñático—. Los árboles escaseamos, hemos caído; pero vosotros, nobles insulares, significáis menos cada día. ¡Talados, talados como nosotros, no lo dudéis...!

—Las cosas que se quieren con ahincos verdaderos —expuso el mocán—, llegarán al fin. ¡Debajo del Sol nada deja de tener su tiempo, hijos de Atlante...! En su día florece la vid, trina el capirote, turgen los senos de las mozas... Preparáos y confiad; la Vida no equivoca sus senderos... Y hablaron todos los demás

El Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

árboles del Bosque, excepto el Drago, que permanecía impasible.

—Y tú, Drago, ¿qué dices?—preguntó el joven, puesto en pie, en actitud suplicante.

—No hablará—repuso el anciano—sin que corra su sangre. Como el pueblo isleño, permanece mudo mientras no se le hiere.

El joven hizo entonces una incisión en la corteza del Drago y la savia roja comenzó a gotear...

—Las palabras—dijo el Drago—son acciones abortadas. Es necedad hablar en demasía. ¿Qué deseáis de mí?...

—Vuestro consejo, repuso el joven. Sois el árbol sagrado de los guanches; contáis la vida por siglos; debéis estar en el secreto...

—Yo sólo sé—añadió el Drago—que la tierra está fatigada de mentiras; el sol cansado de alumbrar muladares... Ocupáos en que brille la Verdad y florezca el jardín de vuestros corazones... No sé deciros más; buscad la boca adecuada a los oídos de los sordos.

—¡Resurgimiento, resurgimiento!—gritó el joven.

—¡Resurgimiento, resurgimiento...!—repitieron los Valles y las Montañas...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

COLABORADORES ARTÍSTICOS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

CROSA Y MARTIN GONZALEZ

Como habrán observado los lectores, las notas gráficas que ilustran estas crónicas llevan al pie las firmas de dos artistas de la tierra, queridísimos de todos. Uno de ellos, Diego Crosa, había confeccionado sus dibujos expresamente para este libro; pero, por desdicha para el Arte, la Muerte nos lo arrebató hace tiempo, privando a Tenerife de uno de sus mayores ingenios, el más popular, el de facetas más varias. Truncada su labor por aquel azar cruel del Destino, otro artista, no menos admirado, Martín González, cuyo nombre es ya un pregón de gloria para la Isla, completó los apuntes gráficos que avaloran estas páginas, poniendo en ellas su inconfundible estilo de sobria expresión, que ha dado a sus lienzos un sello tan singular de colorido y de alma isleña.

Ambos, por igual, Diego Crosa como Martín González, rinden de esta forma el más espiritual homenaje al Arbol canario, que tantas veces les sirvió de Musa inspiradora para sus creaciones de artistas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

COMENTARIOS A NUESTRAS CRÓNICAS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

J. HERNANDEZ RAMOS (INGENIERO AGRONOMO)

Pocas veces puede ponerse más cariño al tratar un tema que muchos, en su ignorancia, calificarán de poco trascendente como el que el autor del libro "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias" ha vertido en su obra. Y aunque su autor, en el epílogo, manifiesta, modestamente, que sus capítulos fueron escritos sin pretensiones literarias ni científicas, no carece tampoco de ninguna de dichas buenas cualidades. Al menos, si el lector, como el que esto escribe, no se siente crítico de ninguna de dichas materias, así ha de parecerle. Leoncio Rodríguez, en un castellano limpio, suelto y jugoso, va describiendo, a lo largo de las páginas de su libro, cada una de nuestras mejores y más raras especies forestales engarzando en cada descripción las anécdotas y consejos, tradiciones y leyendas del alma popular de Canarias relacionadas con cada árbol y para dar más valor a sus apreciaciones y relatos, intercala, frecuentemente, oportunas citas de escritores extranjeros y nacionales, principalmente canarios. Pero, sobre todo, lo que es peculiar en el autor: ¡cuánto profundo cariño por las cosas de la tierra y cuánta emotividad en la narración de las escenas por él vividas!

Cada uno de los capítulos del libro que comentamos se halla dedicado a uno de nuestros árboles próceres y a la descripción del marco natural y costumbrista en que se le puede admirar: Las Palmas de Santa María de Betancuria y de la Torre del Conde de la Gomera, Los Tilos de Moya, Los Dragos gemelos y milenarios, El Garoé del Hierro, Los pinos canarios, Los álamos de San Diego del Monte y de San Francisco en La Laguna, Los naranjos del Instituto, etc., son otros tantos apartados llenos de historia, de leyenda y de poesía que dejan en el lector la suave melancolía de gra-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

tas cosas pasadas o perdidas, sin remedio, o bien el dulce recuerdo de días vividos en un ambiente de paz y de dicha tan distinto al que, últimamente, había standardizado (esta bárbara palabra es la adecuada) todos los rincones llenos de colorido del mundo, incluso, para nuestra desgracia, los pocos que aún quedaban.

¡Y qué lejos estamos de que muchos sientan con el autor de "Arboles históricos y tradicionales de Canarias"!

Hoy, que con tanta angustia clamamos por lluvias y por árboles, que con tanto desconsuelo vemos a Canarias sin arte y sin tradiciones, debemos pensar que todo esto lo tuvimos y todo lo perdimos en un ambiente de imprevisión, de incultura y de materialismo. Debemos pensar que para merecer el dictado de pueblo culto hemos de honrar al pasado y restablecer muchos valores perdidos. Nuestro llorado Néstor dijo e hizo bastante en este sentido y Dios quiso, para si queríamos aprenderlo, que los últimos proyectos del artista fueran para planear la recuperación de todos nuestros valores pasados.

Las mismas cosas añora en su libro Leoncio Rodríguez: romerías típicas, fiestas religiosas y populares, centros de cultura y de caridad, artesanía, hombría de bien; todo esto, tan noble y bello y... tan perdido, lo echa de menos; pero, principalmente, lamenta la falta de amor a nuestros árboles, amor que él predica y que tan bien refleja en su libro cuando dice: "Pues bien; digamos a estas juventudes isleñas: Hay que vestir de nuevo con el verde y florido ropaje de otros tiempos el suelo que desvistieron manos insensatas, zafias o malvadas. Hay que combatir la doble sequedad de la tierra y de las almas y echar a voleo la semilla en los surcos nuevos. Hay que restituir a nuestras montañas lo que a ellas, exclusivamente, pertenecía: su arbolado; sus pinos, sus cedros, sus laureles, la frescura de sus sombras y la alegría de sus pájaros cantores... E imponer este lema, esta norma cívica: cada hombre, cada niño, un árbol. Cada pueblo, cada comarca, un bosque".

De esta forma, tal vez podamos evitar que resulten

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

del todo ciertas las palabras de Berthelot—que Leoncio Rodríguez transcribe—, que decía: "Llegarán tiempos en que las Islas Afortunadas, donde la Naturaleza había derramado tantos encantos, se convertirán en áridas rocas en medio del océano; nuestras floras repetirán los árboles y plantas que las cubrían y la posteridad no se atreverá a darles crédito". Porque, desgraciadamente, las palabras de Berthelot van resultando proféticas. Desde las frondas que cantó Cairasco y las selvas que describió Viera a la situación actual de nuestros montes y barrancos, media un abismo. Y casi no daríamos crédito a sus palabras si no hubiésemos alcanzado los pocos restos que todavía podemos admirar. Pero, nuestros poetas ya no pueden cantar la espesura y extensión de nuestras selvas. Nuestros escritores ya no pueden ponderar la verdura de nuestros montes: Tomás Morales sólo puede escribir un canto elegíaco al árbol caído. González Díaz, el Apóstol de los Arboles, ya no puede escribir sino apóstrofes contra sus destructores. ¡Bárbaros!, se titula el artículo de este escritor que prologa el libro de Leoncio Rodríguez, y es verdad: Bárbaros, vándalos son los que destruyen en un día árboles que necesitaron siglos para que pudiéramos verles en toda su venerable ancianidad. Hora es ya que, por pudor, y si no lo tienen por duros castigos, cesen en su obra nefasta.

Lector: si eres amante de nuestros árboles, te interesa leer el libro que comentamos. Más que leerlo, aunque ello te servirá de agradable delectación y avivará en ti gratos recuerdos, interesa que deduzcas de él alguna enseñanza, y más aún, que la pongas en práctica. Hagamos cada uno lo que podamos para defender los restos de la flora canaria y evitar que con el tiempo no resulte, como por desgracia sucede con las islas hermanas Fuerteventura y Graciosa, un contrasentido entre los nombres de Hespérides y Afortunadas aplicados a nuestras queridas Islas Canarias y el aspecto de desolación que presentan.

Las Palmas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ANTONIO MARTI ("JUAN DE LA ISLA")

He aquí unos árboles cuyas frondas se alzan al cielo azul de las Islas, pero cuyas raíces, si se trata de hallarlas, hay que buscarlas tan hondo, tan hondo, que acaso precisara arrancarlas del corazón mismo de la Historia o de la Tradición.

Este libro que habla de ellos es, más que el resultado de una búsqueda paciente, rematada por la más peregrina serie de felices hallazgos, un canto fervoroso, un poema magnífico, a las grandezas pretéritas de toda una raza: Una raza producto, a su vez, de otras cuyas cualidades mejores heredara e hiciera eternas en la Historia.

Porque cada árbol de los cantados es el testimonio y a veces el testigo irrecusable también, de un hecho, de un episodio, y cada uno de estos episodios y hechos un eslabón que añadir a la cadena maciza de la Tradición. La Tradición, hermana de la Historia, con la que a veces se confunde, forja prodigiosa lograda por el martillo de los siglos sobre el yunque recio del espíritu de los pueblos.

Algunos de esos árboles nos hablan de los martirios y sacrificios de una raza extinguida: la raza guanche. Otros, de las glorias y aventuras de los conquistadores. Otros, acaso, de la conjunción suprema de los dos grandes pueblos, que iniciara los capítulos básicos de nuestra Historia. Pero todos ellos clavan sus raíces, como antes decimos, hasta lo más hondo, hasta el corazón mismo de la tierra isleña y del espíritu de nuestra raza.

* * *

Hay quien fija la mirada en un punto del espacio, el alma entera en un ideal, las ansias todas en una obra de futuro, y rompe a andar, y camina, camina

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

por la vida, sin ver lo que hay alrededor, sin volver nunca la mirada atrás, sin saber lo que queda tras de sus pasos.

Hay quien, por el contrario, puesta la vista en el pasado, saturada el alma de recuerdos, consejas y visiones pretéritas, sólo para mientes del futuro en lo que pudiera ser continuación del pasado. Pero no tampoco de un pasado inmediato, sino de aquel pasado diluído casi entre las sombras del olvido, que ni siquiera es Historia escrita, sino trasunto de ella, agazapado, escondido, entre los vericuetos y encrucijadas de la Tradición.

Son los enamorados de lo que fué. Los fervientes adoradores del Recuerdo y de la Leyenda. La Historia es para ellos una Ciencia amable y grata, pero gustan de burlarla a veces y otras perfeccionarla y completarla, saliéndose de los caminos trillados de los textos escritos para buscar nuevas fuentes en que saciar la sed de sus aficiones, en los textos vivos de la conseja y del decir popular.

Entre ellos figura Leoncio Rodríguez. El hombre que se pudiera decir que vive para esto y por esto; que husmea rincones y lugares saturados por el perfume sutil de la Tradición, para traer, al regreso, un bagaje fresco y jugoso de cosas gentiles recogidas de labios de un viejo ducho en galanos decires y rico en memoria, o en las estanterías polvorientas de algún olvidado archivo...

* * *

Este libro ("Arboles históricos y tradicionales de Canarias"), como otros que Leoncio Rodríguez ha dado antes a la prensa y los que en un próximo futuro acaso haya de dar, son el fruto, el producto, la obra de su vida. Bajo un doble aspecto: por ser el resultado de sus investigaciones, y por haber puesto en ellos lo mejor, lo más puro de sus afanes, el ansia iluminada y fervorosa de su gran amor, de su devoción pura y abnegada; la ofrenda pura de su espíritu en el altar de la Tierra y de la Raza.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

LUIS DIEGO CUSCOY

Mi distinguido amigo y compañero: Creo que está de más el decirle que seguí con una creciente y emocionada atención la serie de sus crónicas sobre los árboles históricos de Canarias, publicados en ediciones dominicales de "La Prensa".

Había para mí en aquellas crónicas una superabundancia de sugerencias que me cautivaba: hace tiempo que vengo pensando en la necesidad de trabajos como el suyo. Pero hoy, al leer la recopilación de aquella labor en "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias"—su completo libro de emociones isleñas—, he ampliado el margen de consideración a su obra. Hablo en este caso como hombre empeñado en una labor semejante a la suya—aunque no limitada al arbolado—, y como maestro. Las escuelas de Canarias vivían en un vacío absoluto de emoción por la tierra; fué esta idea la que me impulsó a un pequeño lamento, publicado en su mismo periódico, y que el Instituto de Estudios Canarios recogió. Desde entonces, el empeño mío de dar a las escuelas de Canarias un guión de consciencia histórica y apasionada de la tierra azul de Canarias. Dando el último repaso a ese empeño, surge su libro, el que viene a ser, sin discusión, un magnífico precedente, pues como maestro quiero decirle que "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias", queda desde hoy incorporado a mi escuela, ya que de su prosa limpia y de sus capítulos evocadores—elegantes en la referencia histórica y delicados en la evocación de la leyenda—, se puede hacer el cuadro de lecturas transidas de la emoción de que antes le hablaba, y de la cual estábamos vacíos.

Por el Arbol y por la Escuela, el agradecimiento de todos. Por su meritoria labor, la felicitación y admiración más sincera de este amigo y compañero.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

ANTONIO LUGO Y MASSIEU

Encierra este libro, para nosotros, dos altísimos valores. El primero, la galanura y el donaire con que se halla escrito; el segundo, tan preciado o más que el primero, la alta finalidad que lo inspira: rendir un verdadero homenaje de exaltación y veneración a los viejos árboles de nuestra tierra canaria. Sorpresa producirán estas páginas a muchos que ignoraban el encanto de las leyendas que encierran muchos de esos árboles y desconocían el perfume de tradición que se desprendía y desprende aún de sus carcomidos troncos y viejas ramas. Leerán este libro los niños de las escuelas—que así lo han prometido dignos y cultos maestros nacionales—y en esas bellas páginas aprenderán a venerar cosas que debieran ser casi sagradas para los de nuestra patria amada; pero quienes más debieran leerlo son esos otros "niños mayores de edad", limpios en materia forestal, que andan por ahí pregonando, con su indiferencia, impavidez y "algo más", la complicidad que han tenido en la destrucción y ruina de la flora canaria, permitiendo que nuestros incomparables bosques desaparecieran sin lanzar un grito de protesta y dolor.

Los que vivíamos retraídos, acorralados por la falta de ambiente para seguir luchando por el enaltecimiento forestal de nuestras Islas y por España entera, ya podemos desplegar las viejas banderas y seguir adelante en una segunda cruzada, exaltando el árbol con generosidad y desinterés, contribuyendo así a la obra redentora del engrandecimiento de la Patria.

Orotava.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

DE TRES ILUSTRES ESCRITORES DESAPARECIDOS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

DOMINGO DORESTE ("FR. LESCO")

Arboles históricos de Canarias, por supuesto. Hace mucho tiempo que andan estos personajes en busca de autor. Ahora lo han encontrado. Se trata de un libro, poco monumental, de simpática edición; de un librito entrañable, en una palabra. La mitad de la fortuna que pueda correr, nace de haberlo intentado: de la elección de asuntos, que recomendaban los antiguos retóricos. Es una serie de siluetas "biográficas" de los árboles célebres de Canarias.

Biografía, desde luego, porque cada árbol de los tratados tiene una personalidad. La mera materia de la obrita la encarece. Pero no basta, sin la forma, que es su alma. Y el libro la tiene muy vibrante, con grata resonancia en todo corazón canario. La flora arbórea de nuestro archipiélago siempre fué una maravilla para el botánico. Tal es el postulado que podemos llamar científico de la obra. Pero ésta no es una monografía botánica; es, repitámoslo, una galería biográfica escrita sobre un pentagrama. Cada ejemplar acusa una significación que suele ser doble: histórica y poética.

Difícil improvisar una clasificación según los puntos de vista, esencialmente líricos, del autor. En un grupo se puede considerar los ejemplares que enaltecen su estirpe, por su prestancia y longevidad; y en él pueden figurar el Drago (con mayúscula) desaparecido de la Orotava, el del superviviente (de milagro) de Icod, el Pino del Buen Paso, cerca de la misma Villa, el del Paso de La Palma, los Pinos gordos de Vilaflor (uno de ellos consagrado campeón en un concurso nacional), el Castaño de las siete pernadas de Aguamansa, los antiguos cedros de nuestras alturas, casi extinguidos, y el Mocán de Tegueste.

Como asistidos de una tradición religiosa se citan

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

el Pino Santo de Teror, y la Palma de San Diego de Alcalá en Santa María de Betancuria. Como testigos de hazañas, conjuras y episodios de historia, la Palma de la Torre del Conde (Hernán Peraza) en la Gomera, el Pino de la Victoria de Acentejo, los Tilos de Moya, pobres restos del bosque de Doramas, el Laurel del jardín de Nava, de La Laguna. Como legendario, el Garoé, maravilloso filtro de la humedad atmosférica, que aplacaba la sed de los habitantes del Hierro.

Dragos, mocanes, pinos, barbusanos, viñáticos, cedros, aceviños, tilos, laureles, almácigos, hayas, brezos, orijamas, sabinas, palo santo, leña buena... todas estas especies y algunas más, aún las de nombre corriente, llevan un apellido: canariensis—¡canariensis!—. Sin embargo, nos parecen exóticas, y lo son para el resto del mundo, no para nosotros, toda vez que son floración de nuestro suelo y de nuestro clima, parte conspicua de las cuatrocientas y pico de especies del reino vegetal catalogadas por los botánicos bajo aquel apellido. Si no las conocemos es porque son raras, gracias a las incansables talas de que han sido víctimas, pues es de saber que el mítico dragón de las Hespérides no ha muerto: sobrevive disfrazado de leñador.

De ello se queja dolorosamente el autor del libro meritísimo, el infatigable periodista Leoncio Rodríguez, que ha cumplido con esta obra una labor altamente educadora, que hemos de recoger devotamente. En Tenerife, sin duda, se ha prestado mayor interés que entre nosotros al prestigio del árbol indígena. No hemos tenido aquí una dinastía como la magnífica de los Nava, generosos custodios de la heráldica arbórea del país. Pero nunca es tarde. Gracias precisamente a su celo y al de otros próceres, las especies perdidas en Gran Canaria, pueden reproducirse. Brindo la iniciativa a la Junta de Turismo, a quien le será fácil despertar entre los propietarios este interés, digno de las perspectivas de la España Nueva.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

RAFAEL AROCHA Y GUILLAMA

Un nuevo libro de Leoncio Rodríguez, mi viejo amigo y compañero. Libro de un alto sentido patriótico, en el que es de notar no tanto la utilidad y conveniencia para las Islas Canarias del fomento del arbolado —con estar bien manifiestas en el mismo—, cuanto el hondo motivo espiritual que nos hace revivir la tradición y evocar aquellos tiempos antiguos de grata recordación.

Y hay una trabazón admirable—por medio de un lenguaje terso, fresco, jugoso, como una égloga virgiliana oliente a frutales en sazón—de vetustos árboles históricos con figuras próceres de otra edad vinculadas al movimiento literario y artístico del país, representantes de toda la cultura canaria, como un anecdotario viviente, reflejo encantador de la leyenda sobre las torres seculares de la historia patria.

Es un viaje histórico a través de la flora canaria. Es una visión de la Naturaleza, llena de luz y de armonía, es el poema vivo y palpitante de los árboles añosos que extienden sus frondas de verdura bajo un cielo azul y sereno, agitados suavemente por el céfiro o combatidos con furor por el soplo potente del huracán... Poema con aromas de paganismo, en el sentido de culto de adoración panteísta, profundamente humana, a las bellezas de la tierra, de los mares y de los espacios, santificada por el destello espiritualista y cristiano de la espadaña de la ermita donde suena el Angelus cuando el Véspero enciende su brocha de oro en el infinito...

¿Qué tinerfeño, qué canario, no se conmueve con la evocación del almendro de Gracia—el de "la dulce, fresca, inolvidable sombra"—de los álamos negros de la plaza de San Francisco de La Laguna y de los álamos blancos de San Diego del Monte, de los naranjos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

del Instituto, de amables recuerdos estudiantiles, de los dragos milenarios, de las palmeras canarias y "majoreras", de la célebre torre histórica del conde Hernán Peraza en la Gomera y del árbol santo de la isla del Hierro, como un patriarca bienhechor de la antigüedad?

Bueno es que se practique el amor al árbol, que se pueblen de ejemplares de todas clases las carreteras, los caminos y los montes, buscando con ello la fertilidad de los terrenos por medio de esos higrómetros admirables; pero creemos sinceramente que mientras no aliente en todos los cerebros, inculcada por una educación intensa y tenaz, la idea que pudiéramos llamar religiosa—porque se alimenta de la tradición—del culto al arbolado cuidando y venerando esos ejemplares históricos, que son a manera de santuarios queridos de los sentimientos de nuestros antepasados, mientras en el alma del pueblo no haya una conciencia de esta verdad como un vocero interno del deber, será inútil cuanto se haga plantando y regando: la cabra morderá y destrozará, el pillete tirará piedras y arrancará los tiernos arbolitos, el campesino inculto y prosaico levantará su hacha destructora contra el indefenso tronco que sostiene el ramaje sombrío y acogedor y profanará violentamente esos futuros émulos de las reliquias santas de otros tiempos...

Por eso el libro de Leoncio Rodríguez, aparte de su gran mérito literario, tiene otro mayor aún, el de ser defensor de los valores espirituales de la tierra, el despertador de las conciencias adormecidas en la prosa vulgar de la vida, el heraldo de las ideas de restauración y engrandecimiento del agro canario, basándose en el ejemplo de las viejas generaciones, modelos de civismo aureolado por la poesía, vivificado por el hálito poderoso de la fe.

* * *

Con motivo de la publicación de "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias", ha dicho el maestro de niños y original escritor, Luis Diego Cuscoy, que dicho libro quedaba incorporado a su escuela, de lo cual

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

se deduce que los alumnos tendrán como libro de lectura esa obra jugosa y agradable como un poema geórgico de la tierra canaria, con frescuras de frondas rumorosas y aromas de árboles salutíferos y de boscajes florecidos bajo la luz azul de los cielos...

¡Feliz iniciativa la del culto preceptor de la infancia! Esa es la edad propicia para que las enseñanzas de amor al árbol y a todo lo que signifique recuerdo, tradición —espiritualidad, en una palabra—, inculcadas en las tiernas inteligencias por un maestro amante del progreso cultural de los pueblos, den el fruto apetecido de respeto a esos hermanos menores del mundo vegetal, como diría un poeta, de cariño a los valores históricos de la Patria, de noble apasionamiento por todo lo que signifique engrandecimiento de nuestra madre bendita la España santa e inmortal.

En este libro de prosa castiza y amena encontrarán los niños los motivos básicos de su cultura. Sobre sus páginas adornadas con bellos dibujos de Diego Crosa—ese Artista (con mayúscula) que se trata con todas las Musas—, se inclinarán las cabecitas infantiles en las horas inolvidables de la primavera de la vida, en que el alma se asoma por primera vez al mundo inmenso del pensamiento y en ellas encontrarán esas virginales sugerencias inefables del conocimiento, que nosotros, los que vamos para viejos, tuviéramos en la Historia Sagrada de Fleury y en los caracteres evocadores de Paluzíe.

Enseñar a hablar en buen castellano es uno de los primordiales deberes del maestro de escuela, y en "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias" hallará un modelo del buen decir y un conjunto de valores espirituales que deben ser tenidos en cuenta por los educadores en la elección de los libros de textos. ¡Grande es el poder de la letra de molde cuando está al servicio de las nobles empresas del mundo moral!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ

Leoncio Rodríguez, con sus "Arboles históricos y tradicionales", cultiva historia, recoge tradición; buen cosechero para el porvenir... Porque, como el porvenir no tendrá la ingravidez de una fábrica en el aire, un castillo de baraja, habrá de nutrirse forzosamente de lo pretérito, tornándole raíces, jugos, colores, vida; toda la riqueza y la belleza que lo que fué puede rendirle en tributo a lo que será por sobre lo que es... Mas no todos los patriarcas de la vegetación desaparecieron; muchos permanecen en pie y nos cuentan su biografía por la pluma evocadora del autor de este libro. ¡Hermosa evocación! Cada uno de esos grandes predecesores o contemporáneos se pone en marcha, y todos forman un bosque mágico que se encamina, ¿a dónde?, volveré a decirlo: al mundo futuro para darle lección, la lección de su fecunda existencia, colmada de dones y bienes. Que la aprovechen desde hoy los hombres actuantes de mañana; que aprendan a practicar con los árboles el mandato bíblico para la perpetuación de nuestra especie infeliz: "creced y multiplicáos..." Crezcan los árboles y multiplíquense en Canarias a fin de embellecer y enriquecer la tierra.

¡Peregrino desfile! Respondiendo al conjuro taumatúrgico, de todas partes llegan los seres gigantescos llamados a integrar la prodigiosa selva que "se mueve" hacia el más allá en sombras impenetrables... Llegan y pasan las palmeras de Santa María de Betancuria, los tilos de Moya, los dragos gemelos de las Breñas, dos hermanos de aspecto siniestro, el árbol-fuente del Hierro, siempre llorando, el árbol del crimen, a cuya sombra el muerto mató al vivo, los pinos "gordos" como bien sustentados burgueses, el del Buen Paso, los dragos viejísimos, más palmas, los álamos de San Diego del Monte, los de La Laguna, el castaño "de las siete pernadas", que nos recuerda el feudalismo, los cedros venerables como bisabuelos, el laurel de Nava, ejemplar heráldico de una casa con escudo, los mocanes, el "baobab", un desaforado gi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

gante, ¡Dios nos libre!, el almendro que inspiró a Nicolás Estévanez la definición de una patria chiquitita, pero idolatrada, los naranjos del Instituto lagunero, excelentes alumnos... Abran paso... ¡Un viva al creador de la gran maravilla!

Pero eso es la Patria que se afirma en el Tiempo, eso es el archipiélago de la Fortuna que pide recuperar su tesoro perdido... "Los árboles de Leoncio Rodríguez", patrimonio de esta región atlántica, vivos o muertos, tienen voz que ha clamado en el desierto muchas veces; tienen derecho a ser oídos, y nunca se les oyó... Ahora hablan muy alto. Escuchémosles: esos ancianos cargados de experiencia nos dan buenos consejos. Han visto pasar el oleaje de las generaciones y han sobrevivido a la guerra sin cuartel que les han hecho la ignorancia y la incultura. Ellos nos dicen: "Por nuestro amor y desvelo tuvísteis salud, abundancia, felicidad... No seáis imbéciles ni malvados. Sed con nosotros, no contra nosotros".

* * *

Natural era que ese bello libro, aparte sus méritos propios, me interesara en cuanto propagandista infatigable de la repoblación arbórea de Canarias durante tantos años. Tan cierto que en el Arbol todo se encierra... Después de haber agotado la doctrina forestal, le estoy extrayendo un poco de filosofía y otro poco de poesía, mientras los industriales les sacan maderas, resinas, aceites, perfumes... También me sirven, generosos, esos frutos del intelecto... Me hacen pensar, sentir, soñar, recordar, como a Leoncio Rodríguez.

* * *

LOS AMIGOS DEL ARBOL

Adolfo Febles Mora ha propuesto, desde las columnas de "La Prensa", la fundación en Tenerife de la sociedad "Amigos del Arbol". Iniciativa oportuna y feliz, ahora que los asuntos forestales interesan a la opinión pública, y Leoncio Rodríguez, con su reciente libro, ha

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

removido y acrecentado ese interés; ahora que todos los buenos españoles, por consecuencia todos los buenos canarios, estamos empeñados en una labor multiforme y gravísima de renovación nacional y regional. Renovemos el arbolado.

Formemos, sí, la legión o. falange de los "Amigos del Arbol", para que la amistad luche con la enemistad y ésta sea vencida y trocada en amor activo; para que se haga cultura, es decir, un ambiente nuevo favorable a la magna obra; para que vengan los plantadores en pos de los taladores, reconstituyendo lo que éstos aniquilaron, borrando las huellas de la barbarie anti-forestal y anti-patriótica; para llevar esa doctrina a las escuelas e inculcársela a los niños, los hombres de mañana; para aplicar en este orden de faltas delictuosas una jurisprudencia eficaz, inflexible; para celebrar como rito de un culto cívico la Fiesta del Arbol en todas partes; para que florezcan y fructifiquen los desiertos. Para todo esto y para mucho más.

Mi fraternal compañero ha tenido una idea excelente, a cuya realización deben cooperar los tinerfeños, por patriotismo. Es una llamada, un toque de clarín que desciende de las cumbres donde brillan como estrellas conductoras los altos ideales... Abranse los oídos, y las almas...

* * *

Hay precedentes de esa sociedad culta y benéfica que se trata de fundar en Tenerife. Yo, con la misma denominación e iguales propósitos, la organicé y la presidí en Las Palmas hace muchos años, en compañía de dos amigos inolvidables, José Pérez Noguera y Fernando Serrano, los dos ausentes para siempre en los países desconocidos del Más Allá misterioso... Celebramos cuatro o cinco veces la Fiesta del Arbol, predicamos, plantamos, reñimos rudas batallas con la ignorancia y la indiferencia, hasta que, no por cansancio nuestro, sino por falta de ayuda del público, la Sociedad murió... Tenía que suceder fatalmente; era temprano para tales andanzas, calificadas de quijoterías; ¿no lo será también hoy? Más que obra de quijotes, chifladura de locos pacíficos se les antojó a muchos cuerdos sin

El Del documento, cedido sobre Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

cordura la fundación de una Sociedad protectora de Animales y Plantas, que acometí asociado para la empresa con don Rosendo Ramos, aquel gran señor... La risa imbécil de los incultos nos corrió, cual si fuéramos orates escapados de un manicomio; los animales y las plantas se quedaron sin protectores... Y nunca supe lo que pensaron del fracaso ridículo, porque como no hablan... ¿Habrá amanecido ya en nuestras Islas para emprender con éxito estos nobles trabajos?

La Sociedad de los Amigos de los Arboles renació vitalizada por el entusiasmo activísimo de don José Hidalgo, ingeniero-jefe de Montes, plantador insigne... Aún permanece la Sociedad, si bien trabaja en silencio, realizando grandes cosas. Posee un vivero con cientos de miles de ejemplares arbóreos, que don José entrega a quienes se los piden, cual si administrase una comunión laica. Realmente, distribuye Pan de Vida a las multitudes... Y yo, desde mi retiro, aplaudo; un sembrador que sonríe a un cosechero...

Saquemos hoy del olvido, un olvido injusto, los nombres de dos apasionados amigos del Arbol, amantes y practicantes de la arboricultura... Vayan esos dos nombres como ejemplos que hacen convicción. Don Domingo Aguilar, tan bondadoso que casi era un santo, tenía lo que puede llamarse "la pasión de los árboles", y los plantó por miles en la Orotava, donde formó escuela de esa enseñanza bella y útil, y tuvo discípulos, yo entre ellos... El me contagió de su generosa locura; muchos calificaban así su noble afán; él es, indudablemente, el primero que emprendió la marcha por ese camino, el que merece mayores alabanzas, el gran apóstol de la propaganda activa del arbolado. Honremos la memoria de don Domingo, aquel santo varón... Luego, recuérdese y hónrese a don Antonio Lugo y Massieu, plantador infatigable que, además, publicó a su costa durante mucho tiempo y repartió gratis la revista "El Campo", con fines propagandistas exclusivamente. Y sigue haciendo buena obra, plantando y estimulando a plantar... Sean siempre recordados esos dos nombres. Suena la hora de la justicia, para todos, y también para mí.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

INDICE

Páginas

Al lector 5
Mitos y fábulas 9
Las primitivas selvas 17
El árbol canario en la poesía hispana 25
Después de la Conquista 32
Aspectos forestales 36
Arbustos y plantas indígenas ... 43
Euforbias canarias 49
Morales y moreras 54
Plátanos o «plántanos» 58

VESTIGIOS DE LA FLORA

Madroños 65
Sabinas 69
La retama del Teide 72
El acebuche de la Altura 77

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2019

ARBOLES TRADICIONALES

Las palmas de Haría 83
«Las tres palmas», de Luján Pérez 87
Los cipreses de «La Paz» 92
La palma de la Conquista 99
Los laureles del castillo de San Cristóbal 104
Los dos brezos 108
El almácigo de Chajajo 111

ARBOLES Y CONVENTOS

El tamarindo del Convento de Candelaria 119
El ciprés de los dominicos 122
La higuera de Sor María 125

ARBOLES FAMOSOS DEL HIERRO

El pino de Ijánique 131
El Mocán de la Sombra 135

OTROS PINOS Y DRAGOS NOTABLES

El pino de Agando 141
El pino de Majagora 144
El pino del Calvario 150

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

El pino piñonero del Botánico 153
El drago de Geneto 159

SELVAS TINERFEÑAS

Anaga 171
Las Mercedes 176
La Esperanza 184
Agua García 189
El Monte de las Aguas 192

BOSQUES HISTORICOS

La Caldera, en la Palma 197
El Cedro, en la Gomera 201

LOS CANTORES DE LA SELVA

«¡Ah, pajarillos canarios!» ... 209

LO QUE DICE EL BOSQUE

Una página de Pérez Armas ... 217

COLABORADORES ARTISTICOS

Crosa y Martín González 223

COMENTARIOS A NUESTRAS CRONICAS

J. Hernández Ramos 227

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

Antonio Martí 230
Luis Diego Cuscoy 232
Antonio Lugo y Massieu 232

DE TRES ILUSTRES ESCRITORES DESAPARECIDOS

Domingo Doreste 237
Rafael Arocha y Guillama ... 239
Francisco González Díaz 242

El Documento, no autorizado por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2019